

7 Historias  
para una tarde *de*  
Verano 

Jossy Loes



A stylized, black signature logo, likely the author's name, located in the bottom right corner of the page.

7 Historias  
para una tarde de  
Verano

Jossy Loes





Siete Historias para una Tarde de Verano

© 2018 Jossy Loes

1ª Edición: Julio 2018

SafeCreative: 1806127368981

Corrección: Bárbara Padrón Santana

Maquetación Digital: A.G. Keller

Diseño de Portada: Leticia Blanco

Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea electrónico u otro medio, sin el permiso de los autores. Todos los derechos reservados

7 historias  
para las tardes de verano

Jossy Loes

## Otras Obras de Jossy Loes

¿Te Llamas Julieta?

Y te Cruzaste en mi Camino

Doce Oportunidades de Vivir

*Los últimos veranos me han traído recuerdos que serán difíciles de olvidar, algunos amargos, otros felices, así como también, estas historias que fueron creadas en los últimos veranos.*

*Este libro de relatos es dedicado a cada una de esas personas que vivirán vivencias parecidas a las que encontrarás aquí.*

Playlits de 7 historias para una tarde de verano



## Tabla de Contenido

*Los Acordes del Corazón*

*Una Cita en el Cine*

*Desde el Corazón de la Toscana*

*El Beso en la Fuente*

*A Gran Canaria con Sorpresa Incluida*

*Tres Días Necesité para Enamorarme de Ti*

*Un Segundo Basta para Cambiar el Corazón*

*Sobre el Autor*

*Agradecimientos*

# **Los Acordes del Corazón**

*¡Vamos! ¡Don Conquistador!*

Hola, ¿está ocupado? —pregunté a la joven que estaba sentada en un asiento junto a su maleta.

Me miró sorprendida señalándome con el dedo. En vista de que no respondía, me senté con mi trolley y mi guitarra a la espera del próximo vuelo con destino Dublín.

—¿Y bien? ¿Vas a Dublín o a Belfast?

La joven no podía articular palabra alguna, solo pestañeaba, en cambio yo necesitaba hablar, soltar todo lo que fluía en mí.

—Sí, soy yo —le dije para que reaccionara—. Pensé que el corte de pelo y la gorra de béisbol junto a estas enormes gafas me ayudaría, pero veo que no. —La miré fijamente y proseguí—. ¿Te importaría si me desahogo un poco? Es que me urge y luego te prometo que podrás hacer todos los *selfis* que quieras.

La joven volvió a pestañar con rapidez y me imaginé que no eran las palabras más certeras que había dicho.

—¡Mierda! Creo que no me expresé bien.

Traté de transmitirle confianza con una sonrisa y esta vez afirmó con la cabeza, con ello sentí cierto alivio. Sé que no debí hacerlo, pero estaba tan acostumbrado a robar suspiros con ese gesto que salía ya por inercia. Decidí olvidarme un poco del guitarrista, de la estrella del pop y ser el hombre ansioso que estaba a su lado.

—¿Sabes? —dije de nuevo—. Es el tercer año que vuelvo con mi maleta llena de pegatinas de los sitios que hemos recorrido desde que mi canción logró ser el número uno en ventas. El tercer año en el que pisaré de nuevo las antiguas calles de Dublín, la isla Esmeralda, que me puso los pies en la tierra, la isla que me invita a volver a ver a mi hada irlandesa con la que un buen día

tropecé en este mismo aeropuerto.

Ella hizo un pequeño mohín y sonreí pensando que no debía ser agradable para una fan escuchar lo que acababa de confesar, pero era la verdad.

—Mi hada irlandesa logró que aprendiera a querer ese país.

Sí, era el tercer año que mis manos pedían volver a recorrer palmo a palmo su cuerpo blanquecino cubierto por su pelo dorado y abundante que me invitaba a descubrirla una y otra vez y deleitarme en ello.

La joven levantó una ceja y reí ante mi sinceridad, quise retractarme, luego pensé que no debía, era un artista, mis canciones hablaban de sentimientos, de obstáculos de la vida y era lo que sentía. Tres años llevaba desapareciéndome una semana y escondiéndome en cada callejón de ese pequeño pueblo que me ayudó a conocerla.

Para qué mentir, era como si ese solsticio de verano, esas fiestas paganas cuyas leyendas se alimentaban de fantasías, hubieran cobrado vida para mí ese año.

En enero de 2013 decidimos probar suerte cuando nos invitaron a participar en una gira por toda Irlanda junto a otra de las mejores bandas de pop del momento.

Largos ensayos hasta el amanecer, que a pesar de terminar con grandes dolores en mis muñecas y poner hielo para ayudar a que mi mano se mantuviera en óptima forma, fueron recompensados con ese contrato.

Creía que amaba la música, creía que amaba tocar, hasta que la conocí y es que en ese entonces teníamos un solo propósito, llegar a la cima. Nunca pensé que ese año me llevaría a obsesionarme a que cada verano volviera al verde país.

Firmamos el contrato y meses después cogimos rumbo a los conciertos. Habíamos escuchado rumores estúpidos y queríamos asegurarnos de que nuestras fans estarían complacidas al saber que tendrían la oportunidad de

vernos de cerca.

—Mis amigos y compañeros del grupo —indicé a la joven para seguir mi historia—, decidieron jugar un poco con un grupo de chicas que estaban muy entusiasmadas por tener la suerte de coincidir con nosotros aquí, en este mismo aeropuerto.

»Todos esperábamos a que anunciaran la puerta de salida y, cuando una chica nos reconoció, el alboroto fue inevitable. No te negaré que me gustaba escucharlas decir mi nombre y, cuando opté por tocar mi guitarra, los gritos fueron a más.

La joven bufó y pasó a estar a la defensiva. No quería ser engreído, contaba la verdad antes de que se levantara y me dijese cualquier tontería, se lo aclaré.

—Sé que suena como un auténtico gilipollas, pero es mi vida diaria.

Hizo de nuevo un mohín y se cruzó de brazos. Concluí que al menos tendría cinco minutos más de su atención y decidí seguir mi historia.

—Nos pidieron otra canción y comencé los acordes de un remix que íbamos a tocar en los conciertos; entonces la vi pasar, ajena al tumulto que comenzaba a rodearnos. Se detuvo y creí que era por la algarabía de las fans, pero no fue así, se ajustó su iPod junto a los cascos y, sin importar que la mirasen, comenzó a gesticular con un dedo la melodía que escuchaba.

»Captó toda mi atención. Hasta ese momento había jurado que me había visto de reojo y me ignoró. Sin remediarlo dejé de tocar, le di la guitarra a mi amigo Niall y me levanté para seguirla. No sé cómo explicarlo, quería saber qué escuchaba y por qué no se acercó a nosotros.

Tenía esa curiosidad y la iba a saciar, sin embargo, un par de chicas me detuvieron para unos *selfis* logrando que la perdiera de vista. No podía despreciar a mis seguidoras; días antes, nuestra canción había llegado al número uno y era nuestro mejor momento.

Me deshice como pude de las jóvenes y me dispuse a buscarla hasta que la encontré un par de asientos más allá de donde estaba el grupo. Leía una novela de aventuras acompañada del movimiento constante de su dedo, su rubio pelo junto a esa camiseta azul le daba un aspecto tan dulce que no dudé, pero al final me senté a su lado.

—Hola —le dije—, soy Logan. —Me miró de arriba abajo, levantó una ceja escudriñándome tanto que me sentí incómodo. En vez de responder a mi saludo, volvió a su lectura y me ignoró. Eso hirió mi orgullo.

Esta vez la joven que tenía a mi lado rio a carcajadas, era comprensible. Una estrella del pop había sido ignorada por un ser mortal, así que esperé paciente a que dejase de reír y proseguí.

—Perdona —dijo la joven—. Es que te lo mereces —respondió con sinceridad.

—No me gustó nada que me hiciese sentir un don nadie —le indiqué a la chica, que hasta ahora no sabía su nombre y me di cuenta de que no le había preguntado—. Perdona, he sido un mal educado, no sé tu nombre.

Ella sonrojó.

—Nicole.

—Bonito nombre, Nicole, ¿de casualidad eres irlandesa? —La joven afirmó—. Entonces, tal vez te has cruzado con mi hada.

Ella volvió a sonreír.

—Si no terminas de contarme la historia, no sabré si la conozco.

—¿En serio quieres escucharla?

Nicole miró su reloj y, a la vez, la pantalla lejana donde informaban los próximos vuelos.

—Sí, aún tengo tiempo.

Le guiñé el ojo, sonreí y ella, a cambio, rodó los ojos.

—Está bien —dije para no perder su interés—. No me iba a quedar con

esa por lo que comencé a silbar y tronar mis dedos con una de mis canciones esperando saber si la conocía, dejó de mover su dedo, me miró de reojo mientras yo seguía silbando, hice silencio pensando que había logrado mi objetivo, pero volvió a su lectura.

Evité sonreír, se estaba haciendo la difícil y eso me gustó. Así que usé otro método y otra de las canciones del grupo, esta vez daba palmadas en mis vaqueros y de nuevo me miró de reojo atenta al ritmo de mis palmadas, terminé la canción, pero ella volvió a su libro y siguió ignorándome.

No me gustó nada que se hiciera de rogar, no estaba acostumbrado, así que mientras ideaba cómo captar su atención, mi hada cerró el libro, se levantó sujetando el manillar de su maleta y comenzó a caminar. Me levanté detrás, un poco enfadado por la falta de interés de su parte y cuando la alcancé, la detuve.

—¿Acaso no me reconoces?

Ella me miró con detenimiento.

—No —respondió tratando de seguir su camino, pero no la dejé.

—¿En serio? —pregunté sorprendido, alejándome y señalándome con mis manos y ella volvió a mirarme cruzándose de brazos.

—Sé quién eres, Logan Cooper, te he visto desde que bajaron de la Van firmando autógrafos y creyéndose *Maroon 5*, *Coldplay* o *One Direction* y como no perteneces a ninguna de esas bandas, no voy a malgastar mi tiempo detrás de ti, ¿me permites ahora?

Nicole rompió en carcajadas, miré a los lados y me acomodé la gorra, no deseaba llamar tanto la atención.

—Sé que fui un completo imbécil —le indiqué a Nicole.

—Sí, sí que lo fuiste, pero sigue contándome cómo llegó a tenerte babeando por ella.

—¡Que directa! —Quise discutir ese punto, pero tenía razón. Nicole se

encogió de hombros y proseguí—. Como digna irlandesa me había noqueado sin tocarme, por ello me giré y volví para refugiarme en mis fans y sus elogios, una actitud infantil en un tiempo en el que el estrellato podía más.

Abordamos el avión en el que Niall y Brett dieron la nota animando a los pasajeros. Yo no estaba de ánimos, me costaba entender por qué había sufrido ese rechazo, me levanté para refrescarme la cara y cambiar ese humor. Di unos cuantos pasos cuando nuestros ojos se cruzaron, pero los suyos destilaron odio.

Negué con la cabeza comenzando a pensar qué rayos le había hecho a esa chica. Al salir del baño me sentí más desconcertado, Brett estaba hablando con ella de lo más animado, caminé hasta ellos y lo peor que pudo pasar, sucedió.

—¿Puedes hacernos una foto? —dijo mi hada con tono irónico y una sonrisa cínica.

Se estaba burlando de mí y no lo iba a permitir.

—No hago fotos, es a mí que me las hacen y no será igual que vayas por ahí diciendo que te has sacado una foto con el imbécil de Brett y no con... — Me señalé con mis manos—. Logan Cooper.

—¡Vete a la mierda! —dijo Brett negando con la cabeza a mi comentario desafortunado—. Disculpe —dijo mi amigo a otro pasajero—, ¿nos hace la foto?

El hombre se levantó y se la hizo mientras los ojos de mi hada centellaban ira retenida, le respondí con una sonrisa de lado y seguí a mi asiento con un humor de perros ante ese desprecio.

Días después de llegar a Dublín teníamos un concierto en un festival que comenzaba a finales de esa semana. Nos fuimos hasta la estación *Connolly* pensando que no nos reconocerían y nos equivocamos, un grupo de chicas adolescente nos vio y se armó una algarabía.

Niall tuvo que llamar a nuestro agente para que nos sacara de ese aprieto, no le gustó nada que no siguiéramos el protocolo y volvimos al hotel escoltados por la policía. Y como si fuera una maldición, mi joven hada estaba en la estación.

Mi amigo la saludó y ella le sonrió; aún lo recuerdo y siento ganas de asesinarlo, la ignoré y el gilipollas de Brett se percató de la tensión que existía, por lo que se aprovechó.

—¡Hey, Logan! —gritó el muy cabrón—. ¿Ahora nos tomarás la foto?

—Le hice una peineta.

Nicole rio de lo lindo por mi expresión. Había pasado ya tres años de ello, pero me sigue fastidiando con eso el muy capullo. Decidí seguir con mi historia, una manera de parar las risas de la joven.

—Hora y media después íbamos a Howth, donde sería el concierto. Nos hospedamos en el hotel de uno de los promotores del festival y decidimos dar una vuelta al lugar. Según la guía del hotel, era un pueblo pintoresco con fácil acceso a acantilados y vistas maravillosas.

En el tiempo que estaríamos allí haríamos turismo sin problema y decidimos caminar un poco encontrándonos con un músico callejero con el que terminamos cantando las canciones que todos conocíamos.

Por primera vez en meses, poder tocar sin que tuviéramos que dar autógrafos o chicas gritando cerca era genial, ese momento me hizo recordar nuestros inicios y me sentí a gusto.

Nicole no le gustó como me referí a mis fans.

—Sé que no es agradable de mi parte —le confesé—. Muchas veces nos agobian más de lo que creen y esos días apenas respirábamos aire puro, no pensábamos que nuestra fama era grande en Irlanda, por eso, tocar cualquier ritmo que no fuese el nuestro era una buena terapia de vitalidad y, cuando estaba más a gusto, volví a verla.

Traté de seguir el ritmo y no pude. Mis ojos la siguieron hasta que se perdió entre los callejones. Estaba convencido de que jamás nos veríamos de nuevo, de hecho, la había catalogado como una frígida y engreída. —Nicole cambió el semblante para reprocharme, alcé mi mano y le pedí que me dejara terminar—. Debes entender que soy hombre y que estaba cabreado por sus desprecios, encontrarla allí en ese pequeño pueblo pesquero, era lo que menos creía que me pasaría.

Dejé de tocar, le di mi guitarra a Niall y seguí el camino por donde se había perdido. Sin embargo, me detuve, era un pueblo pequeño por lo que tarde o temprano volvería a encontrarla y me pregunté si tendría paciencia para esperar que eso sucediera.

Esa espinita que me había dejado en el aeropuerto estaba latente y quería, de alguna forma, hacérsela pagar, por lo que entré al primer restaurante que vi e intenté describirla, comprendí enseguida qué estaba haciendo el ridículo. ¿A quién se le ocurría preguntar en Irlanda por una rubia con el pelo rizado y de ojos verdes?

Chasqué la lengua y volví con mis compañeros que no estaban contentos por mi fugaz huida sin explicación, ¿cómo les explicaba lo que deseaba hacer? Se desternillarían de la risa, por lo que culpé a las ganas de ir con urgencia al baño, aunque tampoco me libré de las bromas pesadas.

Los ignoré como debes de imaginar, deseaba encontrar a esa chica y tenía un par de días para ello. Me negaba a creer que también era una turista más, iba confiada con los ojos cerrados como si conociera por dónde caminaba, acompañada de ese movimiento del dedo tan característico.

Comenzó a llover, como era habitual, y nuestra pequeña ruta turística se acertó en un restaurante en el que nos reconocieron al instante y nos pidieron un par de canciones.

Acepté a cambio de que me enseñaran a tocar el bodhrán.<sup>[1]</sup> La tarde se

pasó de esa manera. Volvimos al hotel después de bailar, beber cerveza como cosacos y tocar instrumentos típicos.

Estaba ansioso por la adrenalina que tenía mi cuerpo y, por alguna extraña razón, recordé a mi hada. Su rostro no dejaba de aparecer en mi mente por lo que busqué mi libreta, escribí frases y palabras sin sentido, logrando la primera estrofa de «*Desapareces por arte de magia*».

—Espera —dijo Nicole—. Siempre me había parecido que esa canción me recordaba a Howth.

Sonreí de lado.

—Howth cambió mi vida. —Nicole abrió la boca y sonrió con grandeza. Se acomodó para seguir escuchándome por lo que sentí alivio que calmaba mis nervios—. Al siguiente día nos invitaron al castillo de Howth, que estaba al lado del hotel, una visita que había programado nuestro agente para congraciar a los promotores del festival. Con parsimonia me vestí y desayuné.

Entramos al castillo y la vi de nuevo, como era de esperar, demostró desinterés y eso terminó de cabrearme más de lo que estaba, pero en ese instante no me percaté de que sería nuestra guía hasta que comenzó a hablar del castillo. A modo de venganza, por ignorarme de manera deliberada, comencé a hacerle preguntas ridículas y sin sentido.

Mis amigos me preguntaron por lo bajo si había consumido alguna droga. No soy de esos, tampoco negaré que nunca lo hubiera hecho, pero estaba limpio y sigo estándolo —le advertí a Nicole que se mantuvo en silencio.

—A lo que íbamos—le indiqué para que no perdiese el hilo de la historia—. Buscaba con desespero captar su atención y vaya que si lo logré, nunca había visto una irlandesa enfadada. —Nicole rio a carcajadas y dejé que se recuperara, tenía todo el derecho de reírse, había sido un imbécil con esa actitud—. Ella se detuvo y me señaló con el dedo junto a sus grandes ojos verdes que destellaban indignación, confieso que me arrepentí en ese instante.

—¿Quieres que me reproche mi jefe o qué? —me dijo entre dientes.

Niall estaba desconcertado, pero fue Brett que reventó con una carcajada sonora.

—No, pero soy curioso —le dije a modo de reto—. Me gusta la historia y quería más información.

—Entiendo —dijo sin dejar de mirarme—. ¿Qué deseas saber con exactitud? Puedo explicarte las grandes batallas con los vikingos, el rapto del nieto del barón de Howth por parte de la pirata O'Malley o...

No la dejé continuar, me acerqué para intimidarla y poder así devolverle lo mal que me lo había hecho pasar.

—Quiero conocerte a ti.

—No está dentro de la visita, lo siento —dijo sin miedo—. ¿Me permites terminar?

Brett volvió a reír y burlarse de mí. Disimulé negando con la cabeza, había visto nerviosismo en sus ojos y me gustó. A su vez, otro grupo de visitas entraban al mismo salón. La guía observó su comportamiento, ella sonrió con diplomacia, sujetó mi brazo con cierta brusquedad y lo entrecruzó.

—Cómo verá, señor Cooper, el castillo estaba construido en otro sitio por las laderas que miran directamente al pueblo y ha tenido el privilegio de que se le haya abierto para poder conocerlo —hablaba tan alto que me extrañó su actitud.

Mis amigos no podían dejar de reír a nuestro comportamiento. Una vez que su compañera salió del salón, me arrinconó con ojos amenazadores.

—No voy a permitir que un cantante con aires de grandeza deje en entredicho el legado de algo tan importante como el de la familia Cunningham, mis ancestros, mi legado.

Se giró y me dejó ahí junto a un enorme cuadro de un hombre con una mirada severa que me hizo sentir que estaba a punto de ir a la horca. Niall se

acercó con una sonrisa guasona y me sujetó el hombro.

—¡Vamos, Don Conquistador! Te han dado una gran bofetada de la realidad, te lo hemos dicho desde hace meses, ahora nos vas a explicar qué te traes con esa belleza de mujer.

—¡Vete a la mierda! —exclamé.

—¡Oh no! Conmigo no pagues tu mala leche. Lo único que te diré es que lo tienes muy jodido.

Resoplé, metí mis manos en mi cazadora pensando cómo devolvérsela. Aunque mi amigo tenía razón, había sido un cretino y debía disculparme. Sí, sentí la necesidad.

Mi hada nos esperaba en el umbral de la puerta para proseguir con la visita, mis amigos bromeaban por lo bajo acerca de cómo me había noqueado y decidí mantenerme en silencio para no caer en sus juegos.

Al final del recorrido, se nos acercó una mujer parecida a mi chica, nos saludó con cordialidad y acunó el codo de la joven para llevarla a un lado. Supe días después que le había reprochado su actitud, las cámaras que tenían y de las cuales ella se había olvidado nos delataron ese día y... —miré de reojo a Nicole y sonreí de lado—, para qué negarlo, otros días también.

La joven se sonrojó y carraspeó.

—Podrías haberte ahorrado ese gesto chulesco —señaló Nicole con un mohín y volví a sonreír.

—Está bien, no quiero que te enfades —respondí a mi acompañante momentánea y proseguí—. Había cierta tensión en el ambiente, pero todo fue eclipsado ante la llegada de una pequeña pelirroja eufórica y con ganas de llenar su tarjeta Sim de fotos nuestras.

Fue entonces cuando todo cambió a mi favor, la adolescente rogó a su madre que nos invitara a comer, aunque mi chica empuñó sus manos en un gesto de incomodidad. La adolescente vio que sus ruegos estaban siendo

ignorados por lo que pasó a otro plan.

—¡Erin, ayúdame! —Mi hada, que hasta ese instante desconocía su nombre, la miró con severidad, pero poco le importó a la adolescente—. ¡Has sido tú quien insistió en traerlos! —confesó sin piedad alguna.

—¡Cállate, Eithbe! —advirtió Erin.

—¿Qué bicho te ha picado? —repuso la adolescente—. Tienes a Logan frente a ti y te comportas como una disocial.

Mi espíritu contra las causas injustas apareció interviniendo para ayudar a Erin.

—¿Eithbe? —dije—. Un nombre muy bonito.

Nicole me miró reconociendo al segundo mi manera de captar la atención y reí. Aclaré un poco mi garganta pasado unos segundos y proseguí con la sonrisa en mi boca.

—En nombre de la banda agradezco la invitación, pero debemos volver, tenemos que ensayar antes del festival.

La adolescente aceptó resignada, Erin me miró sorprendida y en silencio.

—No lo negaré, Nicole, había ganado puntos a mi favor—respondí con honestidad. La joven con su mano me indicó que siguiera y proseguí—. Nos despedimos y de nuevo volvieron las burlas por parte de los ineptos de mis amigos sobre cómo acababa de conquistar a la nobleza.

En el hotel decidí quedarme en la habitación, en parte para no escuchar lo insoportables que estaban y para poder recordar a Erin y su forma de enfrentarme, lo creas o no comenzaba a sentir morbo. Busqué mi guitarra y toqué una melodía sencilla para recapitular la estrofa que había escrito y así pude lograr escribir otro par hasta que tocaron la puerta.

Me levanté y mi sorpresa fue rotunda, Erin estaba allí. Vestida informal a como la había visto horas antes. Una camiseta de manga corta junto a una minifalda vaquera, unas converse y un bolso pequeño de lado.

—¿Cómo has...?

—Mi familia es accionista del hotel —respondió sin rodeos.

—¡Así que usas tus influencias! —indiqué con cierto tono de mofa.

—Oye, Logan, me ha costado mucho venir a disculparme.

—No tienes que hacerlo, quien se portó como un cretino fui yo.

—Sí, lo has sido, pero eres nuestro invitado y no debí ser tan prepotente.

—Por primera vez pude mirarla sin tener que buscar alguna excusa; era preciosa, sus ojos eran tan verdes como los prados que vi en el camino a Howth. Su boca era una delicia que deseaba probar, así como su cuello que me invitaba a que dejase besos regados. Me obligué a levantar una ceja, tratando de escucharla, aun así, tenerla tan cerca lo que menos deseaba era seguir hablando.

—Creo que la única forma de disculpar mi comportamiento es invitarte a dar un pequeño recorrido por el pueblo. —Crucé mis brazos y la miré con el ceño fruncido, dudé si lo hacía por compromiso o porque en realidad estaba arrepentida, aun así, acepté, teníamos una cuenta pendiente y podía saldarla de alguna forma.

Entré a por mí cazadora, mi gorro de lana, mi billetera, mis gafas de sol y en cuanto estuve a su lado la tenía tan cerca que juré en ese instante que trató de rozar sus labios con los míos.

Bajamos por una salida de emergencia que conocía y salimos sin que nadie se diera cuenta. Recorrimos el paseo marítimo hasta llegar a *West Pier*. Allí, un grupo de pescadores la saludaron con educación y le entregaron una bolsa con pescados.

No quise preguntar qué haría con ellos, ya que apenas hablamos, sin embargo, su compañía era suficiente para mí, era un bálsamo de tranquilidad que no podía explicar.

Seguimos andando y fue cuando conocí un poco más de Erin, su familia,

sus gustos, lo que estaba estudiando y los sueños que tenía en mente. Cada vez que sonreía tenía deseos de probar sus labios y me estaba costando comportarme distante, por lo que debía idear una manera de repetir ese paseo.

No imaginé que fuera tan parlanchina y mucho menos que tuviera una anécdota de todo lo que le ocurría, incluso que conociera mundo, un mundo distinto al que yo conocía. Cada segundo deseaba alargar ese instante, pero se detuvo, me cogió de la mano tirando de mí y la seguí.

—En teoría está prohibido hacer lo que harás —dijo con una sonrisa malvada.

—¿Haré? —le pregunté con una ceja levantada.

—Sí, harás —me dijo con una mirada traviesa.

—¿Y crees que porque esté prohibido soy el candidato perfecto para hacerlo?

—¡Sí!

Me crucé de brazos convencido de que Erin, mi hada parlanchina, me veía como el típico chico malo de las películas y, para qué negarlo, me gustaba que me viesen así, como también saber que tenía ese punto de chica mala.

—¡Sé que lo eres! —añadió Nicole. La miré largo y tendido. Ella no tenía ni idea de que muchas de las actitudes que solía tener eran pactadas para ganar dinero, tal vez la iba a decepcionar, así que me limité a alzar los hombros. Quería ganarme su confianza y llenar sus sueños eróticos.

Nicole me miró con aburrimento y reí, por lo que seguí con mi historia.

—¡Vaya, Erin! —dije encontrando la oportunidad perfecta para vengarme—. Creía que eras una chica legal.

Ella sonrió.

—Lo soy. —La bolsa donde llevaba los pescados envueltos me la dio—. Por eso, tendrás el privilegio de un encuentro cercano con las focas.—Miró su reloj y volvió a sonreír—. Calculando, tendrás diez minutos para ello, los

suficiente para que no nos pille la poli.

Ya no me gustó ese plan, eso de tener a la poli pisándome los talones no era de mi agrado. Cogió la bolsa, sacó con rapidez un pescado, lo lanzó al mar y de la nada aparecieron focas de distintos tamaños llamando mi atención. Le quité la bolsa, ya que me había desafiado y lancé unas cuantos, las focas hacían todo tipo de piruetas y, al cabo de unos minutos, escuchamos el grito de un hombre.

Sujetó mi mano y corrimos unas cuantas calles hasta encontrar la ruta para los acantilados. Cada vez que se giraba para ver si la seguía sonreía, se detuvo en una explanada cubierta con flores amarillas bastante alejada del pueblo, y se giró. Mi respiración era entrecortada, la excitación corría por mi cuerpo, aún así me acerqué sujetándola por el brazo atrayéndola hacia mí y la besé.

Sí, me jugaba una bofetada o quién sabe si algo peor, pero sus caderas moviéndose de un lado al otro junto a su pelo me daba una imagen que me estaba volviendo loco y, al contrario de lo que pensaba, fue ella la que pidió profundizar y lo hice.

Decidí callar, no sabía cómo se lo tomaría Nicole. La necesidad de besar con urgencia a Erin había nacido en mí, sobre todo acariciar y besar su suave piel.

—A pesar de haberla besado, me detuve. No era bueno para ninguno —le confesé a Nicole—. Me alejé llevando las manos a la cara tratando de volver a tener cordura.

—Lo siento —dijo Erin—. No debí.

—No es tu culpa —respondí.

—Aunque te confieso, Nicole, que lo que menos me apetecía era quedar a medias.

Y decidí callarme, no podía decirle a Nicole que deseaba quitarle la ropa

y lo mucho que me había costado hacer el camino de regreso. Deseaba a Erin como nunca había deseado a una mujer. Veía callejones por todos lados y me contuve en entrar a uno para terminar lo que había iniciado. Erin no se lo merecía, todo fue distinto desde el principio.

—Regresamos al hotel en silencio —le dije a Nicole segundos después—. Como si lo que hubiésemos hecho fuese pecado. En la entrada nos miramos sin saber qué decir, ella abrió su bolso, sacó un bloc de notas junto a un boli y garabateó.

—Este es mi número, sé que no me llamarás, no he estado a la altura de las chicas con las que sueles salir, pero si necesitas distraerte los días que estés en el pueblo, podré ayudarte.

—¡Espera! —le dije sorprendido por sus palabras. Reconozco que desde que nos hicimos famosos solía salir con muchas chicas, pero la gran mayoría era solo un trato de *marketing* por lo que decidí preguntarle—. ¿Por qué llegas a esa conclusión?

No pudo responder, el inoportuno de Brett apareció con una invitación que nos sorprendió a los dos. Eithbe se había salido con la suya y esa noche volveríamos a su casa, la adolescente tenía evidentes motivos. Erin dio una excusa poco entendible y la vi marcharse sin decir adiós. Sentí frustración, quería decirle que sí la llamaría, que deseaba volver a quedar con ella y, si era posible, esa misma noche.

Y ahí estaba, mientras los cabrones de mis amigos se habían ido a por algo decente para comer en un castillo, yo estaba con una cazadora, un vaquero roto, una camisa leñador y mi gorra, sintiéndome incómodo ante la mirada de los padres de Erin.

Quería explicar que el guapo del grupo era Niall, pero costaría un poco que lo creyesen cuando el que salía siempre en la prensa era yo. Suspiré en alto cuando Eithbe rogó que tocara, maldije miles de veces a Niall por

haberme traído la guitarra, aunque en el momento que comencé los acordes de *Desapareces por arte de Magia*, mis ojos se fijaron en Erin.

Hice silencio de nuevo ante la mirada de Nicole. Recordar ese verano y ese día era lo mejor que me había pasado en la vida. La canción que había llegado a la lista de éxitos no era la misma que canté esa noche, así como tampoco le contaría cómo Erin me miró con deseo.

—Al despedirnos —proseguí ante el carraspeo de Nicole que me sacó de los pensamientos—. Erin me dio una nota con disimulo y que abrí en cuanto regresamos al hotel. Me obligó a ingeniármelas para excusarme con mis amigos y correr hasta una entrada secundaria del castillo donde me esperaba.

—Logan —dijo de inmediato—. No puedes cantar algo así delante de mis padres. Mi hermana ha creado fantasías que no se cumplirán. Mis padres me han preguntado qué hay entre nosotros y le dije que solo era tu actitud ante tus fans. —Lo que menos pensé que tendría era un sermón, era cierto, solía ganarme a mis fans de esa manera, pero esa noche había sido sincero, había mostrado lo que me hacía sentir.

—¿Para eso me has citado? —pregunté sin rodeos. Me miró largo y tendido, se llevó las manos a la cara, suspiró resignada, sujetó mi mano y haló de mí besándome con fiereza, con deseo, soltando en ese instante sus instintos reprimidos.

Con rapidez entramos hasta llegar a un salón que, al observar de reojo, me di cuenta de que era el mismo donde me había plantado cara. Sonreí a lo irónico de la situación, la llevé a la mesa más cercana recordando al instante la explicación que había dado sobre su año y su restauración y...

El móvil de Nicole comenzó a sonar y di las gracias por ser oportuno. Estaba a punto de contar lo que guardaba en lo más profundo de mí. Esa noche fue la más importante de mi vida. ¿Quién lo iba a decir? Un ídolo del pop cayó rendido a los pies de una joven de la nobleza que se entregó como nunca lo

hubiera hecho.

Deseaba volver a besarla y ese día todo jugaba a mi favor, Erin se había puesto un vestido verde con escote lo suficientemente corto para que mis manos se deslizaran por debajo del mismo. Estuve a punto de detenerme, pero la necesidad física era mayor, tampoco puso resistencia.

Me quitó la cazadora y la camisa junto con la camiseta que llevaba debajo con rapidez mientras sus manos jugueteaban por mi pecho, logré quitarle las medias, sus uñas se clavaron en mis hombros dándome a entender que no tendría límites.

Bajé su vestido junto al top que terminaron enrollados en su cintura, quería escucharla gemir. Acaricié unos de sus pechos mientras volvía a besarla en la boca con posesión hasta bajar y lamer el otro pezón. Gemía ofreciéndome su cuerpo, acercando sus caderas a las mías, acariciando sin pudor ninguno mi miembro.

Sus movimientos estaban a punto de llevarme al éxtasis y no quería terminar así, por lo que bajé los vaqueros y el bóxer sin llegármelos a quitar del todo, hice a un lado su braga y la penetré. Ambos nos quedamos en silencio, aceptando lo que los cuerpos exigían.

Volvió a enterrar sus uñas en mis hombros y a mover sus caderas para que lo hiciera de nuevo, lo hice. El poder que ejercía en mí jamás lo había experimentado y, a medida que entraba, lo hacía con fuerza por lo que minutos después, su gemido fue tan fuerte que supe que había llegado al orgasmo, aumenté la velocidad para llegar al mío.

Era la primera vez que tenía un encuentro en esas condiciones y recordé que no había usado un maldito preservativo por lo que la miré a los ojos.

—Erin, olvidé el preservativo.

Me negaba a ser mal pensado, pero quería asegurarme.

—¡Oh, Dios! ¿Crees que soy tan estúpida de no ser precavida? Sabía que

tendría sexo contigo, lo que me preocupa es que puedas pegarme alguna enfermedad. —Parpadeé sorprendido, me levanté y me subí el bóxer y el vaquero con rapidez, enfadado por su acusación—. ¿A dónde vas? —preguntó.

—Al hotel, puedes quedarte tranquila, no tengo ninguna enfermedad y desde ahora puedes darte el lujo de decir que tuviste entre tus piernas a Logan Cooper.

—¿Cómo te atreves a decirme algo así?

—De la misma forma que me has hecho sentir desde que nos tropezamos. No sé quién diablos crees que soy, pero mételo en tu noble cabeza, no soy de los que tienen sexo con cualquiera ni en cada ciudad que he estado.

Nadie me había dicho semejante tontería, primero me acusaba y ahora se hacía la ofendida, decidí olvidarme de la noble hada irlandesa y de su castillo. Cogí mi camiseta y camisa, mi cazadora y salí del lugar maldiciendo por haber pensado más en satisfacer mi miembro y no en ser precavido, lo que siempre nos aconsejaba nuestro agente.

Nicole se despidió y colgó la llamada mirándome a la espera de que siguiera con la historia. La verdad es que no quería seguir, pero ya le había contado mucho y era normal su curiosidad.

—Ni te creas que te contaré lo que sucedió después.

—¡Vaya! ¡La súper estrella es tímida!

Negué con la cabeza pensando lo manipuladoras que eran todas las mujeres.

—Dejemos que vuele tu imaginación, aunque te adelanto que no terminó nada bien —concluí y ella se resignó—. Regresé al hotel y a la habitación donde estaba Niall roncando, estaba de malhumor, no podía dormir, por lo que cogí mi guitarra, la libreta y bajé al vestíbulo.

Me senté lo más apartado que pude para tocar acordes por inercia tratando de despejar mi mente.

—Lo siento, Logan. —La nota me salió tan desafinada que hubiera jurado que desperté a la mitad del ala de esa parte del hotel. Cerré los ojos pensando que Erin se estaba convirtiendo en mi demonio, ladeé mi cabeza y fijé mis ojos en ella. Estaba tan acostumbrado a que las mujeres fueran detrás y me mimaran que conocer a una que hiciera lo opuesto, me llevaba por la calle de la amargura.

—¿Puedes decirme qué es lo que quieres? —le pregunté con rudeza—. Desde que nos vimos la primera vez me has tratado como si fuera el abanderado de los egocéntricos, luego te disculpas y haces cosas que me dejan alucinando, pero después me vuelves a tratar a patadas. —Me llevé las manos a la cabeza, cansado de ese día lleno de emociones fuertes—. Después de tener sexo como el que tuvimos, decirme que me lío con la primera que se me cruza ha sido un detallazo de tu parte. Si tan solo te hubieras detenido un momento y observar, te hubieras dado cuenta de que no soy el que cambia de chica cada semana.

Su rostro reflejó vergüenza, se sentó a mi lado y suspiró desalentada.

—Os he seguido desde que comenzasteis. Una vez estuve en Liverpool, os escuché tocar y me encantó —afirmó Erin—. Os busqué en las redes, atenta a todo lo que hacíais. Volví a la ciudad y tuve la ocasión de que nos presentaran, pero estabas tan centrado en agraciar a otras que me miraste como si no valiera nada y pensé que la fama se te había subido.

»Hace dos años, uno de los accionistas del hotel sugirió cambiar el festival, hacerlo más internacional y les di la idea que vinierais, nunca pensé que se llevaría a cabo. Me llevé la sorpresa antes de comprar los billetes para volver a casa, llevo un año fuera de Irlanda y venir en verano me hacía ilusión, os vi en el aeropuerto, pero estabais tan entretenidos con las fans que recordé el día que intenté conocerte, me repriminé por ser tan tonta.

»Eres un artista, te debes a tu público y yo soy una simple estudiante

universitaria que escogió estar lejos de los suyos para sentirse libre. Ni en los sueños más irreales podría funcionar, sin embargo, la secretaria y Máire, una de las guías de visitas, me contaron vuestra cercanía con la gente ayer. No podía creerlo, no era el mismo tipo chulo del aeropuerto, quise creerles, incluso cuando tuve que sustituir a otra guía. Estaba nerviosa en cuanto te vi y actuaste de la misma forma.

—No lo hice, sabes que digo la verdad. —Erin resopló—. Reconoce que has sido muy injusta —le indiqué sin rodeos.

Apretó sus labios evitando reprocharme y evitó mirarme. Sonreí sabiendo que había ganado esta partida, dejé mi guitarra a un lado y con mi mano giré su cara.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? —sugerí. Se mordió el labio unos segundos, soltó otra bocanada de aire y afirmó con la cabeza.

—Pero solo te puedo prometer que cada vez que estemos juntos será inolvidable. —La miré unos segundos comprendiendo que tenía razón, mis continuas giras, el vivir en distintos países nos harían cuesta arriba cualquier inicio de una relación y acepté que lo que sucedería los siguientes días sería un romance de verano.

—Está bien —respondí.

Sentí un enorme alivio, una alegría que nunca había experimentado. Sin pedírselo se refugió en mis brazos mientras juntos aceptamos las sensaciones que nacían.

Nicole me miró con ternura a la vez que suspiraba, sonreí pensando que algún día daría a conocer mi historia y ese día sería pronto. Volvió a ver la pantalla de vuelos para levantarse con rapidez.

—¡Diablos, no había visto la puerta! —exclamó nerviosa, me miró con ganas de que terminara la historia, pero ya no había tiempo—. Me quedaré con

las ganas de saber más, tengo que irme.

La miré sonriendo de lado y me levanté.

—Creo que estamos en el mismo vuelo. —Abrió la boca por la sorpresa—. Ya encontraré la forma de que te sientes a mi lado.

Nicole se sonrojó, sujetó el manillar de su maleta, recogí la mía, la guitarra y juntos fuimos a la puerta de embarque. Veinte minutos después, tras un par de *selfis* y firmas, Nicole se sentaba a mi lado.

—Se nota que sabes usar muy bien tu estrellato.

Reí afirmando con la cabeza.

—¿Por dónde íbamos? —le pregunté con sorna—. ¡Ya recuerdo! Una patada en mi pierna me despertó de una manera violenta. Niall me miraba con una sonrisita tonta y es que me había quedado dormido abrazando a mi guitarra. Erin no había tenido la decencia de despedirse y me sentí traicionado, incluso dudé si había sido real.

Ignoré a mi amigo y regresé a la habitación para una ducha deseando que pasaran los días rápidos, no le iba a pedir explicaciones, tenía su número, podía llamarla y reprocharle, pero si ella no quiso despedirse, entonces ¿por qué yo tenía que hacerlo? Sin embargo, Brett apareció con otra de sus malditas sonrisas que me estaban sacando de mis casillas y me entregó una nota.

La cogí de mala gana y la leí. Erin se disculpaba, me explicaba que no podíamos arriesgarnos, de nuevo le di la razón, por lo que me centré en ensayar y terminar mi canción.

En la noche, volvimos a otro pub a distraernos y allí la vi con un grupo de jóvenes. Sentí celos, deseaba estar a su lado y no estar escuchando silbidos para que tocáramos, lo hicimos por complacer, pero era lo que menos me apetecía.

En cuanto terminamos, salí a fumar, no suelo fumar, pero estaba frustrado y nervioso, quería olvidar cómo un desconocido le pasaba el brazo por sus

hombros y bromeaba en la intimidad con ella, tiré el cigarro enfadado y me atusé el pelo dispuesto a volver al hotel, pero me sujetaron la mano y la vi.

—Al fin pude escaparme, acompáñame, conozco un lugar donde estaremos más cómodos. —Y me arrastró con ella hasta el final del pueblo, sacó una linterna de una bandolera, desconcertado un poco podía reprimirme ese momento, pero solté lo que sentía.

—Pensaba que era yo el que te llevaría por el mal camino.

Rio a carcajadas deteniéndose y colocando la linterna cerca de su rostro.

—Las apariencias engañan. —Sonreí a esa Erin divertida que estaba a mi lado. Llegamos a una cabaña, sacó las llaves y abrió la puerta, encendió varias lámparas de gas y observé el lugar desde el umbral de la puerta.

La cabaña era acogedora, la vi acercarse a la chimenea moderna y encenderla. Mi mente imaginó todo lo que podíamos hacer al ver varios cojines y mantas a un lado; las extendió y se sentó mirando la chimenea esperando que dijese alguna palabra.

—¿Y bien, Erin? Espero que no me dejes tirado, se me acaban las excusas para mis amigos.

Sonrió y se acercó a mí.

—Esta vez no sucederá, quiero que me hagas sentir que me deseas como nunca habías deseado a ninguna mujer. —Me arrodillé frente a ella y la acerqué sujetando su cuello para besarla con fiereza adentrando mi lengua, cruzándose con la de ella y recorrer su boca.

De nuevo sonreí, dándole a entender a Nicole que no seguiría y ella lo aceptó. Aunque, una vez más, comencé a recordar cómo mis manos volaron por debajo de la camiseta de Erin, así como también, sus manos jugueteaban con el botón de mi vaquero.

Cada beso que le daba, ella suspiraba en alto pidiéndome más, le quité la

camiseta y ella bajó la cremallera de mis vaqueros, volvió a torturarme con lentitud con suaves caricias, logré quitarle el pantalón pesquero para besar desde el interior de sus muslos y más allá. Sin perder más tiempo, bajé sus bragas y volví a hundirme dentro de ella.

—No sé cuánto tiempo pasó, pero te aseguro, Nicole, que esa noche nació otra canción.

—¡Sé cuál es! —me dijo emocionada— *Los acordes del corazón*. —No pude reprimir una sonrisa y ella me imitó, mientras a mi mente volaron esos instantes que viví junto a Erin, de cómo le susurré al oído cada palabra que iba apareciendo en mi mente y que luego presenté al grupo en un borrador totalmente deplorable.

—Mis amigos decidieron no preguntar —proseguí contándole a Nicole—. En dónde me había metido, quizás mi sonrisa de idiota les hizo sacar sus propias conclusiones.

»Los días posteriores, al llegar la noche, nos escapábamos admirando el atardecer maravilloso que se apreciaba a través de los acantilados de esa región, donde el sonido y la brisa del mar junto a las flores nos ayudaban a escondernos y poder sentir esa atracción que nos invadía y, a su vez, cuando la hacía mía, me susurraba en gaélico que no la dejase de amar como lo hacía.

Esos días me enamoré no solo de una irlandesa, me enamoré de un país, de la Isla Esmeralda, de su gente, de sus paisajes.

El día del concierto todo cambió. De la nada apareció más gente de lo que creíamos y el aparcamiento del hotel se llenó a tope. Mis amigos aceptaron que tocara «*Los acordes del corazón*». Erin estaba en primera plana y, al escucharla, me miró sorprendida, pero a cambio de ilusionarse, vi decepción comprendiendo al instante que deseaba que esa intimidad que había nacido entre nosotros siguiera así y fue la última vez que la vi.

Nicole abrió los ojos y me apresuré a explicar.

—Por un tiempo traté de hablar con ella el tiempo que estuve en Irlanda, pero los compromisos me impedían volver a Howth y para cuando pude hacerlo, su hermana me explicó que se había ido del país a uno que estaba al otro lado del océano, estaba decepcionada a lo que para ella había sido momentos que guardaba en su corazón.

Meses de mensajes por *WhatsApp* sin tener respuesta me estaban volviendo loco, hasta que tuvimos la oportunidad de ir a Estados Unidos. Me las arreglé para volar hasta Seattle y me planté en su departamento.

En cuanto me vio casi se desmayó de la impresión. La verdad es que tenía un repertorio de reproches, pero, al verla, olvidé todo. Entramos a su casa y nos sentamos uno al lado del otro sin saber qué decir.

—Nunca imaginé que te volvería a ver —dijo rompiendo el silencio.

—Si al menos me hubieras respondido los mensajes, nos habiéramos ahorrado este instante —le reproché.

—Logan, me siento como una despiadada, me he comportado desde ese día del concierto como una ingrata y no es justo.

—Debí decirte que iba a cantarte esa canción, mi idea original era darte la sorpresa, quería demostrarte lo que siento por ti, pero creo que lo hice mal.

Respiró profundo y me miró.

—Es una canción preciosa.

—Dedicada a una mujer de la que me enamoré.

Me miró a los ojos y suspiró.

—¿Qué haremos ahora?

—¿Qué tal si dejamos seguir lo que la vida desea?

Entrelazó mi mano a la suya y me dijo.

—Son tres años que me quedan aquí y solo podré ir cada julio a Howth.

—Estoy dispuesto a desaparecerme una semana por ti, ir cada julio a

Howth con una condición.

—¿Cuál?

—Que nos perdamos en los pasillos del castillo y me cuentes la historia y leyendas que conozcas.

—¿Qué tal si te la cuento desde ahora?

—Soy todo oídos —respondí. Erin se acercó a mí, se acunó bajo mi brazo y comenzó a contar la historia de dos jóvenes que se encontraron en el aeropuerto y mientras ella recordaba nuestra historia, volví a amarla como deseaba hacerlo durante meses.

Nicole me miró sin saber qué decir.

—¡Anda! Dime qué quieres saber —le indiqué para que pudiera preguntar lo que quisiera.

—¿Quiere decir que este año volverá en definitiva? ¡No puedo creer que tuviera la suerte de conocer la historia de una estrella del pop!

—¡Ya ves!, somos de carne y hueso y seres mortales como todos.

—¿En serio esto ha sucedido?

—Lo sabrás al cruzar las puertas de salida.

En ese instante, la auxiliar de vuelo se acercó para anunciar que pronto llegaríamos a Dublín y le pidió a Nicole que volviera a su asiento, ella sonrió nerviosa, respiré profundo recordando cada momento que había vivido con Erin.

Cada año celebrábamos nuestro aniversario, ella lo solía llamar renovación de promesas y no podía decirle a Nicole que Erin había vuelto después de ir a Seattle, se había matriculado en la Universidad de Lancaster y en los meses de verano, corríamos a vivir nuestro amor en los lugares más recónditos de Irlanda.

Desde *Andare* con sus leyendas de hadas y duendes, escondiéndonos en el arcoíris que lograba cada casa de *Kenmare*, hasta ver los atardeceres en los

verdes pastos de *Calingsford* o simplemente volver a la cabaña que tiempo después supe que era de la familia.

Irlanda me había enamorado, la Isla Esmeralda había atrapado mi corazón.

El capitán del avión nos dio la bienvenida y deseé como cada año ver a mi hada irlandesa en cuanto saliera. Me acerqué a las puertas y, en cuanto se abrieron, la vi. Erin corrió hacia mí sin importar quien estuviera y la besé con la pasión que sentía. Vi de reojo a Nicole sonriendo, le guiñé el ojo y le indiqué con el dedo que me guardara el secreto.

Erin se dio cuenta y se mantuvo en silencio, le pasé el brazo por el hombro y empezamos a andar a la salida del aeropuerto.

—Logan, ¿no te cansarás de contarle a la gente nuestra historia?

—¿Sabes? —dije para despistarla—. Me gustaría que me contarás esa leyenda de la estrella del pop que se enamoró de una joven de la nobleza irlandesa.

—¡Vaya! De ser una historia pasó a una leyenda —dijo con sarcasmo—. No entiendo como nadie no nos ha delatado hasta ahora.

—Será porque aún no tiene un final.

—¿Y quieres que lo tenga?

—Si es en Howth y en una cabaña a la salida del pueblo, con gusto aceptaré.



# Una Cita en el Cine

*¡Menudo cantamañanas!*

Me preparaba para ir al cine con los nervios a flor de piel. Era la primera vez que salía con Alberto desde nuestro último encuentro. Astutamente, convenció a nuestros amigos después de aclarar un malentendido que se alargó todo el verano.

Siguiendo los consejos de mis amigas no le envié ningún WhatsApp para poder solucionarlo y no fue hasta finales de julio, visitando una de las playas de Fuerteventura en la que vi surfistas, cuando comprendí que debía de dar el paso. Después de muchos mensajes tuve la sensación de que volvía al punto donde lo habíamos dejado.

Pero pasaron un par de semanas más sin saber nada de él, hasta que mi amiga Ana me escribió un mensaje con caritas de asombro y felicidad. Sin saber a qué venía, le pregunté si había bebido otra bebida energética. Me ignoró deliberadamente dejándome con la incertidumbre durante un buen rato, hasta que volvió a escribir.

—Tengo la orden de obligarte a ir al cine sí o sí y ¿adivina de dónde proviene?

Acto seguido puso un icono del diablillo. Estudiaba, ya que iba a recuperar una materia para entrar al último año de bachillerato y, para qué negarlo, me caí de la silla, por lo que no volví a concentrarme y mi examen al día siguiente lo aprobé por los pelos. Desde entonces, mis nervios se mantuvieron a flor de piel.

Cuando llegó el día, estaba a punto de un ataque de histeria, pensando qué podía usar para llamar su atención, y nada me convencía. Los shorts cortos los usaba casi a diario, la falda no terminaba de convencerme y un vestido era

muy formal... Estaba tan indecisa que cerré los ojos y con mi mano escogí lo primero que toqué.

Un mono corto veraniego que combiné con unas sandalias de color nude. Me peiné y maquillé lo más natural posible, giré la cara de un lado al otro soltando un largo suspiro y salí a casa de Ana para ir juntas al centro comercial cercano a la playa de las Canteras.

Cuando hacía buen tiempo, dábamos un largo paseo por la avenida de Las Canteras viendo jugar en la arena algunos niños, otros tomar el sol y, a la vez, gente en las terrazas aprovechando para reunirse y disfrutar. En el camino me encontré con mi hermano, que hacía Skate cerca del parque Santa Catalina, me miró y señaló con burla.

—¿Y dónde es el belingo<sup>[2]</sup>? Me da que vas a ligar.

Odiaba cuando soltaba esas chorradas delante de otros, el muy capullo me dejaba en evidencia, por lo que decidí pasar de él. No sería el blanco de sus bromas, el problema era que todos me conocían y comenzaron a tomarme el pelo.

—¡Xio!, si el zampabollos no da el paso, estoy para servirte —dijo Rayco con las cejas levantadas.

—¡Idiota! —gritó Ana—. ¡Ya la liaste una vez! —advirtió.

Rayco levantó el dedo corazón y ella le devolvió el gesto, me tapé la cara negando con la cabeza. Llevaba dos días pensando que todo iba a salirme mal para aguantar en esos instantes a Rayco y sus tonterías. Ana, de reojo, me observó y trató de tranquilizarme, conocía mis dudas y mis miedos.

—No le hagas caso a ese cantamañanas, piensa en positivo— me dijo, pero, al ver su cara, presentí que ni ella estaba segura de sus palabras—. Estás bien, ¡ni caso! De todas maneras, no tienes que preocuparte, ya lo habéis aclarado.

No quise responderle, estaba inquieta, ya que, según el horóscopo del periódico, en asuntos amorosos todo no iba a salir como quería. Sí, sabía que eso de aferrarme a un anónimo y sus improbables predicciones era una señal clara de desespero, pero en mi corta vida estaba en esa etapa donde creía en todo lo que podían decir astrólogos y adivinas, como la que solía salir en las madrugadas en algunos canales de televisión.

Al llegar al centro comercial estaba tan nerviosa que mis manos sudaban. Era la primera vez que sucedía e, inconscientemente, sequé una en mi ropa dejando una mancha bastante notable. No podía ser cierto lo que veía, me sentí como en una de esas escenas donde acababa de dejar las pruebas de algún delito cometido.

A punto de que me diera un *yuyu*, recurrí a Ana para que me auxiliara con algún pañuelo o, en todo caso, alguna solución rápida a mi gran problema y, en vez de ayudarme y consolarme, se echó a reír del despojo de persona en que me había convertido.

Por qué no decirlo, era un manojito de nervios andante.

—A ver, Xio... —dijo aguantándose la risa—. Te creía más valiente, hablamos de Alberto, no de Mario Casas.

Cogí aire y la miré de mala manera, era consciente de que no era Mario Casas, o tal vez no era para ella, pero para mí sí. Caminábamos tratando de secar esa horrible mancha del mono y, a lo lejos, lo vi, logrando que se me acelerara el corazón. Si antes estaba nerviosa, ahora podía ir a una competición de Récords Guinness sobre quién tendría mayores pulsaciones por segundo. Tal vez no ganara, pero estaría entre las cinco primeras, y es que mis nervios no estaban pasando desapercibidos.

Alberto esperaba tranquilo a las afueras del cine. Iba con un vaquero sencillo, una camiseta de surfista y se había cortado el pelo. «¡Oh, sí! Estaba

guapo». Tan guapo que me detuve apoyándome en la pared porque sentí que las piernas me flaqueaban.

Estaba exagerando, lo sé, como también sé que cualquiera que escuchara mis pensamientos estaba a punto de colgarme el cartel de: «¡Chacha boba!». A decir verdad, era la primera vez que me tomaba en serio una salida como esta.

Salía con mis amigos con frecuencia, sabía quiénes iban y a dónde iríamos luego, casi siempre terminábamos comiendo en una de las hamburgueserías de la zona y luego nos sentábamos en los bancos de la avenida para charlar y reír acompañados del aire fresco de la noche que nos cobijaba, atrayéndonos a que nos acercáramos al mar.

Casi siempre lo hacíamos. En cambio, esta vez no estaba segura de nada.

Desde donde estaba me saludó con la mano con cierto disimulo. Sentí cierta desilusión, luego deseé darme varias cachetadas mentales por dejarme llevar por los nervios. Era obvio que no correría deslizándose por el piso para detenerse metros antes y sacar de la chistera una rosa, eso era de películas y vivíamos la vida real.

Debía ser honesta conmigo misma, así como también debía agradecer a mi tía Fayna, gracias a ella ese día estaba allí. En junio se fracturó la pierna y me tocó quedarme un mes en su casa. Era soltera, no quería volver a casa de mi abuela como comenzaba el verano y la persona que estaba desocupada del todo era yo.

Los dos días que estuvo ingresada me lanzaron toda clase de indirectas, así como también trataron de comprarme para que cediera, por lo que finalmente acepté con la condición de poder salir a caminar y tomar el sol todos los días.

Por un momento pensé que la negociación sería sin problemas y no fue así. Antes de ese paseo, mi tía me pedía que me sentara con ella a ver

telenovelas. Nunca, pero nunca, me imaginé que con lo moderna que era se viera cada una de esas novelas, y definitivamente, estuve a punto de pillar un trauma por ello. Llantos, desamores, amores imposibles y hasta cuernos.

El cuarto día estaba a punto de reventar y decidí preguntarle por qué las veía. Nunca debí hacerlo, la vida de mi tía era peor que esos teleculebrones.

La escuché con atención a pesar de que tenía un triste final, estaban llenas de pasión. Cada una me hizo reflexionar y pensar que debía evitar situaciones en las que me pudieran partir el corazón. Ahora creo que no se puede jurar «nunca haré...», ya que más rápido sucede.

Eran más de las siete de la tarde cuando decidí caminar por la orilla de La Cicer, escuchando lo último de DVicio, dejándome llevar por mi canción favorita. El mar chocaba con mis pies jugueteando con su vaivén, a la vez, los últimos rayos de sol me acariciaban el rostro con un suave calor enviándome sensaciones de bienestar y, por ende, olvidaba a veces que en la playa también había otras personas.

Cantaba en alto cerrando los ojos, conocía el recorrido desde que había aceptado acompañar a mi tía, pero ese día choqué con una tabla de surf que apareció de repente tumbándome de culo. Por supuesto, me llené de arena, agua y más arena.

Mi primera reacción no fue gritar sino salvar mi iPod y un «lo siento» escuché al mi alrededor. Su voz me dejó sin habla, la tabla cayó a un lado y me tendió la mano para ayudarme a levantar. Ambos nos quedamos mirándonos sorprendidos.

—He sentido un alga en el pelo —dijo siendo el primero en hablar—. Trataba de quitármela y no me percaté de que estaba cerca de la orilla.

De todas las personas que conocía en la isla, quien menos pensé encontrarme en ese lado de la ciudad era a él. Llevaba dos años en Las

Palmas, su familia se había trasladado por motivos de trabajo de su padre, y desde que puso el pie en el instituto, se convirtió en uno de los chicos populares de la clase.

No negaría lo guapo que era, pero quería ser como el resto de las chicas, que le hacían ojitos para que se fijara en alguna de ellas, así que pasé al bando de las que lo veían como un chico más. Un bando en el que solo estábamos tres y, de esas tres, dos tenían novio. Para ser sincera, estaba sola en ese bando, juraría que alguna vez vi a una de esas chicas con novio también hacerle ojitos.

Y así fue durante un largo año, observando lo que ocurría desde el lado de la valla. Un año de muchos cambios entre nosotros, parejitas que se rompieron siendo Alberto culpable o no, grafitis con su nombre y un dibujo grotesco al lado, cartas de enamoradas anónimas... Él ignoró lo que sucedía a su alrededor para llevarse bien con todos y demostrar que ninguna de ese enorme grupo de chicas le interesaba.

Al comienzo del nuevo curso, se deshizo de esa corte de chicas que estaban detrás como si fuera el líder de una banda musical. No comprendí esa decisión y menos la que siguió a continuación, aquella que inició ciertas apuestas en el instituto de cuál de nosotras iba detrás, ya que se había desencantado de acercarse a mi grupo de amigos.

El frío de mis piernas mojadas me hizo volver al presente, a donde me encontraba, frente a él. Parpadeé varias veces pensando en alguna respuesta acertada.

—No ha sido tu culpa, yo iba con los ojos cerrados —respondí atropelladamente. Alberto sonrió y me ayudó a levantar.

—En todo caso, no es necesario llamar a los seguros ni informar del siniestro —dijo con un tono burlón. Ladeé la cabeza frunciendo el ceño y acto

seguido sonreí por cómo intentaba quitarle importancia.

—Por favor —respondí con una ceja levantada—. No vuelvas a decir algo así, es un chiste malo, pero que muy malo. —Alberto rio, se frotó la nuca y me miró durante unos eternos segundos.

—Debo irme —dijo a continuación—, pero dime la verdad, ¿estás bien?

Afirmé con la cabeza enterneciéndome de que se preocupara por mi estado. Había visto la sinceridad en sus ojos, pero, lamentablemente, no me conformé con mirar su rostro, denoté su abdomen y tragué saliva.

No es que no me diese cuenta en el instituto de que estaba cachas, pero no era igual verlo con ropa normal a ver su torso desnudo y gotitas de agua cayendo en su abdomen.

«¡Me cachis!», pensé en ese instante, acababa de entender por qué tenía ese club de fans y me odié al darme cuenta de que había entrado, aunque lo peor vino segundos después. Alberto se había dado cuenta de que estaba observándolo sin disimulo. Me sentí tan avergonzada que, de alguna manera, debía contestar con rapidez o terminaría como las chicas que iban detrás de él, y lo primero que pensé fue en mi iPod y en cómo lo mantenía agarrado en mi mano.

Miré de reojo y llegué a temer que al abrirla no pudiera despegarlo de la misma, debía centrarme en alguna idea que hiciera cambiar de parecer a Alberto. Era vergonzoso decir que la culpa había sido mía, ya que prefería mil veces hacer la croqueta en la playa de arena volcánica antes que el iPod se mojase.

—Sí —dije con rapidez—. Pero creo que patentaré mi mano en cuanto la abra.

«Mierda», acababa de decir la estupidez más grande que había dicho en toda mi corta vida. Mientras recogía su tabla dobló la cabeza de lado y esas

pequeñas arruguitas al lado de sus ojos fueron acompañadas de su sonrisa, que capturó mi atención y sentí que estaba a punto de derretirme.

—No tengo ni puta idea de lo que has querido decir —indicó esperando que me explicase mejor. Tenía que cambiar el tema antes de que siguiera dejándome en evidencia.

No solía actuar de esa forma, pero parecía que mi cerebro hubiese sido abducido y llegué a plantearme que la culpa era de los teleculebrones que veía mi tía, incluso de esos programas de cotilleo.

—Nada, ¡olvídalo!, no tenía ni idea de que practicabas surf.

—Ya... —respondió con un deje irónico—. Tampoco es que pases mucho tiempo con nosotros y no sé si es que te molesta mi presencia.

—¿Qué?! —Abrí los ojos sorprendida por su sinceridad. Reconocí al instante mi gran y enorme error.

Los primeros días cuando comenzó a acercarse, mi corazón saltaba de alegría por las ilusiones que me hice, pero conforme pasaba el tiempo, me di cuenta de que trataba a mis amigas igual, por lo que decidí volver a mi punto inicial, ver desde la valla. Ahora creo que no debía disimular muy bien.

Por regla general, cuando una chica se sentía atraída por un pibe, revoloteaba a su lado, y sin darme cuenta, cuando él se acercaba a nosotros o aparecía con uno de mis amigos, esperaba un tiempo prudencial, inventaba cualquier excusa y me piraba. Creo que mi estrategia dio otra percepción.

Tampoco es que lo ignorara, como insinuó. Solía hablar con él cuando se dirigía directamente a mí, aunque evitaba mirarle lo menos posible a la cara, me metí en la cabeza eso de que «los ojos eran el espejo del alma», y me negaba a que descubriera cuánto me gustaba.

Suspiré con profundidad, tenía razón, mi comportamiento podía crear suposiciones, por lo que sentí calor en mi rostro, arrepintiéndome y

dejándome llevar por mis desvaríos.

—Perdona, si te he ofendido no tenía propósito de hacerlo.

—Tranquila —respondió de inmediato, sonrió de nuevo y me miró—. No eres como las demás y eso me gusta.

No sabía cómo actuar ante esa respuesta. Lo único que pensé era que esos minutos se habían convertido en lo mejor que me había pasado durante esos días.

—Y dime, Xio... —prosiguió—. ¿Qué haces al otro lado de la avenida? No me digas que te has perdido.

Mi sonrisa se borró en ese instante y lo miré con una ceja levantada, «¿a quién se le ocurría?». Por unos instantes pensé que hablaba con mi amigo Echedey, solía hacer esas preguntas tan ridículas y, como estaban la mayor parte del tiempo juntos, miré enseguida a los lados, buscándolo, pensando que observaba con detalle cada uno de mis movimientos y se burlaría el resto de nuestras vidas de mí.

No se lo iba a permitir, por lo que deshice esa idea de mi mente y leí entre líneas lo que quiso decir. Respiré con tranquilidad pesando que tal vez no era la única que buscaba con cierto desespero un tema para hablar.

—No, no me he perdido, sé orientarme muy bien —indicé cruzando mis brazos con el iPod aún en la mano cerrada.

Me negaba a abrirla, tenía terror a que fuese parte de mi piel. Tampoco era tan malo, me mordí el carrillo interior de la boca para dejar de divagar en mi mente antes de que Alberto analizara mi actitud y se diera cuenta de que estaba nerviosa.

—Estaré durante un mes por aquí, mi tía vive justo ahí. —Señalé a la derecha unos edificios que estaban detrás de la avenida, sin percatarme de que era la mano donde tenía mi iPod, y vi a cámara lenta cómo caía, creí morir.

Maldije muy en alto inclinándome con rapidez para limpiarlo con esmero con mi camiseta, mientras el oleaje me pringaba todas las algas que ese día tenía la mar junto a la arena volcánica, provocando que Alberto soltara una sonora carcajada.

—¡Hostias! —exclamó carraspeando un poco—. Quizás sí tenga que llamar a un perito o policía para que levante un informe.

Lo miré con deseos de asesinarlo, comprendí que podría creer que me faltaba un tornillo, pero alguien debía entenderme.

¿Cómo les explicaba a mis padres que caminaba con los ojos cerrados por la Cicer?<sup>[3]</sup>, tropecé con un amigo que, sin querer, me empujó y caí en el agua junto a mi iPod. ¡Ni de coña me lo iban a creer! «¡Me cachis en la mar!», exclamé para mí misma. No obstante, Alberto de nuevo me tendió la mano. No la acepté, tratando de salvar un poco mi orgullo.

—¡Vaya! —soltó con un deje burlón de nuevo, dejó la tabla de surf a un lado y se cruzó de brazos con una sonrisa picarona—. No tenía ni idea de que fueras cabezota.

—¿Por qué crees eso? —respondí mirándolo con desafío. Sonrió de lado y odié esa sonrisa perfecta, en su rostro perfecto que lograba que me derritiera.

No podía negarlo, él me afectaba de todas las maneras, aquel día que lo vi por primera vez le había dado un codazo tan fuerte a Ana que casi la dejó sin aire, y es que no era habitual ver entrar a un chico con un corte de pelo de lado de color castaño y acompañado de unos increíbles ojos marrones escondidos en unas pestañas largas que iban conjuntadas con esa sonrisa y ese cuerpo que me hizo volver a mirarlo para dar un suspiro silencioso.

—¡Así que tu tía vive ahí! —señaló con el dedo y no supe si lo hizo para tomarme el pelo o por curiosidad.

—Sí, ahí vive y creo que debería dejarte, es tarde y estoy empapada.

—¡Estamos! —dijo burlón—. Si vuelvo mañana sobre esta hora, ¿estarás por aquí?

—¿Por qué quieres saberlo? —pregunté con el corazón en un puño.

—Para asegurarme salvar primero tu iPod antes que tu vida.

—¡Qué gracioso! —espeté indignada por burlarse de mi desgracia—. Nadie me había comentado tu faceta de payasito.

—La verdad es que no lo soy, estoy experimentándolo contigo por primera vez.

No pude responder, podría jurar que a lo mejor estaba igual de nervioso que yo, al segundo lo negué en mi cabeza. Era Alberto y desde que lo conocí se mostraba un chico seguro, así que concluí que era para mantener una conversación. Cualquiera que fuese el caso, era mejor que me despidiera, no quería sacar conjeturas ni hacerme ilusiones, él era amable siempre con todos y no iba a ser la excepción.

—Creo que has buscado un público pésimo para que te dé un veredicto y, bueno, ten por seguro que me volvería a mojar y llenar de arena para salvar mi iPod si volviese a tropezar.

Él rio de nuevo, a la vez escuché cómo otro chico lo llamaba, giré y agudicé mi vista replanteándome que fuera Echedey y que hubiera visto todo lo que había pasado, pero respiré tranquila en cuanto se acercaba. Alberto se pasó la mano por el pelo e hizo un pequeño mohín seguido de una maldición, escuchando cómo le tomaban el pelo. Volvió a mirarme, suavizando sus rasgos.

—Debo irme —dijo—. No te prometo venir mañana, pero sí alguna de estas tardes.

—La playa es libre.

—Creo que los papeles de payasito se han cambiado.

Sonreímos, había sido un *touché* en toda regla. Se despidió con la mano e hice el mismo movimiento, enseguida caminé apresurada para contarle a Ana ese inesperado y extraño encuentro.

Dos días después, Ana se las ingenió para dormir en casa de mi tía y, por supuesto, Fayna estaba encantada en cuanto vio que eran almas gemelas. Le gustaba ver las telenovelas y hablaban de gente del mundo artístico que no tenía ni idea quiénes eran.

Miraba al reloj viendo que el minuterero no avanzaba y la charla se alargó hasta bien entrada la tarde. Ana se dio cuenta de ello, se levantó diciéndole a mi tía que saldríamos un rato a ligar por ahí. La odié, ¿por qué había dicho semejante sandez?

Respiré todo el aire que pude y entré a la habitación para cambiarme coger el bikini y la toalla sin decir ninguna palabra.

—Xio, no seas boba, tu tía Fayna es joven y no ve mal que te des el lote con algún chiquillo que conozcamos.

—¡Ana! La comida te ha caído muy mal —ironicé. Mi amiga rio hasta no más poder.

—Alberto te tiene comiendo de la mano. —Alcé el dedo corazón dándole la espalda y entrando al baño. Al salir presentí que no era buena idea y tuve razón.

Lo primero que hizo fue saludar con sus dos manos a los surfistas con mucho entusiasmo y desde lejos pude visualizar cómo se miraban y reían. Me llevé la mano a la cara pensando que era un terrible error. Algunos comenzaban a acercarse a la arena y deseé pegarme un tiro, ya que no tenía ni idea de qué haría luego, me giré hacia mi amiga muy enfadada.

—Como se crean que venimos a ligar, te las verás conmigo.

—¡Eh, chiquilla! No vendrás tú, pero yo no voy a perder la oportunidad, además eres una subnormal o cegata, ¿no ves que es Alberto? —Miré de inmediato y tragué saliva, ya que era cierto.

Era como si el hijo de Poseidón saliera entre las aguas con su tabla de surf y el pelo goteando, el cual se sacudía con la otra mano y, junto al atardecer de ese día que era fantástico ya que el cielo jugaba con la degradación del naranja, parecía un protagonista de película. De nuevo miré al horizonte, y es que atardeceres así, solo podían apreciarse en la playa de las Canteras, la mayor parte del año daba ese aire místico.

Y me di cuenta de que estaba pensando muchas estupideces, la culpa la tenía Alberto por estar tan guapo. Desde lejos nos saludó y cuando llegó hasta nosotros me miró de arriba abajo.

—¿Hoy has venido preparada para otro revolcón? —Abrí los ojos sorprendida, ¿qué podía pensar Ana de esa pregunta? La respuesta la tuve enseguida con una sonora carcajada.

—A lo mejor le gusta hacer la croqueta con las olas. —La odié por seguirle el juego y hacerme quedar en ridículo—. Xio, no te amules, le pregunté si estaría hoy y me dijo que sí, por eso vine.

—O sea que se pusieron de acuerdo. —Afirmaron con la cabeza y me sentí traicionada por la que creía que era mi mejor amiga—. Entonces les dejo para que hablen, caminaré un rato por la arena hasta Playa Chica.

—Te acompaño —dijo Alberto.

Abrí la boca para tratar de decirle que no hacía falta, pero no pude, le dejó la tabla a Ana gritándole a sus amigos que estuvieran pendientes y, sin más, dio unos pasos para que lo siguiera, y lo hice sin decir absolutamente nada.

Estaba cohibida, todo había pasado tan rápido que no tuve tiempo de pensar, y ahí estaba caminando a su lado. Ese silencio me estaba matando, por lo que comencé a pensar de qué podíamos hablar y miré al mar, a las olas, a la barra y a cómo la gente disfrutaba de un baño en las aguas del Océano Atlántico.

—¿Desde cuándo surfeas?

—Desde que tengo uso de razón, mi padre lo hace y me enseñó.

—Yo es que no tengo ni idea y jamás me montaría en una tabla, soy una negada del equilibrio. —Alberto se rio a carcajadas.

—La técnica se mejora con el tiempo, nadie entra al mar con un tablón y lo hace a la primera.

—¿Así que se llama tablón? —pregunté con interés.

—Sí, hay varias tablas para distintas variantes, bordear la ola tienes que haberte caído un millón de veces, sea un Frontside o Backside, el Take off, suena a chino, pero así se le llama y cuando ya lo tengas medido y lo hagas con los ojos cerrados viene lo excitante, los tubos, reentry, floater...

Me sentía a gusto al escucharlo hablar con pasión de su hobby, me contó experiencias y anécdotas que había tenido. La tarde fue refrescando, el sonido del oleaje logró que la charla fuera más placentera, volvimos por el mismo recorrido que habíamos hecho, donde veíamos cómo el sol estaba a punto de esconderse entre la montaña de Gáldar y Guía.

Ese día veíamos la isla de Tenerife, el crepúsculo se asomaba dejando diluidos esos colores del cielo que hacían que ese momento fuera único y especial. Por unos instantes vi el horizonte y juraría que las figuras que las nubes hacían eran de corazones, no negaré que tengo una enorme imaginación y que estaba coladita por Alberto, pero tampoco podía ignorar que el atardecer en las Canteras era uno de los más hermosos que podía disfrutar.

—¿Y bien? Veo que no has traído una denuncia por intento de asesinato a un iPod —dijo con guasa.

De reojo, le otorgué una mirada furibunda y respiré con profundidad.

—Está en cuidados intensivos, ayer tuve que llevarlo al técnico. Esto me costará los ahorros que llevo meses guardando.

—¡Vaya! Lo siento. —Se detuvo, me miró frotándose la nuca—. Si quieres que te ayude en los gastos médicos... —Abrí la boca, pero vi como ocultaba una sonrisa socarrona, fruncí mi entrecejo por su tomadura de pelo y no respondí por salvar mi orgullo—. Mañana será la noche de San Juan, espero verte —señaló cambiando el tema.

—Siempre voy, es la tradición familiar —le dije con el corazón saltando de alegría al saber que quería volver a verme, sonrió y retomó el camino.

—He escuchado que habrá música en vivo —indicó mirándome de reojo—. Y en mi familia no es tradición, pero nos gusta ver los fuegos.

—También lo he escuchado —respondí— y junto a los fuegos será una noche muy guay.

—Te enviaré un WhatsApp para saber por dónde estarás —dijo cuando ya nos acercamos hacia sus amigos, y escuché a Ana reír a carcajadas.

—Estaré pendiente —respondí, y volvimos a mirar al grupo.

Los murmullos de bromas se hicieron notar, él respondió con un «que te den». Ana sonreía como si se hubiera ganado el premio gordo y sentí una terrible vergüenza, deseaba irme cuanto antes de allí.

—Debo irme, nos veremos otro día —indicó mi amiga mandando un beso a todos en general con su mano.

—¡Ana! No te olvides de enviarme un mensaje —dijo uno de los chicos.

—¡En tus sueños, chaval! —Rieron a carcajadas y nos despedimos.

Cuando no podían escucharnos, Ana me dijo entre dientes.

—Dime que te metió la lengua hasta la campanilla o volveré ahí y le daré un pescozón por ser tan idiota.

—Entonces te esperaré en la heladería.

—¡Menudo cantamañanas!

—¿Qué sabes que yo no sé?

—Mis labios están sellados —dijo haciendo un gesto con su mano, rodó los ojos.

Cuando se ponía en ese plan era insoportable, por lo que decidí contarle el corto paseo y en lo que habíamos quedado. No iba a ocultar que cuando insinuó lo del beso sentí unas cosquillitas por todo mi cuerpo, pero traté por todos los medios de no hacerme ilusiones.

Al día siguiente las horas se hicieron eternas, al volver a casa traté con disimulo ir lo más guapa posible, sin que mi maravilloso hermano se diera cuenta, o de lo contrario no pararía hasta que le confesara qué estaba pasando. Mis padres arreglaron lo que solían llevar y a las ocho de la tarde tomamos rumbo a la playa de las Canteras.

Mi cabeza se llenó de imágenes románticas y miraba a todos lados nerviosa, nos acomodamos por la plaza Saulo Torón cerca del escenario. Saqué mi móvil y le escribí a Ana para saber dónde estaba, me había hecho prometer que no le escribiría hasta que ella estuviera a mi lado como apoyo.

Veinte minutos después le envié el mensaje a Alberto con Ana mirándolo por encima. El tiempo pasó y no respondió, supuse que por cualquier motivo no había podido leerlo, pero mi sorpresa fue que lo había leído, por lo que comencé a sentir una pizca de decepción, haciéndome a la idea de que a lo mejor con sus amigos se divertiría más y que debía hacer lo mismo.

Se lo dije a Ana advirtiéndole que no quería escuchar sus teorías, le escribí a mi hermano para saber dónde estaba y me acerqué. No negaré que todo ese tiempo me dije «tonta del culo» hasta que se acercó la medianoche y salimos a darnos el primer baño para luego ver los fuegos.

La noche era espléndida, la brisa del mar nos acompañaba junto a los gritos de las personas alrededor, escuché el primer pistoletazo de un volador y fijé mi mirada en el cielo, imaginando que Alberto estaba a mi lado viendo las bonitas figuras y colores que destellaban.

La voz de Rayco, el mejor amigo de mi hermano, la escuché detrás de mí, pero no quise girar. No tenía ánimos de hablar, él sí se acercó y me pasó el brazo por el hombro.

—Hola, Xio.

—¿Qué haces por aquí?, ¿no habías quedado con María?

—¿María? ¿Quién es esa? —Preferí no responder y él rio a mi mohín—. ¿Por qué estás amulada? No me digas que es por el zampabollos de Alberto. —Fruncí el entrecejo pensando por qué deducía eso.

—No estoy amulada y no sé qué tiene que ver Alberto en todo esto.

—Se te cae la baba cuando lo ves.

—¡Eres un imbécil! —le dije indignada, él volvió a reír.

—Mira cómo te pones a la defensiva y para que veas lo buen amigo que soy, lo vi hace una hora camino a Playa Chica con Elena.

—¡Sí que eres liante! —le reprochó Ana, que lo escuchó.

—Tú misma —dijo mirándola con una sonrisa de lado—. Digo la verdad.

Y sin decir nada más se alejó. Sentí rabia por haberme hecho ilusiones y quería irme.

Ver los fuegos y escuchar la música en vivo ya no me animaba. Cada año

me ilusionaba ver cómo los colores de los fuegos sobresalían entre el mar y la oscuridad de la noche, el espectáculo de luces era precioso y sentada en la arena se disfrutaba mejor, y aún más cuando corríamos luego a darnos un baño en las tibias aguas del atlántico, pero esa noche todo había cambiado.

Cuando volvíamos nos tropezamos con Alberto que iba al lado de Elena. Rayco, que estaba caminando detrás, corrió a mi lado y me pasó el brazo por los hombros tomándome desprevenida. Alberto y yo nos miramos sorprendidos, pero él siguió junto a su familia, al segundo empujé a Rayco soltándole una sarta de palabrotas, siguiendo mi camino en solitario con todo tipo de ideas hirviendo en mi cabeza.

Al otro día recibí un mensaje de WhatsApp por parte de Alberto preguntándome si estaría por la Cicer, lo ignoré y volví a casa de mi tía como había prometido, decidiendo ir en la mañana a la playa y quedarme la tarde con ella aprovechando para leer un rato.

De esa forma, se me pasaron las semanas hasta que Echedey apareció en mi casa explicando lo que había pasado. Si bien era cierto que Alberto estaba con Elena, era porque sus padres eran muy amigos y habían salido todos, pero no tenía ningún interés por ella. Me sentí fatal por no haberle respondido. Le conté a mis amigas lo que me había dicho Echedey y sus conclusiones fueron que si él no había insistido entonces no tenía tanto interés y deduje que tenían razón.

Así que me fui a Fuerteventura, obligándome a olvidar, justo allí supe que había metido la gamba. Le escribí contándole todo lo que había pasado y durante esa tarde aclaramos muchas cosas, pero no quedamos en nada hasta el día que Ana me envió el mensaje para ir al cine.

Y aquí estaba, muerta de nervios mientras mi amiga me empujaba con

disimulo para que fuera hasta él. No solo ella, también Echedey hacía lo propio con Alberto, que me miraba de reajo, pero en vez de buscar algún tema de conversación me quedé en silencio; era como si los ratones se hubieran comido mi lengua. Frustrada, miré a mi alrededor, el lugar tampoco es que me inspirara para sacar un tema, poco a poco se atiborraba de jóvenes y parejas que iban con sus manos entrelazadas.

—Estás muy guapa, Xio —dijo finalmente Alberto, rompiendo esa barrera que nos distanciaba mientras mi cabeza maquinaba qué decir.

—Gracias, me gusta ese corte de pelo.

Quise morir por la respuesta tan tonta que le había dado. Sonrió y volvió ese silencio entre los dos. De reajo, las parejas se daban arrumacos y reían con la conversación íntima que mantenían. Una mujer que hablaba por móvil tropezó conmigo, haciéndome dar un traspié, empeorando la situación, pero Alberto fue más ágil sujetándome de un brazo para no caer. Su cara estaba tan cerca de la mía que pude oler su fragancia agradable.

—No sé por qué cada vez que estamos juntos sucede esto, tendré que llevarte de la mano para que no ocurra —indicó guiñándome un ojo. Mi corazón saltó de alegría cuando entrelazó su mano con la mía y el deseo de sentir sus labios en los míos nació.

Muchas veces me imaginé una escena de película con cancioncillas románticas, era tonto, lo sabía de antemano, pero soñar por segundos no era malo, y mucho menos con el chico que me gustaba. Llegamos a la taquilla del cine y nuestros amigos iniciaron un debate respecto a las películas que había en cartelera, Alberto me soltó y se apartó. Dijo que daría una vuelta mientras se decidían qué peli ver. Ana me sacó de mis pensamientos para preguntarme cuál me gustaría; le dije que aceptaba la decisión de la mayoría.

Era difícil confesar que solo había ido por Alberto.

Y como una tonta enamorada, de reojo, volví a mirarlo. Aunque no sabía realmente qué era estar enamorada y cuando lo vi hablaba con la chica que vendía las roscas. Una ola de celos creció en mí, se reía y ella coqueteaba con cierto descaro, así que decidí dejar de mirar tratando de volver a la conversación de la elección de la película.

Ana, que me conocía, me dio un codazo para dejarme en evidencia.

—Al final se decidió por *Sexo sin tapaduras entre tres*.

—¿Qué?! —pregunté sorprendida, y rio a carcajadas dispuesta a seguir burlándose de mí.

Su móvil la salvó de que yo la mandara a tomar vientos, revisó el mensaje, sonrió y lo guardó. Volvió a darme otro codazo, doliéndome esta vez.

—¡Eres una animal! —exclamé a modo de protesta mientras me acariciaba en donde me había dado.

—¡Y tú tan moñas! —respondió burlándose de nuevo—. Me parece que Alberto te está llamando —prosiguió con tono burlón. Levanté la mirada con tanta rapidez que creí que me iba a fracturar el cuello y me señalé disimulando el crujir de mis cervicales, debía hacerlo para salvaguardar mi orgullo, antes que Ana se riese a carcajadas.

Con un gesto de afirmación me confirmó y, como si a mis pies les hubieran salido alas, fui hasta él.

—Le preguntaba a la amable dependienta qué podía gustarle a una chica que quisiera invitar al cine. —Ladeé mi cabeza abanicando mis pestañas—. ¿Qué te apetece: nachos o roscas? —Mi corazón volvía a saltar dentro de mí, como si hubiera ganado el número de la ONCE.

—Lo que quieras —contesté sintiéndome en una nube—. ¿Qué te apetece a ti?

Volvió a mostrar su hermosa sonrisa, se pasó la mano por el pelo y me rodeó la cintura consiguiendo que mis emociones engrandecieran. «¡Oh, sí!, ¡se están cumpliendo mis deseos!».

—Pediré el combo de nachos.

Nuestros amigos estarían murmurando y bromeando, sin embargo, después del malentendido de meses atrás me importaba poco. Tras pagar, volvimos al grupo que nos miraba con esas risitas que querían decir: «estamos pillando todo». Alberto los ignoró preguntándoles qué habían decidido.

—*La Bella y la Bestia* —dijeron a coro mis amigas con una caída de ojos tan fingida que hubiera jurado que era una indirecta. Comencé a preguntarme por qué demonios habían escogido una película para niños, enseguida lo olvidé cuando Alberto volvió a entrelazar su mano con la mía.

—¿Quieres? —dijo ofreciéndome nachos.

Acepté con gusto y nos adentramos en la sala, donde los olores a roscas junto a las risas del público llenaron el ambiente. Esos escasos minutos mis nervios amainaron hasta que cada uno se sentó donde le correspondía.

El cuchicheo de mis amigas era insoportable y, cuando comenzó la peli, Ana y los demás se levantaron dejándonos solos. Estaba a punto de enviar un mensaje a mí amiga para agradecerle o mandarla a la mierda.

—Esta película la vi con mi hermanita —dijo en voz baja cerca de mi oído. Giré hacia él esperando que siguiera la conversación—. Si te confieso un secreto, no te enfadarás, ¿verdad?

Tragué saliva, por mi cabeza pasaron un millón de ideas y todas, absolutamente todas, eran malas. Respiré todo el aire que pude y esperé la peor noticia.

—Soborné a Ana y a las demás para que escogieran la peli.

Abrí los ojos, ni en mis más remotos pensamientos hubiese imaginado que todos habían confabulado a mis espaldas. Alberto giró de nuevo al frente, metió un nacho en la boca y fingió que veía la película.

«¿Por qué escogió esta película?», me pregunté. Era *la Bella y la Bestia*, hablaba de apariencias, a solo que yo fuera la bestia y de nuevo mi cabecita maquinó y maquinó esos escasos segundos, logrando que comenzara a mosquearme con tanto misterio.

Volví a suspirar con una mueca de resignación, pero diez minutos después, cogió mi mano, se acercó a mi oído y susurró.

—Todo el verano he recordado las dos únicas tardes que pasé junto a ti. Ese rato en el que la playa, las olas y el atardecer nos acompañaban. Tu risa que combinaba en armonía con el sonido del romper de las olas y ver el reflejo del sol en tus ojos fue electrizante, fue mágico.

Me quedé sin habla, giré hacia él dándome cuenta de que lo tenía a milímetros.

—¿Hablas en serio? —le pregunté y afirmó con la cabeza en ese momento más que nunca deseé besarlo. Giró para seguir viendo la película.

Estaba sumida a una vorágine de emociones. También recordaba esos días en la playa donde desde pequeña iba para crear castillos de arena y jugar con mis fantasías escuchando el graznar de las gaviotas anunciando que pronto la noche nos abrazaría.

Tendría que darle las gracias a la naturaleza por darme la oportunidad de compartir esos momentos con Alberto.

—Mira y escucha —dijo Alberto—. Esta parte es para ti. Mi corazón latió tan rápido que creí que saldría disparado.

Fijé mis ojos en la pantalla y me tragué un gemido; era una declaración de amor, giré hacia él con los ojos abiertos y me besó. ¡Sí! Me dio mi primer

beso; en un principio se apartó y vio que estaba sorprendida y, sin esperar, cogió su camiseta y volvió a besarlo no tan profundo como hubiese querido. Él rio y volvió a apartarse.

—No sabía que eras tan intrépida.

¿Cómo podía tomarme esa respuesta? Lo único que pude hacer es sonreír, pero de nuevo me sorprendió dándome un beso en la mejilla.

—¿Qué tal si continuamos luego?

Sobraron las palabras para darme cuenta de que el sentimiento era mutuo y lo que había deseado se había cumplido. Miré de reojo percibiendo de nuevo el olor de su colonia y me atreví a responder.

—Espero que sea mejor —solté a modo de reto. El rio y me miró de reojo.

—Te aseguro que sí.

Sonreí ante el juego que comenzaba entre los dos, cogió otro nacho y me ofreció con una pregunta tramposa.

—¿Quieres nachos u otro beso?

# **Desde el Corazón de la Toscana**

*¿Por casualidad tienes algún amigo que haya viajado en estos momentos a la Toscana con un calzoncillo de Pinocho?*

Había transcurrido dos años desde su divorcio, divorcio que consumió sus ilusiones y su vida. Valeria se limitaba apenas a vivir, iba de su casa al trabajo, y del trabajo a su casa, y al siguiente día, la misma rutina.

A decir verdad, su trabajo era lo que le quedaba, se alejó de sus amigos para no coincidir con su ex, ya tenía bastante con verlo en los pasillos de los juzgados cada vez que acudía a un caso, y tener que soportarlo en otro lugar era mucho para ella, pero cuando coincidían, a su mente volvían los malos recuerdos, creyó en el amor poniendo todas sus ilusiones en esa relación, y fueron pisoteadas vilmente, el día que lo encontró con otra en su propia cama.

Sus padres pensaron en una idea para poner fin a esa estela de tristeza que dejaba por doquier, querían a su hija, a esa mujer que había sido, a esa joven que proponía fiestas y que sorprendía con detalles inesperados por lo que la invitaron a cenar un viernes con la excusa de verla. Valeria asistió por el mero compromiso de no escuchar a sus padres quejarse de cómo desperdiciaba su vida.

Una vez sentados en la mesa comenzó a verlos murmurar entre ellos y mirarla de reojo, así que, sin preámbulo fue al grano.

—Muy bien, ¿qué pasa? —Se dedicaron otra mirada y se centraron en ella.

—Valeria —se apresuró su madre—, es hora de que te vayas de vacaciones.

—No necesito vacaciones, mamá. Me encuentro perfectamente.

—Otra vez la misma excusa —señaló su padre—. No la toleraré, te irás de vacaciones, es una orden, han pasado dos años y sigues empeñada en ese duelo que cubre tu vida y tienes que cambiar de aires.

—¡Papá! —reprochó indignada.

—Valeria, todos merecen una oportunidad, eres joven y en vez de reanudar tu vida, te has esmerado a que los años te caigan encima, Carlos feliz de la vida ante esa actitud que has tomado.

No pudo dar otra réplica, su padre tenía razón, era ella la que estaba en los pasillos con la mirada triste mientras su exesposo aparecía cada semana de la mano de diferentes jóvenes recién graduadas.

Dos años con la cabeza en alto había aguantado disimulando y cada vez le era más pesado.

—Hemos preparado un viaje de quince días por la Toscana y su campiña —contó su padre—. Harás algunos de los tours que me propuso la agencia, te ayudará a interactuar con personas desconocidas.

—No debisteis entrometeros —reprochó Valeria dolida a cómo habían actuado a sus espaldas.

—Di lo que quieras —señaló su madre, poniéndose de pie para recoger la mesa y dar por terminada la cena—. Eres nuestra hija y mientras estemos vivos, seguiremos preocupándonos por ti.

Volvió a la cocina dando por concluida la discusión.

—En el despacho encontrarás los pasajes y el itinerario —añadió su padre levantándose también—. No creo que tu jefe se enfade si te tomas quince días de vacaciones y varios días más para prepararlo. — Con voz sarcástica aconsejó y abandonó también el comedor.

—Como si no estuviera enterado —farfulló entre dientes y se quedó en la mesa pensando que tendría que ir o no la dejarían en paz.

Se levantó cabizbaja y se dirigió al despacho negando la imposición de sus padres y, efectivamente, estaban sus pasajes junto a su itinerario de viaje

en la mesa del despacho, los guardó y no se despidió debido al gran enfado que tenía.

La semana siguiente se dedicó a su trabajo y, de vez en cuando, su padre pasaba por su mesa disimulando revisar algún que otro caso. Por culpa de esas visitas sospechosas, el gusanillo de curiosear el itinerario nació.

Entró a la página donde habían contratado el viaje y le gustó lo que vio, escribió una carta a su jefe aceptando los quince días de vacaciones, se levantó de la mesa y se dirigió a su despacho, tocó y la dejó pasar.

—Has ganado —dijo con cierta rencilla—. Me iré de vacaciones, y te advierto, no creas que mi vida de la noche a la mañana cambiará.

—Lo que quiero es que te reencuentres de nuevo, hija. Quiero esa chica que luchaba los juicios con salidas fantásticas, la chica cariñosa y amable con todos, no la apática que tengo que ver cada día al entrar al despacho, y lo que más nos preocupa, tanto a tu madre como a mí, no es que no te empeñes en pelear con uñas y dientes los casos, es que cada vez estás más triste.

—Está bien, ya está decidido, iré —indicó girándose resignada para irse.

—La Toscana es un lugar hermoso —concluyó su padre—. Disfrútalo, cariño, te ayudará.

—Gracias, papá, hasta luego.

El domingo, en cuanto llegó a Florencia, mantenía la idea de ver alguna que otra cosa y el resto dormir, no le apetecía ir por los campos y recorrerlo.

Su vuelo se había retrasado y, por ello, llegó cansada al hotel, en cuanto abrió la puerta, lo primero que pensó fue en darse una ducha. Subió la maleta a la cama la abrió y lo primero que encontró fue un par de calzoncillos de Pinocho.

Cerró la maleta de nuevo, rogando que todo fuera un sueño, pero al

abrirla descubrió que no lo era y volvió a cerrarla buscando alguna información del dueño y pensando que tendría que comprar ropa urgente.

Fuera de la maleta no había ninguna identificación, y la frustración amenazaba con invadirla, la abrió de nuevo y tras ver ese calzoncillo de Pinocho que resultaba perturbador, revolvió las pertenencias del desconocido y encontró una pequeña libreta con números de teléfonos.

Se sentó en la cama meditando, tenía que llamar al azar a algunos de esos nombres, pero qué diantres le diría. «Hola, ¿por casualidad tienes algún amigo que haya viajado en estos momentos a la Toscana con un calzoncillo de Pinocho?», se tapó la cara consciente de que era ridículo y comenzó a reír sin más.

Volvió a mirar la maleta revuelta, busco su móvil y escogió el primer número que encontró.

—¿Hola? —preguntó un desconocido.

—Hola, buenas tardes, no sé cómo explicarlo, pero tengo en mi posesión una maleta de alguien que al parecer te conoce.

Desde el otro lado de línea hicieron una pausa y Valeria escuchó: «Héctor, acaba de aparecer tu maleta» seguido de un vitoreo de otra persona.

—Espera —dijo otra voz, y su llamada pasó a ser escuchada por todos.

Sin comprender qué sucedía al otro lado de la línea, debía ir al grano, para tener sus pertenencias lo más rápido posible, y olvidar ese perturbador calzoncillo.

—Hola —dijo una voz gruesa.

—Hola, soy Valeria, creo que nos hemos equivocado de maleta en el aeropuerto.

—Así parece, pero no me fio de mis amigos, me gustaría saber si no es

otra broma, estoy de mal humor para seguir con el juego. — Valeria bufó, si necesitaba saber si era su maleta con gusto le diría lo que encontró.

—Qué tal si te recuerdo la existencia de cierto calzoncillo... —Al otro lado de la línea se hizo silencio y al segundo escuchó las carcajadas de otros hombres por lo que su llamada dejó de estar en el altavoz al instante.

—¿Tenías que ser tan específica? —reprochó Héctor.

—Has preguntado y he sido sincera.

—Ya lo veo —dijo con sarcasmo—. ¿Dónde podemos vernos para el cambio?

—¿Qué te parece la Piazza Della Signoria dentro de dos horas?

—Perfecto, una cosa más, nunca vuelvas a escudriñar la maleta de un hombre, no responderé si lo hago en la tuya.

Valeria se indignó ante esa advertencia. «¿Qué clase de perverso eres para parecerme divertido estar registrando las maletas de otros?», se preguntó. Lo había hecho porque le urgía saber dónde estaban sus cosas, meditó qué responderle y lo mejor que podía hacer era chincharlo a su falta de tacto.

—Puedo asegurarte que no encontrarás nada parecido a tus calzoncillos. —Su interlocutor se rio y ella comenzó a preguntarse dónde estaba la gracia.

—Te perdonaré por esta vez, nos vemos en dos horas.

Y colgó, dejándola más desconcertada que antes.

«¿Qué clase de chico podía traer un calzoncillo tan raro?», se preguntó. «Lo más seguro es que fuese algún universitario que vendría en busca de fiesta», concluyó y volvió a mirar la maleta, la arregló por encima para evitar no curiosear más de lo debido y la cerró. Se quitó los zapatos, encendió la tele y se sentó en el sillón a esperar que pasasen las dos horas.

Dos horas después, en la Piazza Della Signoria, esperaba a un

desconocido del cual solo sabía su nombre y que tenía una maleta igual a la de ella.



Héctor tuvo que aguantar dos interminables horas las bromas de sus hermanos. Aceptó ese viaje por insistencia de su familia. Hacía tres años que la madre de su hija los había abandonado sin explicación alguna.

Decidió para ese entonces que se encargaría de su niña de cuatro años y aprendió a dejar el rencor atrás, gracias al cariño que le daba su pequeña. Sin embargo, no perdonaría a sus hermanos la vergüenza que acababa de pasar.

Una desconocida tenía en su posesión su maleta y lo primero y peor que encontró fue un calzoncillo, que, según la descripción dada por los capullos de sus hermanos, la nariz del personaje se acomodaba en cierto lugar específico del cuerpo.

Un hombre como él, que se encargaba de las finanzas y dirección de una empresa respetable, no tendría explicación ante ese acto de maldad sin límites. Llegó a la Piazza esperando encontrar lo más pronto posible a la desconocida y olvidar ese incidente y, si es posible, quemar ese vergonzoso calzoncillo para luego planear cómo asesinar a sangre fría a sus hermanos.

Era verano, época de vacaciones, y la Piazza estaba a reventar, sería difícil encontrar entre tanta gente alguien con una maleta azul, o al menos eso creyó. La silueta de una mujer caminando con un trolley, como si todo lo que pasara a su alrededor no le importase, llamó su atención.

Ella se detuvo y su mirada se perdió entre los transeúntes y, al parecer, lo que buscaba no lo encontró por lo que denotó que comenzaba a impacientarse. Héctor se tomó dos minutos para observarla, tenía el cabello largo con un pequeño flequillo de lado, que de vez cuando lo acomodaba con su mano, tal vez así podía tener una mejor visión de su alrededor.

Desde lejos podía apreciar que tenía un rostro hermoso y su figura era semejante a lo que los poetas en la antigüedad describían a una hermosa guitarra española. Para él era imposible no verla entre todas las personas de la Piazza, era la primera mujer que había captado su atención en mucho tiempo.

Con paso firme se acercó, deseaba saber quién era y agradeció al destino por la broma que le habían jugado.



Valeria miró al reloj y, de nuevo, quitó el flequillo de su cara, hacía algo de calor a pesar de que algún que otro momento sentía la brisa tocar su cuerpo, levantó sus ojos para mirar de nuevo a su alrededor y se encontró con un hombre caminando hacia ella con un trolley igual al que tenía.

Era guapo y le sonreía como si la conociera de años, sonrisa que le transmitió y, sin más, ella también sonrió.

—¿Valeria?

—Sí —respondió a duras penas—. Un placer.

—El placer es mío —dijo sin dudar Héctor—. Me gustaría disculparme por la equivocación, por mis modos y, sobre todo, de lo que hallaste en la maleta. —Dio un largo suspiro—. Dije que habían sido unos amigos y la realidad es que fueron mis macabros hermanos, debes entender que me estaban gastando una broma muy pesada, y no estaba seguro si eras parte de esta.

Valeria evitó sonreír. Le resultaba gracioso imaginarse a unos adultos gastar semejante broma a un hombre que se veía terriblemente avergonzado.

—La culpa es de ambos —respondió intentando quitarle peso de encima—. También estaba despistada.

—Es mi culpa —repitió Héctor—. Lo digo en serio. Estaba atendiendo

una llamada en ese instante, ellos tomaron el primer trolley que vieron sin percatarse si era el mío.

El silencio apareció entre los dos, parecían un par de adolescentes conociéndose por primera vez. Héctor no quería que terminase ahí, si de lejos le atrajo como un imán, ver tan de cerca esos hermosos ojos verdes, le impedían dejarla escapar de momento.

—¿Te gustaría tomar un café?

Valeria, en principio iba a rehusarse, y algo en su interior le dijo que no, se notaba que era un hombre sincero y el gusanillo que le había nacido por viajar apareció de nuevo pidiéndole que aceptara.

—Sí, me gustaría.

Héctor sonrió y con la mirada buscó un lugar apropiado para un café, pero encontró algo mucho mejor: una heladería.

Pensó que, junto a un paseo, los artistas callejeros y el bullicio de la Piazza, podría conocer un poco más a la enigmática mujer que lo tenía cautivado. Le pidió que lo siguiera y lo hizo, cuando Valeria vio que pasaban una cafetería se extrañó hasta que se fijó a donde se dirigían.

—¿No íbamos a la cafetería?

—Me pareció mejor un helado y dar un paseo por la Piazza.

A ciencia cierta, Héctor nunca había actuado de esa forma, se sentía confuso y dejó que las circunstancias los llevaran a donde quisiera: «solo por una noche», se justificó por primera vez para sí.

Valeria volvió a sonreír, era la tercera vez en el día, gracias al desconocido que iba a su lado. Cada uno fue con sus respectivas maletas, mientras el bullicio de un idioma el cual no hablaban más el aire de la ciudad abría una ventana en sus corazones.

Caminaron durante dos horas hablando sobre a qué se dedicaban y se sorprendieron en cuanto supieron que vivían en la misma ciudad, sus hobbies, comidas favoritas pasando el tiempo restante riéndose de chistes malos. A medianoche cenaron y asumieron que estaban a gusto con la compañía de uno y otro, sobre todo con la coincidencia de saber que habían contratado los mismos tours creando en ellos una atmósfera de complicidad.

Fotos aquí y allá con selfis incluidos los días siguientes hicieron que, poco a poco, Valeria y Héctor olvidaran sus tristezas. Si bien la desconfianza y el miedo quisieron hacerse paso en la mente de ella, sintió que Héctor era distinto, excepto sus hermanos que eran demasiado ocurrentes y graciosos.

Y precisamente ellos se las ingeniaron para cambiar el itinerario de Héctor descubriendo esa sorpresilla en el punto de encuentro, desde entonces no habían vuelto a estar a solas como la noche que se conocieron. La fuerte atracción que sentían dio paso a aceptar lo que la vida le ponía en bandeja.

Recorrieron el sur de Florencia por la campiña de Siena, conociendo la ruta del vino rodeada por colinas, viñedos y olivares, invitándolos a acercarse cada vez más.

Visitaron pueblos medievales, y en los mercadillos encontraron pequeños detalles que se regalaron mutuamente. Eran como una pareja más, como aquellas parejas que decidieron pasar su luna de miel en ese hermoso lugar, reconociendo su amor a los cuatro vientos.

Al regresar, Valeria dio el primer paso, dándole un beso en los labios a Héctor, que respondió de inmediato de forma apasionada, ella dudó en poder ir más allá y se reprochó por ser impulsiva, pero Héctor se limitó a dejarlo en ese beso y ella se lo agradeció.

No estaba preparada para algo eventual, las dudas seguían apareciendo,

tenía miedo de que su corazón se ilusionara para que luego volviese a la tristeza que había estado enterrada hasta ahora. Los hermanos de Héctor no pasaron por alto lo que sucedía entre ellos y volvieron a hacer de las suyas; empujarlos a la realidad que todos veían.

Dejaron varios preservativos con una pequeña nota en su bandolera explicando: «que nunca estaba de más». Héctor se sumergió en una enorme vergüenza cuando se percató que Valeria había leído la nota por encima y, en vez de tomarse a mal la broma, le siguió el juego.

Durante su estancia hicieron un paseo en barco a Vernaza, pisando la Riviera italiana que los embargó dejándose llevar por el romance escrito en cada pared del lugar. Entre callejuela y callejuela, comenzaron a besarse tímidamente, sus caricias eran como cuando eran jóvenes adolescentes que descubrían sus cuerpos y terminaron en un hotel con un hermoso atardecer de fondo.

Valeria estaba nerviosa, había pasado mucho tiempo desde que había estado con un hombre; la última vez fue humillante. En una discusión con su ex, le echó en cara que no le satisfacía como otra y ese miedo le invadió al encontrarse a solas con un hombre.

Héctor se dio cuenta de que algo ocurría, Valeria estaba tensa, no era la chica risueña y cariñosa de horas atrás, pensaba que esa tristeza que le invadía al conocerse era producto de esa relación fallida. Se acercó y le tomó las manos dispuesto a que esa noche olvidara todo y fuera inolvidable.

—¿Qué sucede?

—Creo que hemos ido demasiado lejos —respondió tras dudar un minuto. Héctor unió su entrecejo al denotar que su intuición no falló.

Tenía que borrar de ese corazón que estaba pegado con tiras adhesivas esas huellas dolorosas. La quería en su vida, y si tenía que pegar cada trozo, lo

haría. Valeria era hermosa en todos los aspectos y no iba a perderla de la noche a la mañana.

Llevó su mano a la cara y acarició su rostro para luego besar sus ojos, sus mejillas y sus labios. Valeria soltó una lágrima, Héctor se detuvo para secarla con sus dedos, volver a besarla con ternura y, finalmente, se rindió a él.

Los besos que siguieron después lograron que Valeria olvidara sus dudas y sus miedos.

—Eres preciosa, no lo olvides nunca —susurró a su oído y ella se perdió en ese baile de seducción.

El vaivén de los cuerpos los unió, alejando sus tristezas, sus miedos, logrando que sus corazones terminaran de curarse del todo. Esa noche se confiaron los secretos más íntimos y Héctor volvió a amar a Valeria, borrando todo aquello que la hiciera dudar.

Al volver a Florencia, algunas noches, Héctor se quedaba con Valeria amándola sin reparos, explorando cada centímetro de su piel, disfrutando de sus gemidos y de cómo su cuerpo se erizaba ante cada caricia dada.

Los últimos días viajaron a Portofino, lugar que los maravilló. Cambiaron de nuevo su itinerario pasando la noche allí, disfrutar de las hermosas vistas que el mar y esa joya de paisajes que la parte más antigua de Italia les ofrecía.

—No quiero perderte —confesó Héctor después de haberle hecho el amor—. Nunca pensé que volvería a ser feliz.

Valeria supo que hablaba con sinceridad y después de mucho tiempo se sentía amada y deseaba como nunca que no se acabase. No se imaginó que la felicidad podía ser de esa forma y esa declaración logró que su corazón volviera a creer en el amor.

Pero el día antes de regresar a España las dudas volvieron a invadirle, ese miedo a que solo fuera momentáneo concluyó que su cuento llegaba a su fin. Había sufrido tanto en la relación anterior que prefirió adelantar su vuelo antes de enfrentarse a lo que para ella sería lo que pasaría, dejando a Héctor en la Toscana como el amante de verano que creyó que fue.

Dos semanas trascurrieron sin Héctor comprender por qué Valeria había huido mientras ella seguía negándose a responder a las llamadas, creía que había curado las heridas de su corazón, pero se había dado cuenta de que no.

Recogió a su hija al salir del trabajo, retomando de nuevo sus hábitos diarios y recordando a cada momento la sonrisa de Valeria, y su cuerpo. También recordó que necesitaban urgentemente rellenar su despensa por lo que fue directo al supermercado. La niña decidió explorar los pasillos del supermercado, aburrida de ver cómo su padre intentaba pensar qué había olvidado, dudando qué meter o no en el carrito de la compra.

Valeria no había dejado de soñar con Héctor y cuando desistió de llamarla, supuso que había sido lo mejor. Su madre estaba preocupada por su hija, había creído que ese viaje le ayudaría a renacer, pero se había equivocado.

Su hija regresó más triste a cómo había ido y eso la angustió, así que trató de encontrar la manera de animarla por lo que decidió invitarla a cenar de nuevo. Para eso le pidió que la acompañara al supermercado y Valeria, para no escuchar a su madre cualquier reproche, aceptó.

Llegaron al supermercado a por algunas cosas para la cena de ese día, caminaron durante un rato entre los pasillos y se encontraron a una pequeña sollozando.

—¿Te has perdido? —preguntó Valeria acercándose.

La niña afirmó y la madre de la joven decidió llevarla al centro de información con la certeza que los padres estarían preocupados, pero cuando Valeria le dio la mano se topó con Héctor, la niña se soltó y corrió junto a su padre, que se había quedado sin palabras.

Valeria estaba igual de sorprendida ante ese encuentro inesperado, Héctor se acercó a ella y, sin decir nada, la besó. Beso que añoraba y aceptó sin más. El mundo dejó de girar para ellos y Valeria entendió que tenía una nueva oportunidad.

Un carraspeo de la madre de Valeria los hizo alejarse retomando la compostura.

—Iré por lo que me queda comprar —dijo su madre a sabiendas que debía dejarlos a solas, estaba segura de que lo necesitaban, ya tendrían tiempo para contarle.

Y precisamente Valeria fue la primera que decidió hablar cuando la vio alejarse.

—Perdón por haber huido —declaró avergonzada.

—Te dije que te quiero en mi vida —respondió con pesar Héctor.

A pesar de estar lejos, la madre de Valeria pudo escucharlo girándose de inmediato con la esperanza en su corazón.

—Tenía miedo —confesó de nuevo. Héctor retrocedió un par de pasos y abrió los brazos.

—Esto es lo que soy —reveló con sinceridad—. Soy Héctor Fernández, tengo treinta y cuatro y una niña de cuatro. No soy perfecto, pero intentaré hacerte feliz si lo deseas.

Un sollozo se le escapó a la joven y su madre se tapó la boca a la vez que una lágrima se le escapaba al ver que su hija había encontrado la felicidad

nuevamente.

La niña, que vio los gestos de su padre, fijó sus ojos en Valeria sin entender, la joven supo que debía presentarse si quería ser parte de la vida de Héctor, se inclinó hasta estar a la misma altura de la pequeña.

—¿Te gustaría que fuera amiga de papá? —La niña sonrió, se prendó de los pantalones de su padre y afirmó con la cabeza.

—Creo que debo pedir un poco más de pescado —dijo su madre en alto. Valeria giró y vio a su madre con los ojos humedecidos y sus manos empuñadas en el pecho.

—Será lo mejor —respondió Valeria.

Héctor alzó a su pequeña a la vez que entrelazaba su mano con la de la mujer que le había robado su corazón en la Toscana y esa noche Valeria aceptó que Héctor era el hombre que cambiaría su vida llenando de ilusión su corazón.

Un año después...

—Cariño, ¿recuerdas el viaje en donde nos conocimos? ¿Sabes que olvidamos unos cuantos lugares? —indicó Héctor con burla.

—¿Por qué sería? —contestó Valeria.

—Soy inocente —respondió su futuro marido, mientras la atrapaba para darle un beso inocente.

—Ya que eres inocente, me imagino que también lo eres para que, casualmente, nuestro viaje de novios sea esas mismas fechas.

—¡Oh, no! Te aseguro que con eso no lo fui —declaró Héctor con cierto aire malicioso—. Lo hice con toda la premeditación, incluso nos llevaremos esas mismas maletas y, tal vez, cierto calzoncillo.

Valeria reía pensando en el itinerario de viaje a la Toscana, y recordando los hermosos parajes que curaron su maltrecho corazón conociendo al hombre que le hizo comprender que tenía una nueva oportunidad.

# **El Beso en la Fuente**

*No sé si me está advirtiéndome de que tenga cierto temor a lo que pueda esperar sobre esas opiniones.*

De nuevo la invitación de los duques de Atholl había llegado a su hogar.

Uno de los bailes en el que los dos últimos años había acaparado la atención de la nobleza británica. Hayley se acercaba a la veintena y para su época, mil ochocientos diez, estaba en la lista de debutantes.

Era su segunda temporada y no es que ningún caballero se hubiera fijado en ella, al contrario, tuvo varias declaraciones, pero ninguna se acercó a su corazón. Su madre pensaba que si no aparecía el hombre indicado sería una carga para su hermano mayor, el futuro vizconde Kavanagh que solía ausentarse en continuos viajes para evitar las temporadas de debutantes.

Irónico el caso, ya que se suponía que Hayley debería estar a la caza de un caballero digno y era lo último que tenía en mente, hasta ahora, todos tenían un «pero» que lograba alejarla con rapidez.

Por lo que deseó que no llegase la hora de la cena, estaba segura de que su madre hablaría de la invitación y no es que no le entusiasmara, era el evento que más le entusiasmaba, la mansión de los duques de Atholl tenía unos jardines preciosos, llenos de jacintos, rosas y narcisos acompañado del sonido acuático de la fuente que, desde el primer momento que la vio, se enamoró.

Se imaginó que su primer beso sería ahí, frente a ella, era una idea absurda, pero soñar despierta por un momento no le hacía daño a ninguna damisela. Hayley no se equivocó, la cena giró en torno al baile y las constantes indirectas con respecto a su soltería. Aceptó seguir la corriente, al fin y al cabo, se había preparado para ser la excelente esposa de un gran caballero, el problema estaba que ninguno era de su agrado y sus padres comenzaban a incomodarle con tanta exigencia de su parte.

Los días pasaron y una tarde decidió ir a caminar en el *Hyde Park* junto a su doncella sin percatarse que dos caballeros llevaban a cabo una carrera de caballos, conllevando a un accidente por su comportamiento en el que ella terminó cayendo estrepitosamente al suelo.

Con su mirada buscó al culpable de esa humillación y el que había bajado a toda prisa del caballo para acercarse a ella.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó.

Hayley levantó su cabeza dispuesta a reprocharle, ya que todas las miradas recayeron en ella, sin embargo, unos ojos castaños entre pestañas espesas se posaron en los de ella, dejándola sin habla.

El caballero ofreció su mano para ayudarla a levantar y se la dio mientras se preguntaba quién era, nunca lo había visto hasta ese instante.

—*Milady*, ¿está usted bien? —preguntó la doncella.

—Sí —le respondió sin dejar de mirar al caballero—. Debería saber que las carreras se hacen del lado oeste del parque —le indicó con un deje de indignación.

—He sido un imprudente y egoísta —recalcó disculpándose el caballero—. Solo pensaba en no dejar ganar a mi contrincante, ya que no me gusta perder.

Hayley se limpiaba el vestido dándole a entender lo perdida que estaba, aunque, al escucharlo, volvió a observarlo sorprendida a la honestidad del caballero y a su acento denotando que no era inglés.

—He de suponer que usted no es de la ciudad —respondió Hayley recomponiéndose.

Ian no estaba acostumbrado a ese tipo de preguntas tan directas en una dama. La joven que tenía frente a él poseía una seguridad que lo atraía, algo de ella le era conocido, no tenía la belleza inglesa habitual, pero no podía negar que sus enormes ojos azules eran un imán para perderse en ellos.

Evitó mantener su mirada mucho más tiempo, no quería que se construyera una mala imagen de él y tampoco comprometerla, sobre todo cuando había vuelto con varios propósitos.

—Lleva razón en ello, llevaba muchos años sin pisar Londres.

De nuevo se quedaron en silencio observándose, tratando de indagar en ellos y querer saber quién era quién, la doncella, que estaba un poco apartada, se acercó de nuevo a Hayley para anunciarle que era la hora de volver.

—*Milady*, debemos volver. —Hayley parpadeó varias veces y afirmó con la cabeza.

—Espero volver a verla en otras condiciones —indicó Ian—. Disculpe mi poca caballerosidad.

Hayley evitó sonreír abiertamente, la galantería del desconocido demostraba que sabía cómo ganarse la simpatía de los demás y la curiosidad aumentó. Quería saber quién era y de dónde había salido, pero esas clases de preguntas no las podía hacer directamente, tendría que pensar cómo y a quién preguntar.

Ian pudo contemplar a la dama y comprobó que era mucho más hermosa de lo que se había fijado en un principio. El color azul de su abrigo ayudaba a resaltar el tono de su piel y de su rostro, así como el *drawn bonnet*<sup>[4]</sup> le daba ese toque de dulzura que podía hacer caer a más de un mortal.

—Si se queda mucho tiempo en la ciudad, quizás nos encontremos en otra oportunidad —señaló Hayley.

Ian sonrió, acababa de darle un dato que podía ayudarle.

—Confío en que eso suceda —concluyó y se despidió con el sombrero de solapa para volver a subir en su caballo, pensando en el único que podía revelarle quién era la dama, su primo, el duque de Atholl, el único problema era que estaba fuera de la ciudad.

Varios días pasaron hasta que Hayley e Ian volvieron a reencontrarse en un concierto.

—Milady —la saludó con entusiasmo—. Me parece que nuestros encuentros son de manera impredecible. —Hayley sonrió, no esperaba verlo esa noche—. Es un placer volver a encontrarla —indicó con sinceridad.

—He de pensar lo mismo —respondió la joven sonriendo con ingenuidad.

Sonrisa que logró que naciera en Ian las ganas de sentir los labios de la dama, parpadeó para borrar la imagen, era imposible que mantuviera esos pensamientos ante esa dama desconocida, pero era el momento idóneo para preguntar su nombre y cuando se armó de valor para hacerlo, anunciaron que comenzaría el recital.

—He de irme —indicó Hayley—. Espero verlo al final del recital y poder intercambiar opiniones. —Ian sonrió.

—No sé si me está advirtiéndome de que tenga cierto temor a lo que pueda esperar sobre esas opiniones. —Hayley soltó una risita que tapó con una mano.

—La mayoría tendemos a tener opiniones distintas en cuanto a recitales.

Ian levantó una ceja divirtiéndose a la respuesta, mientras Hayley no dejaba de mirarlo con coquetería. Para ella existía una fuerza que la atraía cada vez más hacia el desconocido caballero, lo contempló deseando acariciar su pelo castaño y espeso, así como también, acariciar su mentón.

—Si os soy sincero, me gustaría complacerla con el poder charlar sobre eso *lady*...

Ian no pudo cumplir su cometido, una joven se acercó a ellos interrumpiéndolos, sujetando del brazo a la dama e indicándole que debían ir a sus sitios o perdería los primeros asientos.

Hayley se despidió con una reverencia y caminó apresurada hasta

sentarse.

—Hayley —dijo Byanca en voz baja—. ¿De dónde ha salido ese hombre tan atractivo?

Lo vio de reojo y, por unos segundos, se mantuvieron la mirada, él sonrió de lado y ella giró sonrojada ante esos gestos que nunca había hecho con ningún caballero.

—Es lo que iba a averiguar hasta que llegaste —le reprochó a su amiga, que giró su cabeza sin disimulo y vio cómo el duque Devonshire se acercaba llamando la atención del desconocido.

—Creo que ya está ocupado —susurró.

Hayley quería girarse para comprobarlo por ella misma lo que le acababa de decir, pero su orgullo era mayor y decidió esperar al final, si era cierto que estaba ocupado, era necesario saberlo de él mismo.

Ian necesitaba saber el nombre de la joven, así como de qué familia provenía, sí, tendría que preguntarle a su prima política, la Duquesa de Atholl. o haría, aunque de nuevo se encontraba con un percance, esa noche no había asistido al recital por estar resfriada. Pensó con rapidez en acercarse a los asientos próximos, pero se topó con el duque de Devonshire y, tras una breve conversación, decidió irse de inmediato, conocía las verdaderas intenciones del hombre con referente a sus hijas.

Después del concierto, Hayley buscó al caballero misterioso, pero había vuelto a desaparecer; aumentando así su curiosidad. Se le ocurrió preguntar a algún amigo de la familia y, al segundo, se deshizo de esa idea, no deseaba que viesan su interés y pudiera terminar siendo tal como su amiga supuso, estar comprometido.

Deseó contarle a Byanca cómo se había conocido y de que, por extraño que fuese, comenzaba a aparecer en sus sueños, no obstante, no quería engañarse a pesar de que su sonrisa lograra que su corazón latiera con más

rapidez y su cuerpo se estremeciera.

Había conocido muchos caballeros atractivos y con dote para la galantería, sin embargo, ese desconocido se había colado en sus pensamientos más de lo que debía ser.

En los siguientes eventos, no volvió a verlo y eso la desanimó haciéndose a la idea de que solo estaba de paso en la ciudad, pero su corazón comenzó a anhelar necesitar escuchar ese acento marcado, hasta que el destino hizo que ese encuentro deseado sucediera en un intermedio del teatro.

—Buenas noches, *milady* —escuchó desde atrás. Evitó sonreír ante la ilusión que su corazón sostuvo, se giró fingiendo normalidad, algo que le costó—. Se está haciendo costumbre eso de encontrarnos de manera inesperada.

—Buenas noches, he de darle de nuevo la razón —respondió Hayley. Ian sonrió de lado, satisfecho por volver a toparse con la joven.

Esa noche estaba deslumbrante y deseó por segunda vez besarla y tenerla en sus brazos, hasta ese instante no se había percatado de cuánto había echado de menos esos ojos azules y esa sonrisa discreta.

—Tal vez tenemos alguna conexión —dijo Hayley dándose cuenta de que su lengua había sido más rápida que su cerebro y se sonrojó avergonzada. Color que llegó a sus mejillas y que no pasaron inadvertidas por Ian, atrayéndole mucho más.

—Nunca dude en las conexiones —respondió Ian afirmando que también pensaba lo mismo.

Era difícil de ignorar lo que su mente comenzaba a imaginar; que con esa joven desconocida descubriría su otra mitad.

—¿Qué le está pareciendo la obra? —preguntó Hayley para cambiar el tema—. Si me dieran a elegir entre obras de teatros y recitales escogería lo segundo —añadió nerviosa ante la intensa mirada del desconocido en ella.

Su deseo de volver a verlo se le había sido concedido, días antes había encargado a su amiga Byanca indagar sobre qué caballero había llegado a la ciudad proveniente del norte y supieron que eran cuatro los forasteros.

Su amiga quiso saber más, pero la poca información que obtuvo era que entre ellos había un conde importante. Le preguntó una y otra vez a su hermano en cuanto a la descripción de cada uno de ellos siendo totalmente distinta a Ian.

Tras ese interrogatorio tuvo que jurar que no tenían ningún tipo de interés más que una simple curiosidad y prometiendo que su compromiso con un acaudalado hombre de negocios se mantenía intacto.

—Si os soy sincero —indicó Ian—. También me decanto por la música y por lo que me acaba de decir, sería interesante conocer su opinión en un concierto en Viena.

—¡Viena! —exclamó Hayley sorprendida—. Me encantaría ir —respondió con ilusión.

«Era ese instante o nunca», se dijo la joven. Quería saber su nombre y pedirle a su padre que lo invitase a una cena, pero lo que nunca se imaginó era que Candice Toole, hija del duque de Devonshire, la cual no tenía simpatía alguna, se acercara a ellos.

—*Milord* —indicó interrumpiéndolos—. Es hora de volver —apuntó.

Ian no quería volver al palco ahora que había vuelto a encontrar a la joven que se había mezclado en sus sueños y de nuevo se lamentaba en aceptar el compromiso en el que lo había metido su primo.

—Buenas noches, *milady* —se despidió resignado.

—Buenas noches, *milord* —indicó Hayley con una pequeña reverencia viendo sus sueños esfumarse.

Deseó correr al palco para que su amiga Byanca investigara de inmediato quién era el prometido de Candice, pero declinó su idea, concluyendo que no

tenía nada que hacer.

Un mes después, el futuro vizconde de Kavanagh volvía de ese acostumbrado viaje que solía hacer, por lo que decidió pasar por el club de caballeros y retomar viejas amistades de camaradería, entre ellas a su amigo Ian, que había decidido pasar una larga temporada en Londres.

A ciencia cierta, para Hubert Redmond los alegatos que otorgó su amigo en su última carta no eran de todo fiable llegando a pensar que su estadía en Londres más bien era el de asentar cabeza, situación que no le alegraba del todo, ya que tendría más presión en él.

Trataba de entender la situación de su amigo, llevaba poco tiempo siendo el conde de Buchanan y había jurado a su padre en el lecho de muerte que se casaría antes de cinco años.

Ian mantenía su atención en la discusión sobre la tensión entre Francia e Inglaterra cuando escuchó a su amigo Hubert intervenir.

—Deberíais dejar a Napoleón a un lado o terminaréis desquiciados. — Ian se levantó para saludarlo.

—Pensé que rehuías de cierta época en Londres —le hizo saber en tono burlón. Hubert rio.

—Las alarmas se han disparado —respondió con ironía Hubert—. Por lo que he tenido que adelantar mis aventuras para evitar que un buen amigo cometa una locura. —Ambos hombres rieron.

—No lo dirás por *lady* Candice; os juro que todo ha sido un plan premeditado por *lady* Atholl y en el que me ha pedido disculpas.

—¿Comprendes que necesitabas de mí? —respondió Hubert bromeando—. Llevas un par de semanas en Londres y estás en grandes líos. He de imaginar que tus atenciones han caído en otra dama mucho más hermosa.

—Para qué negarlo —confesó sonriente Ian—. Lo extraño es que hemos cruzado nuestros caminos tres veces y sigo desconociendo su nombre, intenté averiguar sobre ella y he llegado a la conclusión que describo una mujer desconocida para todos.

—Quién lo diría de un soltero como tú —añadió de nuevo con burla Hubert—. Está preguntando por una casadera en época de cacería, ¿no temes al peligro! —Ian sonrió de lado.

—Sé que es la peor época, de hecho, si no hubiera sido por el tropiezo con esa hermosa dama hubiera estado en el norte de Europa de aventura con cierto amigo y no arriesgándome a que alguna damisela logre comprometerme.

—¡Caramba! —exclamó Hubert sorprendido—. Entonces, es en serio sobre la desconocida.

—Nadie ha hablado de compromiso —aseguró Ian de inmediato—. No negaré que es hermosa, pero de momento deseo vivir mi último año de soltería, para qué engañarme, es simple curiosidad.

—Como vuestro amigo he de hacerte una advertencia, si aún no consideras compromiso alguno, espero que nunca vuestras atenciones no recaigan en mi hermana.

—No he tenido el placer de conocerla, sin embargo, te aseguro que las hermanas de mis amigos son mis hermanas —respondió Ian.

Hubert rio de nuevo y cambiaron de tema sobre viajes y política.

Al otro lado de la ciudad, Hayley estaba feliz ante la llegada de su hermano mayor, llevaba un año sin pisar Londres y se reprochó no estar en casa en el momento de su llegada, esperó llena de impaciencia y en cuanto vio el carruaje detenerse, se levantó de la silla llena de ilusión.

—Mi querida y hermosa hermana —saludó Hubert al entrar al salón de costura donde solían estar su madre y Hayley—. Era la primera persona a la

que quería ver, pero madre me dijo que estabas visitando a Victoria.

—Suelo aburrirme sin tu presencia —respondió Hayley—. Pensé que no volverías jamás, estoy tan contenta por tenerte de nuevo aquí, al fin, madre fijará su mirada en otro.

—¡Hayley! —le reprochó su madre aludida—. Eres una desconsiderada, no deberías asustar a tu hermano de esa forma.

—No lo asusto —respondió en tono de burla—, le advierto —confesó con picardía. Su madre sacó su abanico para sobrellevar las burlas.

—Y bien, hermanito, ¿qué me cuentas de esos viajes?

—De momento tendremos un invitado y espero que seas amable con él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hayley—. Siempre he sido amable con tus amigos, incluso con los que no soporto. —Hubert rio.

—Me refería a madre. —La mujer abrió los ojos y gimió ofendida—. ¿Recuerdas a mi amigo Ian?, ha vuelto a la ciudad y no me gustaría que saliera despavorido ante tus eventuales directas sobre Hayley.

—¡Santo cielos! —exclamó la joven—. Pensé que deseabas deshacerte de mí con rapidez antes de convertirme en una enorme carga. —Hubert rio a carcajadas.

—¡No blasfemes! —la regañó su madre abanicándose para proseguir con su hijo que estaba dándole alas a su hija—. Hubert, creí que la estancia en el extranjero te había hecho madurar —respiró sonoramente y prosiguió—. ¿Qué he hecho para que mis hijos tuvieran tan mal concepto de mí? —exclamó con dramatismo, logrando que ambos jóvenes rieran de nuevo.

El timbre principal fue tocado y junto a ello la sorpresa para Hayley e Ian que, al verse, no supieron qué hacer.

Nunca se imaginó que la chica por la que se sentía atraído era precisamente la hermana de unos de sus mejores amigos y Hayley vio un cambio notorio en su, ahora, conocido caballero, apenas le dirigía la palabra o

la miraba, daba por concluido que su interés había sido un simple coqueteo inocente que terminó el día que se fue del brazo de Candice.

Evitar decepcionarse no era fácil, deseó que se hubiera quedado en un simple conocido y no en una persona cercana a su hermano, lo que sentía hizo que se mantuviera toda la cena cauta.

Ian, por su parte, estaba incómodo, respondía las preguntas y hablaba sobre sus tierras en Escocia. La madre de la joven sonreía imaginándose alguna historia feliz y Hayley se mordía la lengua para evitar explicarle que ese hombre estaba ya comprometido y, cuando quiso hacerlo, era demasiado tarde, su madre lo había invitado a cenar otro día.

Ian mantuvo la compostura sintiendo pesar en su corazón, esa noche se había dado cuenta de que estaba atrapado por sus encantos. Cuando la joven sonreía, las ganas de tenerla en sus brazos crecían arrepintiéndose de esa promesa hecha esa misma tarde, pensó en arriesgarse a pedirle que la dejase visitar, pero luego concluyó que debía ser sincero con su amigo, el único problema era cómo explicar que la dama que mantenía ocupados sus pensamientos era su hermana.

Pasaron dos semanas en las cuales Ian deseó volver a verla y Hayley deseó no haberle conocido. Ian soñaba cada noche con los labios de la joven llevándolo a darse cuenta de que solo tenía una oportunidad para hablar y era esa noche, en el baile que ofrecía su primo, el duque de Atholl.

Con un frac azul oscuro junto a su solapa, pantalones blancos y una máscara sencilla negra entró a la gran fiesta dada por su primo, Hayley, en cambio, se decidió por un vestido de seda color rosa junto a un tocado que se asemejaba a la cabeza de un cisne.

Al entrar a la mansión de los Atholl vio el majestuoso salón escuchando a lo lejos la melodía de la música. Sabía que en cualquier momento se

encontraría con Ian bailando con su prometida, Candice Toole, solo pensarlo la llenaba de tristeza, ya que en el fondo deseaba ser ella la que estuviera en los brazos de Ian y se odió al mismo tiempo por construirse ilusiones sin fundamento.

Su hermano le pidió el primer baile, así como también uno de los tantos pretendientes que no dejaban de insistir, aceptó a todos para no pensar en Ian, pero al terminar la última pieza decidió ir a por un vaso de ponche tropezándose con los oscuros ojos del escocés.

Ian había visto cada movimiento a lo largo de la noche con cada hombre que pedía unos minutos para contemplar su belleza, logrando que una ola de celos, la cual nunca había sentido, se apoderara de él y cuando vio a dónde se dirigía, se acercó sin importar que lo viesan.

—*Lady Hayley*, ¿me concede el próximo baile? —Ella lo observó durante unos segundos sin saber qué decir.

—Su pareja podría ofenderse —le respondió para evitar cualquier malentendido.

Ian levantó una ceja y supo que se refería a Candice Toole, y se lamentó de haber caído en las intenciones de *lady Atholl* y el duque Devonshire.

—Tan solo pido que me conceda unos minutos —le insistió. Lo que Hayley sintió no pudo entenderlo y dejándose llevar por ello, aceptó.

Ian cogió su mano y juntos avanzaron hacia el salón de baile, que, en ese instante, los músicos daban comienzo a un vals.

—Sé que le debo una explicación —comenzó explicando Ian.

—No debe darme ninguna, *milord* —respondió Hayley—. Entiendo vuestro interés por Candice, es una dama muy hermosa. —Ian fijó sus ojos en ella y respiró profundamente.

—He de decirle que no mantengo ningún tipo de relación con *Lady Toole*,

ha sido un compromiso familiar, sin embargo, antes de saber vuestro nombre, tuve una conversación con Hubert y cometí un pequeño error.

El corazón de Hayley saltó al sentir que sus esperanzas renacían, tenía tantos sentimientos confundidos que no sabía cómo expresarse.

—Si no es mucho preguntar —indicó la joven al cabo de unos segundos—. ¿A qué conclusión llegó con mi hermano para que me tratase como una desconocida?

Confesarle o no era una respuesta difícil de dar para Ian, podría ofenderla y perderla para siempre.

—Si le dijese que me arrepiento —señaló mirándola a los ojos.

—Debo suponer que hablaron de mí.

—No.

—Entonces no comprendo de qué debe arrepentirse —respondió confundida.

—De no pedir, el día que nos presentaron, comenzar formalmente su cortejo.

Hayley se detuvo, Ian volvió a coger su brazo para proseguir el baile y evitar cualquier escándalo, pero ella quería que repitiese lo que acababa de anunciarle.

—Apenas me conoce para tomar una decisión como esa —indicó con el corazón encogido.

—No hace falta conocer a una persona para darse cuenta de que es la adecuada para convivir el resto de su vida.

Nuevamente, Hayley se quedó sin habla y cuando se dio cuenta, había terminado el vals.

—Comprenderé si no lo desea, pero si existiera una mínima posibilidad la estaré esperando a medianoche frente a la fuente.

El baile terminó e Ian fue el primero en romper contacto, sacando a

Hayley de su ensimismamiento. Siempre había deseado ser besada en esa fuente y él era el hombre que se mantenía en sus sueños.

Inclinó la cabeza para despedirse dándose cuenta de que volvía junto a su madre, que la miraba sonriente, solo pudo hacer una reverencia patosa a modo de despedida, desconcertada a la petición indecorosa que acababa de recibir.

Si bien, desde el primer momento que sus ojos se toparon se sintió atraída, nunca pensó que el conde de Buchanan pondría sus ojos en ella y, a decir verdad, sus ilusiones se hacían realidad.

Si accedía a ese encuentro, su reputación se iría a la basura, los comprometía para un matrimonio forzoso y no deseaba eso, pero recordó que Ian había ocupado parte de su corazón. Se mordió el labio por dentro y su atención recayó en las habladurías que siempre había en los bailes tan emblemáticos como esos.

Ian sabía que era arriesgado lo que acababa de proponer, Hubert lo retaría a un duelo si Hayley aceptaba su propuesta, se lamentó en dejar que la imprudencia cegara la razón, pero ver a varios hombres merodear a la mujer que ocupaba sus sueños, lo llevó a darse cuenta de que la deseaba en su vida.

Era consciente que sus esperanzas estaban prendadas en los primeros minutos después de la primera campanada, los invitados estarían pendientes de los duques y sus palabras mientras él soñaba que comenzaría una nueva vida junto a Hayley.

La medianoche llegó cuando se escuchó la primera campanada, Hayley tenía el corazón en la garganta, un gran disgusto les daría a sus padres y tendría que dar bastantes explicaciones a su hermano antes de que se debatiera a duelo.

Ian escuchó la primera campanada manteniéndose a la espera, aferrado a la única ilusión que le quedaba, si ella no aparecía, comprendería que el

decoro había sido lo más importante en la decisión que tomase y aceptaría ser para siempre un amigo de la familia.

Cada paso era una duda continua para Hayley; el frío de la noche era un impedimento a todo lo que había apostado y cuando pudo ver la figura de espaldas, se detuvo.

Ian era un hombre imponente y elegante; se imaginó por un momento su vida junto a él y sintió una paz que nunca se había manifestado en ella, pensó en su rostro y supo que necesitaba que sus labios fueran besados por él, que fuese su primer beso y tal vez el último antes de morir, abrió los ojos y se acercó con una sola idea en la cabeza.

—Me imagino, milord, que en el momento que sepan que estamos juntos mantendré la imagen en mi memoria de vuestros labios en los míos. —Ian giró de inmediato y, sin dudarlo, dio tres pasos hasta estar frente a Hayley.

—¿Dudas de eso? —le preguntó con una sonrisa en los labios imitada por otra de ella cargada de timidez—. Estoy deseando hacerlo desde la primera vez que te vi.

—¿Y qué haremos cuando nos descubran?

—De eso me encargaré... —murmuró Ian—. De momento llevaré a cabo vuestro deseo...

Acunó su cara para estrellar sus labios en los de ella, otorgándole calor y ternura en la que pasó a cierta intensidad.

Hayley supo lo que era un beso arriesgado, un beso correspondido en el lugar donde siempre había soñado, un beso lleno de todas las promesas que fueron cumplidas después.



# **A Gran Canaria con Sorpresa Incluida**

*Ese sudor de pecho ha dado resultado...*

## 5 de diciembre

«Mi muy querida Emma, me ha dicho un pajarito que has decidido de nuevo pasar las Navidades en Londres, y yo pensando que por fin las pasarías en la isla y ya había comprado los ingredientes para unas truchas de cabello de ángel y batata... ¿No será que ese surfista y supuesto abogado de mala influencia te tiene secuestrada y no quieres contarlo a tu familia?

Estoy muy decepcionada, ya te arrepentirás, daré fe de ello.

Sarito».

—¿Por qué mi hermana le enseñó a tía Sarito a enviar emails? —rezongó Emma. Borja sonreía por el disparatado correo electrónico. Sarito sabía cómo provocarla y siempre caía.

—Te dije que deberíamos pasar las Navidades en Canarias, llevas medio año diciendo que los visitarías.

—¡Pero no puedo! Tengo que dejar todo organizado y está a punto de grabarse un spot.

—Te va a crecer la nariz como a Pinocho —respondió con guasa—. Ya me contarás qué está pasando, espero que no estés tentada de aceptar el puesto de directora general y ser el último en enterarme.

Emma lo miró de reojo y prefirió callar, se sentó en la cama y resopló con cansancio. Solo tres años llevaba en la treintena. Había creído que su tía la dejaría en paz y la muy pécora había apostado que solo durarían un año y medio. No entendía por qué había profetizado tal calamidad, pero esta vez se había equivocado.

Borja la atrajo hacia él y la acomodó en su regazo.

—Aún estamos a tiempo de ir —le dijo en tono reconciliador.

—No lo sé, vamos ajustados de dinero, Borja. Además, llevo días medio rara, creo que me volverá a dar gripe.

—Solo das demasiadas excusas cuando algo malo has hecho. De todas maneras, con un bañito en El Confital se te quitan todos los males —respondió acariciándole la espalda.

—A veces pareces más canario que vasco, menos mal que el acento te delata. —Borja rio a carcajadas y le dio un beso en la cabeza.

—¿Y si le damos una sorpresa? Me encargaré de comprar los billetes de avión mañana.

—¡Sí, claro! Luego nos quedamos en un hotel hasta Nochebuena y a medianoche aparecemos diciendo: Jo, Jo, Jo, y ¡vestidos de rojo!

—¡No lo niegues, cariño, es un plan perfecto! Mamá Noela y Papá Noel.

—Me parece que te he pegado la gripe —indicó—. ¿En serio comprar unos pasajes en el mes más caro del año? —Borja volvió a reír—. Tus sorpresas no me gustan nada, todavía recuerdo la boda de Jimmy.

—Confiesa que son las que más te gustan —le dijo subiéndola encima de él.

—Va a ser que esa vez no me gustó.

—¡Mentirosilla!—le dijo mientras mordisqueaba su cuello. Emma soltó aire cerrando los ojos por las caricias que le otorgaba—. Antes de dormir me gustaría conocer más a fondo a mamá Noela.

Le quitó el pantalón del pijama a la vez que Emma le sacó la camiseta con rapidez.

## **Tres meses y medio antes**

—Vamos a llegar tarde, Emma, y como siempre es tu culpa.

—¡Qué manía tienes de culparme!

—Te gusta provocarme —respondió mientras se acercaba, bajándole la cremallera.

—¡Borja! —Lo empujó riéndose—. Aún estoy convaleciente, esa maldita gripe me ha dejado hecha polvo —le indicó calzándose rápidamente los zapatos y salieron a la boda de Jimmy.

—En eso doy fe, es la primera vez que te veo con tanto moco suelto.

—¡Eres un asqueroso! —inquirió abochornada.

La semana anterior había estado pendiente de ella. Había comenzado a sentirse mal hasta tal punto que tuvo que volver a casa, y allí vino el primer estornudo, la posterior fiebre y una gripe bastante fuerte.

La misma situación la había vivido dos semanas antes de su boda, estaba tan estresada que tuvo un gran bajón de defensas, trayéndole consigo un gripazo de narices. Borja se compadeció de ella y la atendió en todo momento, otro detalle de cuánto la quería que no podía olvidar.

Definitivamente odiaría las bodas. Fuera la de ella o no, terminaban desquiciándola y enfermándola. Había tenido que ultimar detalles adelantado parte de la campaña a la vez que se reunía para bosquejos de próximos spots con el único fin de poder asistir al evento del año.

Estaba feliz por Jimmy, por fin se casaría con Mary. El diabólico de Mike Morris se había negado a darle el divorcio si no se cumplían las condiciones que había impuesto, por lo que entendía que era luchar con obstáculos. Ella era un ejemplo de amor incondicional, se mantuvo quince años luchando contra sus sentimientos hasta que finalmente el destino los reunió de nuevo, aceptando casarse con el hombre de su vida el día que cumplió los treinta

años.

Había sido tan romántico que no dudó en darle el sí, y lo que para ella sería uno de sus mayores sueños se convirtió en una pesadilla o, mejor dicho, la maldición de su bodorrio.

Fue un desastre que casi le cuesta un infarto. Por mucho que trataron de explicarle a Maricarmen y Conchi que deseaban una boda sencilla, no fue así.

Las matriarcas pasaron a modo drama de telenovela hasta que se salieron con la suya, logrando que ambos tuviesen que programar sus vacaciones para el día de la boda y como para Emma, octubre era su mes, escogió su día de cumpleaños sin cambio alguno posible. Fueron meses estresantes que pusieron al límite su relación.

Llegaron al acuerdo de que cada domingo se conectarían vía *Skype* para hablar sobre la boda. El primer día que lo hicieron Borja no pudo parar de reír, tenían que decidir en qué ciudad sería el enlace. Ellos querían que fuese allí en Londres, ocupados con su trabajo sería difícil tener que desplazarse a otro país, pero una vez más sus madres tuvieron la última palabra, y de una forma poco ortodoxa. Cara o cruz.

Pasado un año de eso, seguía sin creerse que su boda se había organizado por una moneda de cinco céntimos. Cara o cruz para los lugares en que se haría en Gran Canaria, cara o cruz para los dos lugares que las matriarcas habían seleccionado, cara o cruz para la decoración, cara o cruz para los dos catering que le habían recomendado, o si tendrían o no cortejo, para las flores, para la orquesta, incluso cara o cruz para saber si los recuadros de la boda podían llevar el emblema de la Unión Deportiva Las Palmas.

Eso último las llevó a una gran discusión, Conchi prefería que fuese del Athletic de Bilbao, y lo peor no fue eso, lo peor fueron las manipulaciones que vivían durante la semana.

Al menos había podido escoger su vestido, aunque fue difícil negociar. A medida que se acercaba la fecha, el estrés y el continuo desvarío de las matriarcas ponía a prueba su relación. Finalmente, el día de la boda pasó lo que estaban temiendo.

Las flores no combinaban mucho con el decorado, y el lugar seleccionado era al aire libre por lo que ese día llovió a cántaros. Agradeció que la luna de miel se la dejaran escoger a ellos y decidieron irse a Punta Cana, la única manera de desconectar de sus desquiciantes madres.

Después de ello, todo volvió a su cauce y disfrutó de lo que era vivir en pareja. Acostumbrarse a las mañas y las sorpresas que siempre le daba Borja encontrando momentos para escaparse y volver a su isla, y disfrutar de su clima a pesar de que su madre se encargara de tener siempre papas arrugadas para él.

Lo consentía ignorando por completo sus peticiones de que cocinase un buen plato de ropa vieja casero.

Miró a su marido de reojo sintiéndose feliz, su amor siempre se había mantenido a pesar de los años, y una lagrimita de emoción soltó en cuanto escuchó el «sí, quiero» de su amigo y jefe. Su boda había sido un desastre como todo lo inusual que le sucedía, pero uno de los mejores momentos de su vida.

Después de la ceremonia pasaron a la carpa de invitados que estaba ubicada al lado de la mansión donde se celebraba la boda. Saludó a unos cuantos compañeros de trabajo para sentarse inmediatamente. Los primeros platos aparecieron y se relajó divirtiéndose junto al burletero de Borja y el resto de los comensales, hasta que la invitó a bailar.

—¿Te he dicho que estás preciosa?

—¿Qué quieres, Borja?

—A ti.

—¡Qué directo! —dijo con una sonrisa de lado.

—A decir verdad, llevamos tiempo que no tomamos ciertos riesgos.

—No estamos ni en Canarias ni en Londres —le advirtió.

—¿Y desde cuando necesito lugares específicos para hacerlo?

Emma, queriendo responder, se dio cuenta que tenía razón.

El día de su boda la había raptado durante quince minutos llevándola a la casa de la finca donde se celebraba y allí terminó echando el primer polvo post matrimonio. Hubiera quedado en un secreto de pareja, pero una vez más esa mala suerte apareció.

En cuanto salieron, con la primera persona que se toparon fue con su tía Sarito que, al percatarse lo que habían hecho, se desmayó. A raíz de eso juró que solo durarían un año y medio.

—Borja, sería bochornoso que me echen de la mansión de los Woodward por pillarme en plena faena.

—¡No seas aguafiestas! —le provocó—. En el fondo te pone a cien.

Lo miró de reojo. Claro que le ponía como una moto, a nadie le caía mal uno rapidito, y menos a ella, cuando llevaba casi tres semanas sin sexo.

Dejó de bailar para demostrarle que estaba dispuesta. Borja la sujetó de la mano y salieron de la carpa para buscar algún lugar dentro de la casa en el que pudieran soltar toda esa pasión que llevaban conteniendo.

Entraron por la primera puerta que se encontraron, resultando ser una especie de sala de estar. Sin darle tiempo a respirar, atacó su boca adentrando con posesividad, subiendo como pudo el vestido hasta sentir un ruido de la tela romperse.

—¡Borja! —siseó—. ¿Me has roto el vestido?

—¡Nadie lo notará! —le dijo intentando arrancarle las medias, y a Emma le entró la risa nerviosa.

—¡Te voy a matar! —advirtió a la vez que le quitaba la levita para desabrocharle el chaleco y sacarle la camisa.

Caminaron a trompicones hasta quedar al lado de un sofá curvilíneo, sintiendo de nuevo el rasgar de su vestido. Por el bien de su trabajo debía detenerlo, pero su cuerpo necesitaba con urgencia que Borja se sumergiera dentro de ella.

Le bajó el pantalón junto al bóxer, cayendo esparcidos en el suelo mientras que su vestido se enrolló en la cintura y le bajó las mangas dejándola expuesta. Miró al sillón y sonrió de lado.

—Me parece que este sofá tiene su función. —La empujó apoyando la mitad de su cuerpo en el cabezal del sillón, le quitó el tanga y entró con un suspiro alentador.

Emma estuvo a punto de protestar, pero cuando Borja se sumergió en ella se olvidó de todo. Esa curva del sillón había logrado que la penetración fuese profunda, sintiendo cómo sus entrañas gritaban de placer. Borja sujetó sus piernas en cuanto salió para acomodarse mejor, y volvió a entrar.

—¡Quiero un sillón como este! —masculló sintiendo cómo lo cobijaba—. Tendré que preguntarle a Jim dónde diablos lo compró —señaló.

A Emma le daba igual dónde lo había comprado, la adrenalina que sentía por que los descubriera, junto al placer de cada embestida, la llevaban a tener un subidón. Salió de ella y pasó su mano por su cuerpo besándola y atrapando uno de sus pezones, logrando que le reclamara mucho más, y eso le gustó.

No podía negar que tenía razón en cuanto al sillón, podía moverse con

libertad sintiendo cada embestida in crescendo. Se mordió el labio para no gritar cuando sintió que llegaba al orgasmo y se dejó llevar. Borja prosiguió con dureza siguiéndole después.

Terminó en su pecho con gotitas de sudor en su frente, besó su cabeza y salió de ella para vestirse y ayudarla.

—No te puedes quejar, has mancillado un sillón de la mansión Woodward —dijo con guasa.

—¡Serás capullo! Eres una mala influencia para mí, tendré que alejarme o terminaré en graves problemas. —Borja rio a carcajadas.

—¡Chiquilla! ¡A ti te gustan los pibes que te dan caña! —Emma dejó de desenrollarse el vestido y lo miró negando con la cabeza.

—¡Chaval, lo haces de pena! El día que decida tener un hijo tendré una gran tarea por delante y es evitar que imite al pésimo cómico que nace de vez en cuando en ti. —Borja levantó una ceja y le sujetó la mano para halarla hasta él.

—No sabía que eran tus planes próximos —murmuró dándole un beso dulce.

—Eres quien ha dicho a todos que por el momento los niños se quedan con las cigüeñas. —Borja volvió a reír.

—Hasta que no terminen de reformarnos la casa, no quiero que tenga problemas respiratorios por culpa del polvo, bastante me asusté cuando te vi con ese ataque asmático.

Emma sonrió y lo abrazó, y él la ayudó a subirse la manga.

—Por eso es por lo que te amo.

—¿Por subirme la manga del vestido? —Ella hizo un mohín.

—Sabes qué quiero decir y vamos, que van a comenzar a preguntarse a dónde nos fuimos. —Borja le sujetó la mano y salieron topándose con Jim, que los vio con una ceja levantada.

—¿Qué tal el sillón tántrico, Borja? —Quería morir de vergüenza.

Su jefe intuyó qué hacían dentro de esa habitación. Tampoco podía fingir mucho, sus mejillas, su pelo y lo arrugado del chaqué de Borja les delataba.

—Excelente —respondió con un entusiasmo más de lo normal—. Quería preguntarte, ¿dónde lo has comprado? —Sorprendida, le miró. Era bastante violento que su jefe la pillara para que terminaran hablando de un sillón como si fuese una cata de vino.

«Un momento», se dijo, «¿sillón tántrico?», se preguntó mirando de nuevo a Jim.

—Tendrás que preguntarle al que ha estado viviendo los últimos meses por aquí. Ahora entiendo por qué estaban tanto tiempo en esta habitación.

—Te aseguro que se lo preguntaré —respondió Borja con la sonrisa en los labios, le estrechó la mano y se despidieron.

Al llegar a la mesa también los miraron con cierta perspicacia. Llegó a sentirse como si hubiera cometido un sacrilegio, se sentó y en ese instante sintió de nuevo el vestido rasgarse.

—¡Borja! —dijo frustrada y maldiciéndolo por dentro—. ¿Por qué siempre termino pasando un momento vergonzoso contigo?

—Tranquila, cariño —respondió carcajeándose de risa—. Te prestaré mi levita, nadie tendrá el placer de ver tu culo, solo yo.

—¡Me la pagarás! —le advirtió.

No tuvo lugar a dudas de que se la pagó volviendo a enterrarse en ella toda la noche en cuanto regresaron al hotel.

## 13 de diciembre

La noche anterior había estado hasta tarde en la agencia y en cuanto llegó a casa fue directo a la cocina a calmar el rugir de su estómago. Abrió la nevera y cogió todo lo que vio a su paso, sin importar si estaba frío o no.

Se dio una ducha y se fue a dormir dejando que el calor que emanaba del cuerpo de Borja le arrojara. En la mañana no solo le costó levantarse, sino que todo lo que comió la enfermó con una buena indigestión.

Agotada, llamó a Lucho contándole lo mal que se encontraba y que en cuanto se sintiera un poco mejor iría a la oficina a culminar los detalles para el spot que se grababa cuatro días después. Volvió a la cama y se quedó dormida.

El olor a pollo la despertó. Desorientada, miró el reloj y maldijo por haber perdido el día. Buscó con rapidez un vestido y se dio cuenta de que le quedaba un tanto estrecho. Culpó a su estómago hinchado, ya compraría uno, se duchó y fue hasta la cocina. En cuanto Borja la vio se quedó de piedra.

—¿A dónde demonios vas?

—A la oficina.

—Déjame entender lo siguiente, Lucho me llamó angustiada contándome que estabas con una gastroenteritis, he venido lo más deprisa que pude y te vi durmiendo, ¿y ahora vas a la oficina? ¿En qué momento comiste las espinacas de Popeye?

—Anoche —respondió con burla—. Me las comí tan tarde que me dio indigestión.

—Eso no tienes que jurármelo —indicó cabreado—. Abrí el refrigerador y parece que hubiera venido una tropa. —Emma resopló.

—Borja, soy consciente de que no estoy bien, pero debo culminar los detalles. En tres días nos vamos a Gran Canaria y debo dejar todo planificado. —Él frunció el ceño y soltó aire.

—Te llevaré, pero antes comerás algo.

—¡Santo cielos, es una indigestión, no una enfermedad mortal!

—Emma, llevas un par de días desmejorada y no me gusta verte así, los dos estamos con mucho trabajo encima, pero te he dicho que no puedes seguir asumiendo tanto, que delegues al resto.

—Cariño, si hace unos meses podía sin problema, por unos meses que me ha pillado la gripe y... —En ese momento se dio cuenta de algo que no había echado de menos, abrió los ojos y sintió un gran mareo. Borja la sostuvo viendo cómo palidecía.

—¡Se acabó! Ahora mismo llamaré a Jimmy, no puedes seguir con exceso de trabajo.

—¡No! Por favor, tengo que dejar todo planificado, solo es estrés. ¡Eso, estrés! Te prometo que llamaré a Jimmy y le diré que necesito adelantar las vacaciones. —Borja abrió los ojos desconcertado y frunció el ceño.

—¡Haz lo que te dé la gana! No discutiré, es tu salud, no la mía. —Dejó el plato con la sopa de pollo en la mesa y salió.

Emma se sentó sin darle importancia, tenía una preocupación mayor. Se devanó el cerebro pensando cuándo había sido la última vez y no recordaba. Angustiada, tomó un poco de sopa de pollo, pero enseguida sintió náuseas. El pánico apareció y solo pudo hacer una cosa, escribir a sus amigos por el *WhatsApp*.

**Emma**

«Chicos, creo que voy a morir en cinco minutos».

**Cristina**

«Solo espero que sea por un mega orgasmo».

**Emma**

«No estoy para juegos, es muy serio».

**Lucho**

«¡Oh, Dios mío! Entonces no son ideas mías».

Conocía al dedillo a Emma, llevaban varios años trabajando juntos cinco días a la semana, ocho horas. Después de que regresara de la boda del jefecito, comenzó a cambiar.

Al principio no le dio importancia, hasta que se dio cuenta de que pasaban las semanas y los días de tener el sarcasmo a nivel estratosférico no habían llegado. Lo dejó pasar, pero conforme transcurrieron los días le había dado por comer chocolate blanco Tirma, algo muy raro en ella y súper difícil de encontrar en Londres. Incluso empezó a quejarse de cansancio y eso solo tenía un adjetivo.

**Vero**

«¿Qué tienes, Em? Ni que tuvieras un bombo».

Nadie dijo nada más en los siguientes minutos, si para muchos era una gran noticia, para Emma no, y mucho menos para Borja, que estaba convencido de que no era el mejor momento para ello.

**Vero**

«¡No puede ser cierto!».

**Lucho**

«¡Lo sabía! Llevas días pidiendo cosas raras, además, te veo más gordita y

más guapa. ¡Tendré una Emmita o Borjita revoloteando en la oficina!».

**Cristina**

«¿Habláis en serio? ¿Emma con un bebé en brazos? No sabe ni cuidarse por sí misma».

**Emma**

«¡Serás zorra! Estoy desesperada sacando las cuentas, llevo dos retrasos. ¡Dos!».

**Cristina**

«Eso se arregla con una vulgar prueba. No eres la primera que sufre retrasos, yo los he sufrido, además, ¿cómo demonios terminaste con un bombo?».

**Vero**

«No creo que haga falta explicarlo, Cristina, aunque con lo morbosa que eres... Emma, yo que tú iría corriendo a comprarla».

**Emma**

«¡Mi vida es un desastre! En tres días salgo a Canarias y todos lo van a notar, Borja se cabreará mucho conmigo».

**Cristina**

«Vamos a ver, bonita, es algo que suele suceder entre las parejas, no recuerdo que seas la Virgen María. Hicisteis cositas sucias, así que el calentón fue por parte de los dos».

**Emma**

«Borja siempre ha hablado de esperar hasta terminar las reformas, incluso acabamos de discutir, él cree que es estrés por trabajo. ¡Dios mío! Maldito sillón tántrico, fue allí, estoy segura».

**Vero**

«Has dicho que solo os faltaba la cocina y el salón, podéis esperaros. Si el destino ha querido que seáis padres es porque es el momento, además, Borja te quiere con locura y en el fondo será el mejor regalo de Navidad. Por cierto,

¿qué es un sillón tántrico?».

Cristina empezó a reír a carcajadas, lo que menos se había imaginado era que hicieran un bebé en un sillón como ese.

**Cristina**

«No especulemos todavía, quizás es una falsa alarma, lo que tienes que hacer es salir de dudas. Lucho, vete cagando leches a la farmacia y pide una prueba de embarazo, y Verónica, si necesitas saber qué es un sillón tántrico, va siendo hora de que mandes a la porra a ese Tinerfeño».

**Lucho**

«Voy de inmediato, y Cristina... te has pasado».

**Vero**

«Voy a hacer que no he leído nada. Lucho, en cuanto llegues a casa de Em, haces la videollamada».

Emma caminó de un lado al otro. No es que no quisiera formar una familia, sino que le hubiera gustado que fuese planificado, no por culpa de un calentón. En ese instante recordó a su tía Sarito y la culpó por esa carta que le había enviado.

Si resultaba que sus sospechas eran ciertas, tendrían que buscar la forma de decírselo a Borja, pero ¿cuándo?, si viajaría a Canarias en tres días.

—¡Mierda! Mi madre se dará cuenta y lo sabrán hasta en La Aldea —dijo totalmente consternada.

La prueba cantó dos rayas azules de color bastante oscuro. Borja no le había escrito en toda la tarde y eso significaba que seguía enfadado, y, por otro lado, de nuevo las náuseas aparecieron.

Muy a su pesar, llamó a Jimmy y le dijo que necesitaría esos días porque tenía una gripe estomacal. «¡Menuda gripe!».

Lucho le prometió que se encargaría de todo con el otro jefe de cuentas. Para cuando llegó Borja, su amigo la había animado, le había dicho que pronto se le pasaría, pero su semblante les decía a gritos que seguía enfadado, por lo que decidió hacerle caso al consejo de sus amigos.

## **17 de diciembre**

El avión, por la mala fortuna del destino, se averió, y asumieron que tenían que hacer dos escalas. Primero a Barcelona, luego a Madrid y por último a Gran Canaria, un viaje de sufrimientos por los mareos, las náuseas y la preocupación de cómo soltárselo a Borja.

En cuanto pisó el aeropuerto de la isla, se arrodilló dando gracias a Dios.

—No sé qué rayos ha pasado, pero llevas cuatro días comportándote como alma en pena, y va siendo hora de que me cuentes lo que sucede o me veré obligado a decirle a Maricarmen que te saque la verdad a punta de eso que llaman caldo de gofio.

—¿Caldo de gofio<sup>[5]</sup>?

No era muy amante, pero en cuanto lo imaginó, las ganas de vomitar aparecieron. Corrió al baño y arrojó lo poco que había comido. «Si sigo así, no llegaré a Navidad viva. Cada día me siento peor y me resulta difícil disimular».

Desde que había visto esas dos rayitas azules, el mar de llantos se había hecho paso. Lucho, Vero y Cristina la habían convencido de darle la sorpresa en Nochebuena. Con las copas de más, junto a los testigos pertinentes, lograría asimilar su estado de buena esperanza.

Respiró profundo, se refrescó la cara, se enjuagó la boca y salió; allí estaba su marido, de brazos cruzados con el semblante serio, un indicio de que su secreto podría saberlo en cualquier momento.

—En cuanto lleguemos a Las Palmas iremos a urgencias.

—¿Qué? ¡Estás loco! Mi madre debe tener el remedio perfecto para curar esta indigestión.

—¡Llevas cuatro días así!

—Borja, cariño, ¿desde cuándo los virus tardan cuatro horas en curarse? Salgamos de aquí o mi madre comenzará a llamarnos como loca. —La miró detenidamente, soltó aire, recogió las maletas y le dio la espalda.

—¡Tú misma!

Emma volvió a recordar ese email que le había enviado su tía, todo era su culpa. Siempre que su dedo puntiagudo la apuntaba, aparecía la maldición.

Al salir de la terminal, se encontraron a su padre y su hermana Iraida, dándole un respiro momentáneo hasta encontrarse con la mirada inquisidora de su madre.

—Emmita —le dijo con cariño su padre—. Te veo desmejorada.

—¡Indigestión! —ironizó Borja. De inmediato, los ojos de Iraida y Jacobo, su padre, recayeron en ella. Emma sonrió nerviosa.

—Me di un atracón de comida hace un par de días y sabéis que no soy de mucho comer. —Iraida estalló en risas.

—Mmm, ¡menudo atracón! Si sigues así, hermanita, no quiero imaginarte en unos meses.

Deseó matarla. No llevaba ni treinta minutos en Gran Canaria y ya iba a por ella. Iraida dejó que Borja y su padre se adelantaran y, cuando ninguno la vio, le hizo la señal más explícita que nunca había podido imaginar.

La señaló con el dedo para luego hacer con sus manos una panza en su cuerpo de que estaba embarazada. Emma abrió la boca para tratar de

defenderse, pero no pudo.

—Borja no lo sabe, no abras la boca. Esto ha sido toda una sorpresa.

—¡Tonta del culo! ¿Cómo se lo vas a ocultar? Mamá se dará cuenta enseguida y tía Sarito. —Se rio a carcajadas—. ¡Qué buenas Navidades! Serán muy graciosas.

—¡Vete a la mierda! —exclamó bastante enfadada ya que solo se burlara.

—En eso no has cambiado nada —repuso con burla—. ¿Y de cuánto estás?

—¡No lo sé, apenas lo descubrí hace cuatro días!

—¡Qué dejada eres! No te veo como madre, capaz que dejas al chiquillo en Las Canteras el año que viene y veo a mamá gritando por toda la playa. ¡Borjita, Emmita!

—¡Joder! Gracias por el apoyo. ¡Y no soy tan inhumana, por Dios!

—A lo mejor no lo eres —respondió a carcajadas—, pero lo que te pasa a ti a nadie le pasa. Para que veas que no soy una capulla, te echaré una mano. Llamaré a mi ginecólogo, tal vez tenga un hueco y te vea lo más rápido posible, y así saber cuánto tiempo tiene ese chícharo que te tiene con indigestión —le dijo entre risas mientras seguían a Borja y a Jacobo.

—No sé si darte las gracias o mandarte de nuevo a la mierda.

—Tú decides, eres la que tienes una gripe intestinal de nueve meses —respondió como mofa.

En el camino, Emma sacó su maquillaje para disimular como fuese las horribles ojeras que tenía, antes de que su madre intuyera su estado de buena esperanza. El problema sería su tía Sarito.

Esa mujer la miraba con una maldita lupa clínica, pero lo que le dolía eran

las puntas de Borja. Seguía enfadado y eran reforzadas por su querida hermana, la chinchaban solo para fastidiarla.

En cuanto aparcaron sintió que se iba a desmayar del agobio. Tenía que ser fuerte y disimular.

—¡Borjita! —dijo Maricarmen en cuanto lo vio—. ¡Qué guapo estás, chiquillo!

—¡Maricarmen! ¿Y mis papitas arrugadas?

—¡Mi niño!, ya están listas, ¿cómo crees que se me iban a olvidar? — señaló con un abrazo—. ¿Y Emmita?

—Estará persignándose antes de ver a Sarito. —Maricarmen se rio.

—No seas malo con mi niña.

—Sabes cuánto la quiero, pero últimamente está más rara que de costumbre —le dijo sin reparos y entró con las maletas a la casa.

Esa respuesta la desconcertó.

—Creo que tendremos risas angelicales dentro de poco—murmuró Jacobo dejándola aún más desconcertada y que vino acompañada de la risa de Iraida, que terminó por hacerla fruncir el ceño.

Y es que cuando se reía así era por algo que tramaba y afectaba a alguien de la familia, hasta que vio a Emma venir.

—¡Emmita, mi niña!—exclamó con alegría, aunque enseguida denotó las ojeras de su rostro—. ¿Estás mala?

—Gripe intestinal —respondió para mantener su mentira.

—¿Qué?—La miró de arriba abajo y sin indagar mucho, lo comprendió—. ¡Ay Dios mío! —gritó. Emma enseguida le tapó la boca.

—Mamá... —siseó—. Por una vez en tu vida guarda los impulsos para ti.

—Pero Emmita —dijo entre murmullos—. ¡Cómo quieres que no me emocione si es lo que estábamos esperando! —le hizo saber casi a punto de gritar de nuevo.

—Como se lo cuentes a Conchi, te juro por la Virgen del Pino que en la vida me volverás a ver —le advirtió y Maricarmen abrió los ojos desconcertada—. Borja ha dicho por activa y pasiva que de momento no quiere niños y hemos metido un golazo.

—Ay Emmita, en algún momento se enterará, tampoco es tan grave. Borjita no es tan intransigente como otras y la barriga va a crecer —respondió algo ofendida a querer esconder la gran noticia—. Entiendo ese comentario del pobre chico con que estabas rara, son los síntomas. —Escucharon a Borja y Aday hablar acercándose a ellas.

—¡Cuñadita! ¡Qué guapa te veo!

—Gracias, eres el único que me ha dicho eso de unos días para acá —respondió Emma con cierta ironía. Borja resopló y rodeó su cintura dándole un beso en la mejilla.

—Lo siento por ser tan irracional.

—No te preocupes —añadió Emma arrepentida—. Es mi culpa, el estrés me ha pasado factura. —Y antes que su madre soltara alguna tontería la miró con severidad, aunque fue demasiado tarde en cuanto vio a Aday levantar el pulgar.

Su secreto cada vez lo sabían muchos más.

## **19 de diciembre**

Gracias a Iraida, consiguió que el ginecólogo le diera cita lo más pronto posible, pero ese día le tocaba pasar una prueba importante, ver a su tía Sarito.

El día anterior, su madre no la dejó ni un instante sola. Agradeció que Aday se llevase a Borja a coger olas, hubiera sacado conclusiones de inmediato, ya que su madre seguía dándole un sinfín de consejos y, no conforme con eso, horas después, regresó del supermercado con una cantidad de hierbajos con el fin de aliviar el malestar de los síntomas comenzando en hacerle un té de jengibre.

—Te lo agradezco mucho —le dijo un tanto cansada de tantas atenciones—. Si sigues tratándome como una moribunda, Borja se va a dar cuenta, y no solo él, tía Sarito cuando entre y vea eso en la cocina.

—Ya nos apañaremos —respondió Maricarmen sin darle importancia.

—Es tía Sarito y nada se le escapa —repuso Emma.

—Y yo soy tu madre y puedo arreglármelas para despistarla —le indicó guiñándole el ojo. Respiró con paciencia, tenía la intuición de que su tía lo descubriría enseguida.

Escucharon el timbre y Maricarmen empujó a su hija a que la recibiera, mientras escondía todo. Emma pensó en las miles de excusas que podía darle en caso de que le preguntara.

La calima, el cambio de clima y, si se ponía muy pesada, le saldría con una de las suyas. Aunque su Sarito siempre tenía respuesta para todo y era capaz de soltarle algo tan coloquial como que le faltaba un sudor de pecho... por culpa de un sudor de pecho es por lo que terminó en ese estado.

Abrió la puerta, su tía la examinó de arriba abajo, acomodándose más las gafas y frunciendo el ceño.

—Querida Emma, ¿has *furrunguiado*<sup>[6]</sup> mucho últimamente?

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

—¡Estás preñada!

Emma quería morirse. Su tía definitivamente era una bruja, solo con verla lo supo, pero tenía que hacerle cambiar de opinión fuera como fuera.

—Tía Sarito, he venido por el *email* que enviaste —respondió fingiendo seguridad.

—Era una suposición —repuso Sarito—, pero tu respuesta lo confirma. —«Me cago en la mar», se dijo para sí, Sarito siguió observándola con una mueca en los labios—. Lo decía por el té de jengibre, el olor está en toda la casa. —En ese instante, Emma comprendió que había caído como una tonta.

—Lamento decirte que no soy yo —indicó manteniendo su dignidad. No se bajaría del burro por mucho que su tía insistiera.

—Si no eres tú, entonces el abogaducho surfista está preñado. ¿No me digas que es algún nuevo método científico? Voy a preguntarle —dijo apartándola de la puerta.

Emma rogó que su madre la ayudase en ese embrollo, pero lo que no se imaginó fue verla con pintas nada favorecedoras, parecía que la hubieran sacado de una cueva a medianoche con esa bata deshilachada que llevaba puesta.

—¡Sarito! No te acerques mucho. He cogido un virus, ya sabes cómo son los inviernos. —Sarito se detuvo y miró a ambas mujeres concienzudamente.

—¡Estás preñada! Y el abogaducho surfista no lo sabe.

—¡Esto es una mierda! —soltó Emma cansada de disimular—. No sé cómo todos se han dado cuenta y, por vuestros comentarios y actitudes, voy a terminar firmando el divorcio tal como predijiste. —Sarito la observó frunciendo el ceño.

—Que yo recuerde dije el primer año y no soy adivina como para predecir. En cualquier caso, no eran para ti mis palabras, sino para el abogaducho

surfista, que bastante que te hizo llorar de chiquilla, y como se atreva a abandonarte por un niño, sí que conocerá la ira de Sarito de la Nuez.

Emma y Maricarmen abrieron los ojos y, al cabo de un segundo, las carcajadas de su madre no fueron normales.

—Pagaría por ver eso, pero mi Borjita no la dejará. Conoces a Emmita y está haciendo un mar de todo esto. Le quiere dar una sorpresa en Nochebuena cuando esté con copas de más.

—¿Y por qué el secreto? —Sarito abrió los ojos y se persignó—. ¡Le has puesto los cuernos!

—¡Sarito! —gritó Maricarmen—. De todas las chorradas que sueles decir, esa es la peor que pudo pasarte por la cabeza —la reprendió Maricarmen ofendida ante esas conclusiones—. Por qué quiere que se mantenga en secreto es su asunto, y cómo te vea lanzando alguna puya, la que verá la ira de los de la Nuez serás tú.

La tía se removió un poco en su asiento y levantó el mentón.

—Vamos a ver qué hierbajos tiene tu madre aquí para ayudarte con ese malestar, dudo que sean de buena calidad.

## **23 de diciembre**

Llegaba el día de saber de cuántas semanas estaba embarazada.

Después de esa visita de Sarito, la situación empeoró. Todos le sonreían y la achuchaban, menos Borja, que no entendía qué demonios pasaba y lo achacó a las fiestas, a ese espíritu que se contagiaba en el ambiente, y es que en Navidades la gente daba un cambio total.

La tarde anterior habían decidido dar un paseo por el parque Doramas y allí, junto a la cascada y los peces, se sacaron unas cuantas fotos. En ese instante, una niña se acercó a Borja y abrazó una de sus piernas. Él

sorprendido ante ese gesto se inclinó.

—Hola, peque.

—¡Papá!

Emma quería morir, el destino se confabulaba contra ella de forma cruel. Jamás había sucedido algo así, pero claro, tenía que pasarle a ella cuando guardaba el mayor de los secretos.

—Disculpe —dijo una mujer mirando de reojo a la pareja—. Los niños son un tanto sensitivos.

Emma soltó una risita nerviosa mientras en su mente se daba cabezazos contra una pared. Borja se despidió de la niña y se giró hacia ella con una media sonrisa en sus labios aún sorprendido a lo sucedido.

—Ha sido guay eso de que te digan papá. —Emma ladeó su cabeza con el corazón en un puño.

—¿No me digas que el instinto paterno ha aparecido?

—Siempre ha estado, pero lo has dicho muchas veces, llevamos una época justos de dinero y el día que tengamos uno, no quiero que le falte nada de nada.

Se obligó a sonreírle preocupada por su reacción cuando le diera la noticia. Esa mañana había tenido que inventarse la excusa de que le faltaban regalos. No era mentira, apenas había comprado un par, pero el más importante lo iba a ver en unos minutos.

Entraron a la consulta cercana al parque Romano y se sentó llena de nervios. Iraida cogió una revista y se la pasó.

—Toma, para que empieces a empaparte del proceso. ¡Mamacita! —Y se rio a carcajadas.

—¡Idiota! —exclamó Emma.

Estaba cansada de que todos los que conocían su secreto en cierta forma se burlaran, menos su padre Jacobo, que una de esas tardes la invitó a dar un paseo por Las Canteras y le dio la enhorabuena abrazándola, sumergiéndose en un mar de emociones, contándole los recuerdos de cuando ella nació.

—Emma Berriel —dijo una enfermera.

Respiró hondo, había llegado la hora. Le hubiera gustado que Borja estuviese, pero a medida que pasaban los días, estaba convencida de que lo mejor era darle la noticia en Nochebuena. Se aferraba a que el milagro ocurriría.

El especialista se presentó y le hizo una serie de preguntas referentes a su periodo menstrual y sus métodos anticonceptivos, y allí supo que esa gripe antes de la boda de Jimmy fue la causante de que la píldora dejase de funcionar.

—Emma, ahora vamos a conocer al futuro niño o niña, y decirte de cuántos meses estás exactamente.

—¿Puedo verlo? —preguntó Iraida.

—Por supuesto.

Entraron a otra habitación donde había varios aparatos. El especialista le indicó dónde debía cambiarse. Emma se quitó las braguitas y salió con los nervios a flor de piel. El especialista entró y se sentó encendiendo el aparato.

—Muy bien, ¿ves ese garbancito en la pantalla? —Emma se giró y en cuanto vio la imagen se emocionó, mientras el especialista lo fue señalando—. Ahora vamos a escuchar los latidos.

—¿Se puede? —preguntó emocionada.

—Por supuesto —respondió.

Subió el volumen y el pum, pum con rapidez del corazón se escuchó por toda la habitación logrando que las lágrimas saltasen y se diera cuenta de que era el mejor regalo de Navidad que podía tener.

—Muy bien, todo está dentro de la normalidad. Tienes quince semanas y dejaré que descubras junto al padre el sexo del peque, así ambos tendréis un bonito regalo de Navidad. —No podía responderle por culpa de las lágrimas.

El especialista le palmeó el brazo y, a continuación, le entregó una fotografía y un CD con un vídeo.

—Sí que será el mejor regalo —le indicó sobrecogida.

## **24 de diciembre, siete de la noche**

Estaba tan nerviosa que las náuseas habían aumentado. Borja comenzaba a preocuparse y terminaron discutiendo de nuevo por negarse a ir a urgencias.

—Definitivamente, estás más cabezota que nunca —le recriminó, dejándola a solas para salir a surfear y no terminar enfadado en un día especial.

En la tarde mejoró un poco su salud por lo que ayudó a su madre con la comida, pero al ver la pella de gofio corrió al baño.

—¡Ay, hija mía! No puedo creer que no soportes el gofio. ¿Y qué le darás al niño cuando crezca? —Se acercó corriendo, tapándole la boca.

—¡Ma! Si quieres, lo publicas en el Canarias 7<sup>[7]</sup> —le dijo con deje irónico.

—¡Ay Emmita! —exclamó Maricarmen—. Se me olvida que no lo sabe. Es el único en casa, no entiendo cómo no se ha dado cuenta. —Decidió ignorar a su madre, era evidente que estaba contenta y no por su embarazo.

A las diez de la noche todos escucharon el timbre.

—Borjita, ve a abrir —dijo Maricarmen.

Emma frunció el ceño. El gesto que había hecho de llevar sus manos al pecho y sonreír no le daba buena espina. Hasta que escuchó a Borja gritar.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Qué hacéis aquí?

—¡Borja Daniel, así no se recibe a una madre! —vociferó Conchi. Le dio dos besos y pasó directamente a saludar a los Berriel—. Hemos decidido venir a pasar las Navidades en Canarias, Arantxa se quedó en Alemania y vosotros os vinisteis, nos negábamos a pasarlas solos.

Emma se giró de inmediato hacia su madre. Esto no era una casualidad, eran las encerronas que solían hacerle ese par de maquiavélicas mujeres. Conchi se acercó a ella sonriendo y supo que su madre se había ido de la lengua.

—¡Qué emoción! Pero tranquila, yo guardaré el secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó Borja mirando a su madre, luego a Emma y por último la mano de su madre en el vientre de su mujer—. ¿Qué coño está pasando? —preguntó a la espera de la verdad.

Emma miró a todos. No quería que las cosas terminaran así, siempre se le torcían los planes de la manera más desastrosa.

—Pues qué va a pasar —dijo Sarito regresando de la cocina abriendo una rapadura<sup>[8]</sup> y viendo que nadie hablaba, añadió—. Ese sudor de pecho ha dado resultado, le has hecho un bombo a mi querida Emma.

Borja miró a Emma frunciendo el ceño, se pasó la mano por la cabeza y la señaló, pero se dio la vuelta y salió a la terraza.

—¡Siempre tienes que decir la última palabra! —le reprochó Emma, y salió detrás.

Era el fin de su matrimonio. Mucho habían durado su amor y tiempos

felices. De nuevo aparecía la maldición del trigésimo cumpleaños.

Al salir, lo encontró sentado martillando el suelo con la pierna.

—No sé cómo explicarte —comenzó diciendo—. Me ha costado aceptarlo y me dio terror, y como siempre has dicho que no es el momento, pensé que lo mejor era decírtelo con un par de copas encima.

—¿En serio ibas a esperar a que estuviera contento? No sabía que me había convertido en Shrek. Entiendo ahora ese cambio y ese malestar. No te niego que estoy desconcertado y sí, he dicho hasta el cansancio que de momento no, pero las cosas cambian. Lo que me jode es que todos lo sepan. ¡He quedado como el pringao!

—Lo siento —dijo arrepentida—. Siempre meto la pata al final. —Y comenzó a llorar. Borja resopló, se levantó y la abrazó—. Te juro que no fue a propósito —le indicó entre hipidos—. El día que lo comprobé me dio un ataque de pánico y desde entonces todos no dejaban de decir que seré la peor madre del planeta.

»Estoy por terminar creyendo que no solo seré una mala madre, sino que soy una desastrosa pareja. Sé que no tengo idea de maternidad ni de cómo criar, pero que digan que lo olvidaré en algún sitio o que, con las cosas raras que me pasan, el peque terminaría escalando en *Canary Wharf*, ¿te lo imaginas? —El borboteo de una carcajada salió de la garganta de Borja.

—Me gustaría tener un Spiderman como hijo —le dijo Borja dándole un beso en la cabeza—. Y estoy seguro de que serás una madre maravillosa, como lo eres como pareja.

Se miraron a los ojos y se dieron un beso lleno de ternura. Volvieron al salón y allí todos los recibieron con confeti y serpentinas.

A medianoche repartieron los regalos. Emma se acercó con el CD y la

fotografía dentro de una pequeña caja. Borja se emocionó en cuanto pusieron el disco y escucharon los latidos del corazón.

—La próxima vez no me perderé ver a mi pequeña —dijo feliz.

—¿Afirmas que será niña? —inquirió Sarito.

—¡Por supuesto! —respondió conociéndola muy bien.

—¡Ja! Yo creo que no. —Se subió las gafas y miró de nuevo—. Dudo que las niñas vengan con tres piernas, o ese vídeo está trucado.

Todos miraron comprobando lo que asumió Sarito.

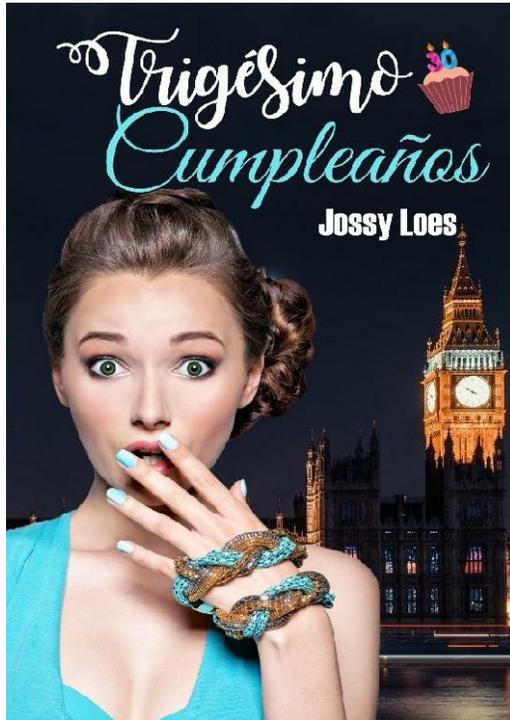
—¡Es un niño! —dijo Conchi.

—¡Ya lo creo! —indicó Sarito—. Por cierto, ¿el nombre será canario o vasco?

Emma y Borja lo que menos pensaban era en un nombre. Estaban ilusionados por la nueva experiencia que comenzaban a vivir, el mejor regalo de Navidad. En cambio, las matriarcas se miraron, por lo que Conchi terminó diciendo.

—Maricarmen, ¿has guardado los cinco céntimos?

Si quieres saber más de Emma Berriel, Borja y tía Sarito puedes encontrar su historia en Amazon, Google Play y iTunes en Trigésimo cumpleaños.





# **Tres Días Necesité para Enamorarme de Ti**

*De lo contrario, entraré a una de esas páginas de críticas y hablaré mal de tu agencia turística...*

Desde los primeros meses del año, Elena se había esforzado por unas merecidas vacaciones y el lunes, al llegar a la oficina, se encontró con un memorando. Tendría que viajar a final de mes a Escocia para un curso que daba la empresa de técnicas y marketing.

«Final de mes, justo días antes de sus vacaciones». Ahora entendía por qué su jefe le había preguntado e insistido si tenía algún viaje planificado. Si lo tenía, no podía suspenderlo, en cambio, si solo estuviese en la ciudad podía aplazar unos días sus vacaciones.

Por supuesto, tras leer el memorando se acordó de todos sus antepasados, deseaba asesinar a su jefe. Había planeado estar en su casa durmiendo durante quince días, quería sus vacaciones en el sofá y en la fecha que las había pedido.

Era lunes y desde primera hora de la mañana su humor cambió de forma rotunda y así se mantuvo los siguientes días siendo observada por su amiga.

—Elena, ¿por qué esa cara? —preguntó esperando cualquier queja para decirles que se dejase de tonterías—. Quién sabe si te topas con un escocés de película. —Suspiró a lo grande—. Eso es lo que necesitas en tu vida.

—Bea —respondió aburrida Elena.

Llevaba meses parloteando que, para verano, comenzaría *Outlander*, una serie que trataba de unos libros que había leído hacía tiempo y que se los había prestado cuando descubrieron que tenían algo en común.

Bea soñaba despierta con un *highlander* cuando descubrió que harían una serie. Escucharla una vez, lo toleraba, pero estaba pasando la frontera de lo pesado y absurdo.

—No soy tan fantasiosa —advirtió—. Y no negaré que se ven tan monos, solo que voy a un curso, no de vacaciones ni a cazar escoceses con kilt, y ese curso cambia mis planes de hibernación.

—¡Qué aburrida! —chinchó Bea con una risita en sus labios—. Si me hubieran enviado a Escocia en esta época del año, estaría saltando de una pata, luego del curso reservaría algún tour para disfrutar de los hermosos parajes y si encontrara un hombretón con kilt, al estilo de las novelas, te aseguro que viviría alguna de esas aventuras.

Elena suspiró pensando que ya empezaba con lo mismo, manoteó ignorando las tonterías de su amiga y siguió trabajando. Para ella estaba claro, la historia se quedaría entre el sofá, la nevera y la tele, había decidido mantenerse en el grupo neutral, ni novios, ni amigos con derecho, ni esporádicos, ni ligues.

Hacía mucho tiempo de su última relación, que terminó siendo monótona. Se había dado cuenta de que no lo quería y ella, una persona práctica, fue honesta y tras un tormentoso final, decidió mantenerse sola por un tiempo.

No con eso renegaba del amor, al contrario, mantenía la esperanza de que algún día encontraría alguien afín y quizás terminaría en una bonita boda. Respiró profundo y siguió con su trabajo, resignada a que sus vacaciones en el sofá irían para largo.

La semana a Keith se le pasó volando, llegó a la oficina sede de las rutas turísticas que ofrecían, bastante cansado.

Al abrir la puerta entraba a su empresa que había comenzado desde cero junto a un amigo, le había costado mucho esfuerzo mantenerla, pero el dinamismo y la cercanía que mantenían con los turistas la habían convertido en una de las mejores. Desde un principio, junto a su socio, fueron los guías junto

a otras dos personas más que contrataron para tener mayor acceso a varios lugares de interés turístico.

Con el paso del tiempo dio resultados óptimos, su socio decidió pasar a la parte administrativa y Keith se mantuvo como jefe de guías. Hubiera delegado esa tarea a otro, pero le apasionaba poder contar cada relato o leyenda que conocía desde niño a todos los que visitaban su país y ver cómo se maravillaban, era su recompensa.

Se acercaba el verano y era los meses con mayor afluencia, tenían varias excursiones ese mes y la más importante era la de tres días a las tierras altas con un gran grupo de ingleses perteneciente a una empresa importante.

Sin dudarlo pensó en llevar esa en particular, le divertía como buen escocés, tomarles un poco el pelo, alardeando de tener mejores paisajes. Sonrió al saber lo que estaba planificado, cerró el programa del ordenador y salió en busca de un grupo que hablase español.

A pesar de que no lo hablaba perfecto, podía decirse que lo entendía y hablaba con fluidez, gracias a las clases que tomó durante tres años para atraer personas de habla hispana. Vio a su grupo un poco disperso, carraspeó, se arregló su polo blanco, su kilt y llamó su atención.

—Buenos días, ¿alguno habla español? Me siento un poco perdido entre tantos pelirrojos que hablan un dialecto raro. —Los turistas de habla hispana se carcajearon y siguieron el juego. Keith los acercó y acto seguido se dirigió a ellos—. Bienvenidos a la ruta de castillos de leyendas, este humilde escocés será vuestro guía el día de hoy. —Los turistas sonrieron y subieron al vehículo donde se encontraba el resto.

A los pocos días de su partida, Ana recibió un correo electrónico indicando que la empresa había reservado un tour por tres días, comenzando el viernes siguiente a su llegada.

En su boca se dibujó una pequeña sonrisa, se imaginaba una morena como ella con el cabello castaño y ojos negros entre tantos rubios. «Bea, eres una bruja», pensó. Su amiga había sido la única que mencionó sobre reservar un tour y como por arte de magia, la empresa contrató uno.

«Las casualidades no existen», se dijo. Se hizo una idea de lo que necesitaba para su viaje y pensó que lo mejor era disfrutar del mismo. La vida le reservaba esa sorpresa y comenzó a ver desde otra perspectiva la situación: al final tendría unas pequeñas vacaciones.

El martes en Edimburgo, después de un día largo, salió con sus compañeros ingleses a un pub, le causaba gracia la mala fama que tenían sobre ser estirados. Lo cierto es que, los que ella tenía como compañeros, eran la excepción de la regla, sin olvidar que uno o dos le tiraban los tejos.

Recordó por unos segundos a Bea y sus fantasías y pensó que se había equivocado, no iba a ser con un escocés con kilt con el que tal vez tendría una aventura, el hombretón que ella había fantaseado terminaría siendo un inglés con armadura.

Evitó reír a las casualidades del destino y se centró en lo que sus compañeros hablaban, hasta que lo vio. Había ido a Edimburgo varias veces y no le era extraño ver a algún que otro hombre con kilt, pero él era distinto, tenía algo que no podía describirlo.

Un pequeño mechón bailaba en su cara y con un movimiento de la cabeza lo hacía a un lado, su rostro estaba cubierto con una pequeña barba de un día o tal vez dos y ni hablar de su altura, la cual era considerable. El escocés se sentó en la barra y saludo con entusiasmo a las personas de alrededor. Elena pudo fijarse en la pierna que sobresalía de su kilt. Se veía que estaba en muy buena forma. Cerró los ojos intentando deshacer la imagen y maldijo a su

amiga por meterle en la cabeza esa idea estúpida.

Se concentró en su compañero todo lo que pudo mientras se decía: «Es un escocés más, Elena, un escocés más».

A Keith le había tocado una excursión larga y con niños incluidos, era las mejores excursiones que solía hacer. Tenía que esforzarse en hacerla divertida contando buenas historias para que los pequeñajos le dieran toda su atención y el resultado era la cara de ilusión que reflejaban con lo que habían escuchado y su imaginación habría creado.

Tras llegar de ella, volvió a la oficina, se cambió un poco, se puso un jersey y entró al bar de su hermano para sentarse en la barra, saludó a todos, como de costumbre, y su hermano al verlo bromeó enseguida.

—¿Qué tal fue tu día? ¿Ligaste con alguna turista? Si no fue el caso, todavía tienes opción, tenemos el pub lleno y he visto por ahí una Bonnie<sup>[9]</sup>; deberías echar un ojo, Keith, me parece que es extranjera. —La risa seguida a ese comentario no se hizo esperar.

—¡Siempre igual, Dougal!

—Por supuesto, hermano.

Keith se echó a reír, tomó un poco de cerveza y habló con él otro rato, aunque la broma detallista de su hermano le intrigó y prefirió mirar cuando estuviera ocupado, evitando alguna broma posterior. Esperó pacientemente y cuando por fin tuvo la oportunidad, giró sin esperar ver a nadie.

Habían pasado diez minutos y la probabilidad de ver a la mujer en cuestión era escasa. Sin embargo, una cabeza castaña se dejaba notar entre tantos rubios y supo que su hermano tenía razón, era extranjera. La observó detenidamente, la vio sonreír y para él fue la sonrisa más bonita que había

visto en su vida, la cual compaginaba con sus ojos oscuros.

Era normal que estuvieran todos alrededor de esa belleza exótica, bebió otro trago de su cerveza e inconscientemente volvió a fijar su mirada y esta vez, los ojos de ambos se encontraron. Ella sonrió y Keith no lo pensó, como buen escocés, se acercó para darle una cordial bienvenida.

Elena se reía con los chistes malos que contaban los ingleses y, durante dos segundos, cruzó mirada con el escocés de la barra, sonrió y luego se rió culpando a las jarras de cerveza que había tomado. Evitó mirar de nuevo y se concentró en seguir con la conversación, cosa que fue difícil, ya que mantenía una discusión con ella misma por ser tan inconsciente, hasta que escuchó un saludo en Scott y quiso hundirse en la silla.

—*Awrite*<sup>[10]</sup>. —Elena levantó levemente la cabeza y lo vio.

Si de lejos era atractivo, de cerca podía decirse que era la descripción de cualquier novela de época.

—Hola —respondió con cierta vergüenza.

—¿Está a gusto con el servicio? —Elena entrecerró sus ojos estudiando qué respuesta podía dar, obviamente no venía a preguntar eso.

—Sí —respondió—. Los escoceses siempre sois cordiales —escuchó una queja grupal de sus compañeros ingleses, lo que la hizo reír—. ¡Paz! No he dicho ninguna mentira —se justificó al grupo en tono burlón—. Vosotros mismos tenéis que reconocerlo.

Sus compañeros rieron y siguieron reprochando en broma. Por otra parte, Keith quedó prendando de la chica que sonreía con picardía y dulzura, añadiendo la destreza que tuvo al responder a las quejas en broma de sus acompañantes. Tenía que conocerla como fuese.

—Por su acento denoto que no es inglesa —afirmó Keith, tratando de asegurarse que su intuición no fallara. Su manera de expresarse y sus rasgos le daban ciertos detalles, pero debía asegurar primero que ella lo dijese.

—Soy española.

Había acertado, gracias a tantos turistas hispanos que habían reservado los tours que ellos ofrecían, lograba reconocer el acento.

—La suerte me acompaña —añadió Keith en español.

Elena abrió los ojos, tenía que pellizcarse, no era posible que hablara su idioma, eso era inusual, era como si la vida estuviera dispuesta a que se conocieran. En ese instante, un sentimiento que no podía describir nació.

—Diría, más bien que la suerte nos acompaña —respondió con sinceridad y olvidó por unos segundos su alrededor, viendo la sonrisa enigmática que curvó los labios del escocés.

No era de ir ligando con el primero que le hablara ni quedarse como una tonta babeando por un hombre por muy bueno que estuviera, pero quién se podía resistir.

Keith volvió a sonreír ante la respuesta de Elena. «Las españolas eran de armas a tomar, sin ninguna duda», se dijo.

En su trabajo había tenido la oportunidad de interactuar con muchas mujeres y ninguna era como la chica que tenía al frente, era como si fuera el lado positivo de un imán y él era el otro polo, se sentía sumamente atraído.

Los ingleses observaron al hombre que se mantenía al lado de Elena sin apartarse y, sobre todo, cómo ambos hablaban en español. La española se dio cuenta de que debía, al menos, presentarlo, fingir que se conocían, al fin y al cabo, eran compañeros y no deseaba chismes ni rumores de ella. Ideó un plan en segundos y esperaba que ese escocés lo siguiera.

—Mi amigo aquí presente, lo conocí en una de las últimas veces que estuve por Edimburgo.

Los ingleses dejaron de hablar y con una sonrisa burlona esperaron que siguiera. Elena se recriminó, creyó que podía fingir que se conocían y supo al instante que no le creerían.

—Es cierto —añadió Keith—. Hizo una de las giras que organizo y uno de mis empleados es su amigo.

Los ingleses dudaron en reír o tomar en serio la explicación. Sin embargo, su supervisor, Tom, observó cómo se miraban el uno al otro de reojo y se atrevió a ser quien aclarara las dudas.

—Elena, ¿fuiste la que sugeriste el tour?

Elena se encontró atrapada en su pequeña mentira, recordaba vagamente indicar uno que contrató con su hermana hace dos años, estaba segura de que no estaba el hombre que tenía al lado, se hubiera acordado perfectamente. No podía dejar al escocés desconocido con la mentira al aire y no le quedó más remedio que seguir.

—Sí, y ya ves, me escucharon. —Los ingleses decidieron fingir que le creían y darle una tregua. Elena sintió alivio y Keith agradeció al inglés en silencio por no seguir indagando y a la vez por darle a conocer el nombre de española.

—¿Cuándo será el vuestro? La agencia tiene varios esta semana —pregunto Keith, tentando a la suerte.

—El viernes, iremos a la isla de Skye, Fort Willians, Inverness y no recuerdo que otros lugares —respondió Elena en nombre de todos.

Keith tenía la necesidad de preguntar si sabía cuál era el nombre de la agencia y en ese instante se percató que si lo hacía toda la farsa que mantenía con la española se iría abajo y, por alguna razón, ella hizo el supuesto que se

conocía.

Recapituló la información de la reserva: un grupo de ingleses de una empresa trasnacional y los que tenía al frente era un grupo de ingleses que al parecer todos trabajaban en la misma empresa, era mucha casualidad que esa hermosa chica fuera en el mismo tour que iba a dirigir.

Tenía que buscar la manera de tener unos minutos a solas y hacerle las preguntas pertinentes. Si resultaba ser como estaba pensando, la oportunidad de su vida acababa de llegar. Si esa era la mujer que el destino le cruzaba en su camino de una forma peculiar, no la iba a dejar escapar.

—¿Elena, te apetece otra cerveza?—sugirió Keith, rogando que ella aceptara.

—Sí —respondió sin dudar, por lo que se levantó para ir con él a la barra, era la manera de darle las gracias por seguir la mentira.

Keith la guio y en la barra, su hermano lo observó con una ceja levantada. Elena aprovechó el instante para agradecerle ignorando la sonrisa que comenzaba a nacer en el rostro de Dougal, pero el escocés si lo vio. Estaba seguro de que las bromas se las haría luego, a no ser que salieran de local, aunque con tanto ajetreo seguramente lo olvidaría y rogaba que fuera así.

—Te agradezco que me siguieras la pequeña mentira, aunque me da la sensación de que no se lo creyeron del todo. —Keith olvidó a su hermano y curvó una pequeña sonrisa en sus labios.

—¿Qué te hace pensar eso?

—A pesar de estar de espaldas, tengo la ligera sospecha que están mirando hacia aquí —confesó Elena.

Keith levantó un poco la cabeza y se cercioró de que tenía razón. Durante los segundos siguientes detallaron todo lo que estaba haciendo Elena, no obstante, volvieron a su mundo y olvidaron a la española, así que lo mejor era

tranquilizarla.

—Creo que tus amigos te han olvidado. Estoy seguro de que si desapareces no se percatarían, incluso... —Se detuvo durante un segundo y pensó en sacarla de ahí a un lugar neutral.

Invitarla a cenar y que conociera de su mano alguna historia curiosa de la ciudad, la oportunidad era solo una y no podía sentarse a pensar si era buena idea, debía ir a por todas. Lo único que esperaba a cambio era que ella fuera ingeniosa, algo que ya estaba comprobado y aseguraba que volvería a por el bolso y su abrigo dando alguna excusa que indicara a los ingleses que regresaría al hotel.

—¿Te gustaría cenar? Conozco un buen lugar.

Elena lo observó, ese escocés tenía algo que le hacía confiar y no podía explicar por qué debía hacerlo. Curvó su boca y se giró pensando que estaba cometiendo la mayor locura de su vida, fue a la mesa donde estaba sentada, recogió su bolso y abrigo, se despidió con una breve explicación y salió del pub, esperando que el escocés con kilt hubiera entendido lo que hizo.

Keith, cruzado de brazos, vio cada movimiento de Elena, incluso su salida. Eso era un sí rotundo así que salió sin despedirse de su hermano, eso era lo mejor. Y cuando pisó la calle vio a la hermosa española esperándolo afuera.

—Ya que eres guía turístico —indicó Elena—. Me imagino que ese lugar al que me llevarás a cenar debe ser increíble, de lo contrario, entraré a una de esas páginas de críticas y hablaré mal de tu agencia turística. —Keith se carcajeó.

—Bonnie, no sabes el nombre de mi empresa. —Ambos sonrieron como cómplices de alguna broma íntima—. Te aseguro que saldrás satisfecha, pero antes debo hacer una correcta presentación, soy Keith MacKay —indicó tendiendo su mano y ella la estrechó.

—Elena Fernández. —Y con ese gesto simbólico, Keith se había ganado su plena confianza para las siguientes horas.

—Ahora que sabemos nuestros nombres, ¿qué te parece dar un paseo por la *Royal Mille*? ¿Te gusta la comida italiana?

Keith tenía la esperanza de que le gustase, amaba la comida escocesa, pero su segunda comida favorita, era la italiana.

—¡Me encanta! —añadió Susana—. Es una de mis preferidas.

Eso fue suficiente para que Keith sintiera que esa mujer había caído del cielo para él.

En el recorrido por la *Royal Mille* describió alguna que otra leyenda sobre la Edimburgo antigua que ella había escuchado anteriormente, pero de boca de Keith la llevaban a imaginarse estar en esa época, su manera de contar detalles y personajes era fascinante. Sin darse cuenta atravesaron la *George IV Bridge* y llegaron al restaurante que le había señalado, la amabilidad y caballerosidad del escocés la tenía cautivada.

El restaurante era acogedor y ni hablar del personal, atento y amable. Elena no pasó desapercibido la confianza que tenía Keith con los empleados, no quiso preguntar a cuántos turistas le había recomendado el sitio, pero no podía negar que estaba a gusto y que tenía razón, era un gran lugar.

Entre plato y plato fue conociendo a fondo a ese escocés que había salido de la nada, de cómo había comenzado desde cero su negocio y lo mucho que le gustaba, el sinfín de personas que había tratado y cada vez que reía, Elena se derretía por dentro.

Keith estaba hipnotizado por la española, lo miraba con atención mientras le explicaba, devorando cada palabra como si fuera la única oportunidad que tuviera para escucharla denotando en sus ojos la sinceridad del interés que sentía.

Rato después ella contó a qué se dedicaba, qué hacía en Edimburgo y de esa manera se les fueron pasando las horas. Volvieron a recorrer toda la *Royal Mille*. Keith pidió acompañarla al hotel y una vez en la entrada ambos se miraron, se acercaron y terminaron con un beso como si no quisieran separarse jamás.

Era lo que ninguno se hubiera atrevido a hacer con un desconocido.

Un beso que en un principio era tímido y que pasó a ser apasionado y con mayor acceso. El escocés acercó a la española apoyando su mano en la espalda para abrazarla y envolverla entre sus brazos. Elena tomó entre sus dedos el jersey, exigiendo. Estuvo a punto de arrastrarlo a su habitación y dejarse seducir, pero fue él quien se apartó.

—Nos vemos mañana, Bonnie —dijo recuperándose de ese arrebató y ella lo escuchó desconcertada.

—¿Mañana? —preguntó un tanto desconcertada.—¿Qué te hace pensar que mañana me verás? Creo recordar que el viernes me iré a *Las Highland*. — Keith curvó una sonrisa.

—Mañana te esperaré e iremos a otro lugar especial y el fin de semana será el mejor de tu vida. —Elena enarcó una ceja.

Por muy bueno que estuviera o como la había besado encendiendo el deseo en su cuerpo, se le habían cruzado los cables. «¿Qué se creía?», pensó. «¿Y asegura que haré el tour con su empresa? ¡Qué creído se lo tiene!».

—¿En el mismo pub? —repitió Elena con ironía y Keith afirmó con la cabeza, se acercó para despedirse con otro beso, pero ella se alejó—. No, hoy has tenido tu ración al completo. —Le dio la espalda y entró al hotel.

«Si piensa que iré, no me conoce», se dijo para sí y se fue maldiciéndolo por lo bajo por dejarla con ganas.

El impulso de cogerla por el brazo para llevarla hasta él y volver a besarla

estaba ahí latiendo fuertemente, pero no quería que todo fuese precipitado, quería volverla a ver, por lo que no comprendió la actitud de la española. Sin embargo, en ese momento, se dio cuenta que había sido tan tonto que ni siquiera le había pedido el número de teléfono.

Para cuando se percató de ese gran detalle, su hermosa española ya no estaba por ningún lado.

Elena pasó la noche pensando en Keith, su sonrisa, sus ojos y su beso, se adentró a su boca exigiendo como si fuera el dueño de su cuerpo, haciendo que ella quisiera que la poseyera esa noche, pero la realidad le desinfló el deseo. Si pensaba que iría se quedaría con las ganas, no tenía pensado volver y se mantuvo firme hasta salir de la empresa sobre las siete de la tarde.

Caminó por la *Royal Mille*, entró a una cafetería y pidió un *Caramel Machiatto* para seguir su recorrido, dando un paseo y recordando las historias que su escocés particular le había contado. Rodeó todo el centro hasta llegar al castillo de Edimburgo y cuando volvió al hotel, como si la vida les hubiera citado, se encontraron de nuevo.

—¡Bonnie! —dijo en un tono alegre, como si en ese momento fuera el hombre más feliz de la tierra. Elena abrió la boca y tuvo que cerrarla de inmediato, la única respuesta que admitía era la casualidad.

Keith esperó durante una hora y supuso que no aparecería. Por la mañana había pasado por la oficina para cerciorarse que la empresa en la que trabajaba era la misma que había contratado el tour y no se había equivocado.

Supuso que estaba enfadada por no quedarse con ella la noche anterior y tras mucho pensarlo, concluyó que hubiera sido un error. En cuanto vio que no aparecería decidió ir al hotel y preguntar por ella; si algo tenía como defecto, era el no resignarse tan fácilmente.

Salió pensando qué le diría, alguna enorme excusa para que aceptara nuevamente salir con él y lo único que podía hacer era rezar para poder encontrarla. Un rezo que no le hizo esforzarse mucho cuando se toparon de nuevo. Vio el desconcierto en su cara en un principio, pero él se sentía feliz ante una nueva oportunidad y si quería ganarse a esa bella mujer, tendría que llegar al corazón.

—Creo que no me debería resistir al destino —dijo finalmente Elena un poco avergonzada ante lo que pasaba.

A decir verdad, no estaba preparada para decirle que estaba considerando la idea de volver al pub, pero cuando Keith se acercó, olvidó todo lo que había pensado y, sin decir nada más, volvió a besarla; esta vez un beso tierno y conciliador.

Elena bajó todas las defensas ante ese hombretón cuando vio los hoyuelos que se le hacían al sonreír. Keith, por su parte, no quería separarse de ella viendo en ese hermoso rostro una mirada que lo enterneció, sujetó ambas manos y dio un beso sutil en sus nudillos y fijó sus ojos en los de ella.

Quería pasar el resto de su vida al lado de esa hermosa mujer y debía comenzar desde ese mismo día. Tal vez con algo diferente, y la idea vino enseguida a su mente.

—¿Conoces la ruta fantasmal?

—No.

—No me importaría volver a ser tu guía —indicó guiñándole el ojo.

Elena no dijo nada, ya que nuevamente Keith robaba toda su atención. Las historias de asesinos y homicidios eran muy descriptivas, de vez en cuando ella ponía cara de asco y él reía, ya que solo tenerla a su lado era lo mejor que pudo haberle pasado en el día.

Volvieron al punto de partida, el hotel, y esta vez ambos querían ir más

allá, pero se contuvieron prometiéndose verse al siguiente día, sus corazones les pedían que sintieran cada momento como único. Keith supo exactamente que Elena no había llegado por casualidad, y tener sexo casual con ella horas después de haberla conocido no cabía entre lo que estaban viviendo. Tenía la seguridad que la vería al siguiente día y sería paciente, cada minuto se daba cuenta de que la vida era maravillosa.

Esa noche, de nuevo, Elena pensó una y otra vez cómo Keith la estrechó entre sus brazos y el impulso de llamarlo con cualquier excusa crecía. Llegó a pensar que se estaba volviendo loca, las ganas de sentir su cuerpo rozando el suyo se mantenían y nunca había tenido esa necesidad ante un extraño, concluyó que siempre había una vez para todo y, al parecer, era la suya.

Suspiró y por todos los medios deshizo esas ideas, culpando a su amiga Bea por meterle tantas fantasías sobre las novelas que leía.

—¡Bea! —dijo en alto—. Tienes boca de sapo.

El día siguiente para la joven fue improductivo gracias al escocés que robó su sueño. Por la mañana deseaba que fuera la tarde, dudó en ir y luego pensó que no solo iba a ir, sino que lo provocaría, un mero castigo a las dos noches que había estado soñando estar en sus brazos sin nada de por medio.

Sin pensarlo, se despidió de sus compañeros y tomó un taxi para ir al *Jenners*, allí compró un vestido ajustado de color rojo junto a unas medias largas. Volvió al hotel, se duchó, se vistió, se arregló un poco el pelo y se maquilló creyendo que estaba preparada para una noche que su intuición le decía que cambiaría su vida.

Era el día de descanso de Keith y había partido de Champions. Como era normal, la mayoría de los pubs estarían llenos. Decidió ayudar a Dougal, para quitarse de la cabeza a Elena, que había estado en sus pensamientos todo el

día. La casualidad cada vez se hacía más interesante, en su mente se dibujaban una y otra vez sus labios y su manera de responder lo tenía ansioso. Si se hubiera quedado unos minutos más la noche anterior, la hubiera complacido. Aunque no descartaría dejarse llevar las horas próximas.

Poco a poco se llenó el pub y eso lo mantuvo ocupado, su hermano con un gesto le dijo que mirara hacia la puerta y su boca llegó al suelo, su mirada se encendió y, a medida que se acercaba, tuvo deseos de sacarla del lugar para poder disfrutar solamente él de esa hermosa mujer.

Elena vio como los ojos de Keith se oscurecieron, mostrando el deseo que sentía y la hizo sentirse irresistible. Carraspeó en cuanto estuvo cerca de él.

—Buenas tardes, Bonnie, estás... No sé cómo describirlo. —Ella curvó la comisura de sus labios para sorprenderse al beso inocente otorgado por el escocés—. Te presentaré a unos amigos. —Sin dejarla reaccionar, la llevó hasta sus conocidos.

La fama de los escoceses de ser amable y simpática les daba la razón. En un principio dudó si era por cómo Keith se aferraba a su cintura, indicando que la trataran como una más de la familia, pero comprobó que no.

Trató de seguir la conversación, aunque el Scott no lo entendía y muchas veces se perdía, minutos después los dejaron solos y él puso su atención en ella.

—Quiero llevarte a un lugar donde no sé si puedas estar cómoda. —Elena lo miró de reojo.

—No irás a montarme en una vaca. —Keith rio—. No, pero... —Pidió que se levantara y la observó como si estuviera a punto de devorarla—. Me arriesgaré, lo que no sé es si te arriesgarías.

La española unió su entrecejo y pensó que se estaba burlando ante esa proposición, la mirada del escocés le invitaba a hacerlo y, finalmente, aceptó.

Keith tomó su mano y esta vez la entrelazó para salir a lo que le concedería el destino esa noche.

Lo que Elena no pensó es que iba a terminar en una tienda de souvenir.

—No importa que no combinen, seguirás viéndote hermosa —dijo con dulzura Keith.

—No me pondré esas babuchas horribles —protestó una y otra vez Elena.

—Si te las pondrás, son solo unos diez minutos como mucho.

Elena dudó y dudó, se negaba a ponerse esos zapatos horribles, pero el escocés nuevamente usó su sex-appeal y con eso la derritió. «¿Qué estaba haciendo?», pensó seriamente. Estaba complaciéndolo en todo y ella no solía tener esa actitud.

—¿Puedo tener una pista de hacia dónde vamos? —preguntó llena de curiosidad, para hacerse una idea de qué tramaba. Él negó con la cabeza, sabía que tenía dos respuestas: decirle no e irse o vivir ese hermoso sueño hecho realidad.

Volvió a verlo y se dejó llevar, lo máximo que podía pasar era que la lanzase por el río Leith. Al minuto de aceptar se enzarzaron en una disputa de quién pagaba las zapatillas. Keith fue contundente y pidió pagar, le quitó los zapatos de una forma que despertó de nuevo el deseo, acarició su pantorrilla y pies sutilmente e hizo el mismo movimiento al ponerle las zapatillas mientras Elena lo miraba expectante.

Keith respondió con una diminuta sonrisa, logrando que la española comenzara a recordar a sus antepasados. Salieron de la tienda con la bolsa en la mano y siguieron caminando durante largo rato, como si fueran una pareja de enamorados dentro de la vieja ciudad hasta llegar al inicio de las ruinas.

—Quería que vieras la puesta de sol desde *Calton Hill*.

Elena las conocía. Desde ahí se veía toda la ciudad y las montañas a lo lejos. La primera vez que las había pisado, comprobó que las vistas eran impresionantes, pero nunca se le había ocurrido ver una puesta de sol. Keith cogió su mano con firmeza y subieron.

El tiempo que estuvieron ahí le hizo comprender lo maravilloso de la naturaleza. Los contrastes de un sol de verano que jugaba con las nubes mostrando una mezcla de colores únicos que le daba ese toque romántico que alguna remota vez suspiró en tener.

Se desataron los arrumacos y besos mientras el sol se ocultaba. Elena estaba embobada con los gestos cariñosos que le otorgaba ese hombretón, dejándose querer, rato después se sentaron en el césped frente al monumento nacional, ella se reía por su atuendo, ya que había tenido razón, su noche había sido distinta a como la había pensado.

Se imaginaba en algún otro lugar donde Keith, que le abrazaba en ese instante, pudiera deleitarse y era todo lo contrario, estaba en una colina, sentada de lado con un guapo escocés, contándole historias al oído y a la vez dejándole diminutos besos en el cuello.

Finalmente llegaron al hotel entre besos y abrazos y a duras penas cerraron la puerta de la habitación dejando que el deseo los desbordara en la moqueta de esta. Keith subió su mano por el muslo de Elena robándole unos cuantos gemidos, bajó las medias y quitó el vestido para por fin poder saborear y deleitarse con el cuerpo de esa mujer que lo había atrapado.

Elena solo pudo quitar la camiseta a Keith, pues era un derroche de pasión que no la dejaba pensar ante cada beso, lamido o soplido. Al quitársela confirmaba lo fuerte que estaba. El escocés serpenteó sobre el cuerpo de ella hasta llegar a sus pechos que sujetó con su gran mano y metió uno de los pezones en la boca, mordiéndolo y lamiéndolo, mientras con la otra mano bajó

hasta su sexo.

Elena estaba mojada y eso lo llevó a jugar con su clítoris para obligarla a llevarla al límite, la escuchó nombrarlo de manera inentendible y sonrió consciente de que deseaba que la follara. Cuando por fin logró deshacerse del vaquero para no seguir perdiendo el tiempo, se miraron con el mayor de los deseos, desesperado por sentir uno y el otro.

Keith buscó un preservativo, apartó las piernas y entró con una embestida sin delicadeza que la llenó al completo. Cada empuje era con fuerza, hasta que cambiaron de posición. Elena estaba encima de él y de esa manera ambos se miraron. Él sujetó con fuerza las caderas para llegar con mayor profundidad hasta que se dejó llevar por el orgasmo impulsivo que tuvo.

La noche se hizo corta. Keith debía irse a casa muy a su pesar y recoger sus cosas para el tour. Quedaron en verse a la hora pactada despidiéndose se despidieron con un beso.

Elena sentía que estaba viviendo una historia de novela. Se duchó pensando en Keith, en sus brazos, su espalda ancha y la manera como follaron. Sonrió como una tonta y salió para vestirse.

Keith se apresuró a terminar su mochila, era difícil de creer lo que estaba viviendo. La joven se entregaba con pasión y le excitaba solo recordarlo. «¿Cómo iba a soportar el día sin poder besarla?», se preguntó. Ya se la ingeniaría para buscar cualquier rincón y llevarla al cielo, literalmente. Soltó aire y se dio una ducha rápida, pensando en algún recoveco solitario en los lugares que visitarían.

A las ocho en punto, Elena se encontraba junto a sus compañeros a la espera de su guía turístico particular. En un principio estaba emocionada por verlo y, segundos después, los nervios se apoderaron de ella. «¿Cómo actuaría delante de sus compañeros?». Cerró los ojos y la mejor decisión fue seguir los

latidos de su corazón.

Keith era el primer hombre que hacía que latiera rápido y se sintiera sumamente feliz como nunca se hubiera sentido.

Al escocés se le hizo un poco tarde y llegó a su oficina de prisa, firmó varios papeles y salió algo nervioso hacia el autobús que contrataban para rutas largas. Habló con el conductor dando indicaciones y recordando la música que iría escuchando en el camino, bajó para dar la bienvenida y sin importar qué dijeran, tomó del brazo a su chica y le dio un beso largo.

Los silbidos comenzaron, haciendo que la española se sonrojara, ya que el arrebató que acababa de tener la había cogido desprevenida.

Había jurado que sería discreto y de vez en cuando se acercaría, pero fue todo lo contrario. Quiso reír. Como siempre, el cromosoma cromañón aparecía para marcar territorio, como si aclarara que ella ahora le pertenecía.

Esperaba que fueran ideas absurdas que se le cruzaban por su mente ante el impulso de su chico. «¡Su chico!», repitió en su mente. En el fondo de su corazón y con lo que había vivido la noche anterior sentía que era así.

Cuando Keith se separó para comenzar el viaje pudo observarlo con gusto, llevaba una camiseta polo blanco con el emblema de su empresa, el kilt acompañado de unas medias de lana, los zapatos de cuero y los cordones anudados por encima de los tobillos sin olvidar su Sporrán.<sup>[11]</sup>

A Elena le dio morbo, era como si alguna fantasía sexual que tuvo algún tiempo atrás se hiciera realidad. Se imaginó tener unos minutos para un rapidito sin problema alguno y no pudo ocultar su sonrisa llegando a sentir ardor en su cara, causándole vergüenza por tener ese tipo de pensamientos en medio de la calle.

Gracias a Tom dejó a un lado sus pensamientos, otorgándole toda su atención.

—Así que era solo un conocido.

—Las cosas cambian muy rápido, Tom —respondió con vergüenza.

—La vida se nos va en tonterías —meditó en alto su supervisor—. Desaprovechamos los buenos momentos. —Le guiñó el ojo y la joven sonrió afirmando que estaba de acuerdo con esa pequeña reflexión.

Keith pidió la atención de todos y explicó cómo sería el itinerario del primer día, subieron al autobús y allí la española vio su nombre escrito en un papel ubicado en la parte delante del mismo. Un pequeño detalle que terminó siendo objeto de bromas por parte de sus compañeros, solo pudo sonreír, a pesar de que su corazón saltaba de alegría con ese gesto de su escocés favorito.

Pasaron por Callander y su valle boscoso junto a sus hermosos lagos, Keith contó la historia de Rob MacGregor y la batalla que hubo en la zona entre jacobinos escoceses e ingleses. En ese instante comenzaron con una pequeña discusión en broma con los compañeros de Elena. Siguieron su camino por el hermoso valle de Glen Coe y recordó la masacre de los McDonald. Cómo una carta tardía mató a todo un clan.

Elena, fascinada por la belleza del paisaje y por lo que contaba su guía turístico particular, estaba feliz. Ese chico de pelo castaño rojizo y con esa barba de días estaba ocupando su corazón llenándolo de ilusión, dándole cabida a esa pequeña esperanza que un día tuvo.

Recordó a Bea y lo mucho que se enfadaría por no contarle lo que estaba viviendo, pero hasta ese momento no se creía romántica ni soñaba que algún día viviera una hermosa historia y ahora su corazón comenzaba a suspirar por un hombre que apenas conocía, un hombre que le susurraba al oído historias fascinantes, que besaba y amaba con una pasión indescriptible.

Siguieron su camino y almorzaron en Fort William, comida que fue

divertida gracias a las bromas del escocés, quien se las ingenió para hacer una competición de quién comía rápido un plato de Haggis con puré de patatas. Keith se carcajeó al ver la cara del inglés cuando vio el gran plato y Elena comió lo que Keith la dejó, era la única forma de tener unos minutos para ellos e ir por las calles abrazados y robarle algún que otro beso cuando ella menos se lo esperara.

Siguieron al hermoso castillo Eliean Donan, en ese lugar la secuestró durante una hora, la llevó a un rincón que él conocía desde niño y la besó con posesión, deseando quitarle los pantalones para hacerla suya en ese momento, deseos que fueron concedidos cuando Elena le quitó el abrigo y reptó buscando saciar la curiosidad de saber qué encontraría debajo del kilt.

Keith sonrió mientras la besaba, atrapó esa mano escurridiza y la llevó a su cuello, volvieron a reír cuando volvía a bajar para sacar la camiseta. Keith suspiró olvidando dónde estaba, la alzó por la cintura haciendo que lo envolviese con sus piernas y subió la camiseta térmica para perderse en los pechos de Elena. Entonces ella tuvo un segundo de lucidez.

—Se darán cuenta —susurró a duras penas. Keith se separó, era la primera vez que perdía los estribos de esa forma en un lugar público.

—Tienes razón —respondió arrepentido—. Te mereces que sea siempre especial.

Elena sintió ternura y acarició su mejilla. «Aparte de ser carismático y apasionado, se preocupa por mí». Pensó en quitarle importancia y le pidió que le contara alguna historia que recordara del castillo sobre los turistas que había llevado.

Keith sonrió, la abrazó y la llevó hasta una ventana y ahí recordó algunas anécdotas de las miles de veces que estuvo en ese castillo, mientras le daba besos diminutos por el cuello y la oreja.

A ambos le costó lo suyo separarse para proseguir el viaje y una vez en el hotel, se olvidaron del resto del mundo. Keith no desperdició tiempo para amarla, saboreó, besó y descubrió la hermosa piel que cubría el cuerpo de Elena y ella descubrió mil formas de sentirse amada.

El escocés abrió las piernas y llegó hasta su sexo y allí se deleitó en saborearla y chupeteando su botón de la pasión mientras la penetraba con unos de sus dedos, ella arqueó su cuerpo rogándole que la penetrara y antes de hacerlo, el volvió a rasgar un preservativo y entró con urgencia. Llenándola con rapidez hasta que ella terminó corriéndose con espasmos que la agotaron de inmediato.

Al siguiente día recorrieron distintos parajes de las *Highland* y en la noche volvió a hacerla suya. Besando y mordisqueando desde el cuello hasta el interior de sus muslos, tomándola por la cintura y empujando con fuerza como solía hacer, dejándola totalmente exhausta.

Solo habían pasado tres días, tres días en los que Keith la conoció palmo a palmo, tres días donde compartieron más que intimidad, tres días donde descubrieron sus secretos, tres días donde solo existieron ellos dos.

El último día, al hacer el paseo en barco por el lago Ness, Keith se dio cuenta de que no podía dejarla ir, si lo hacía se iría con ella su corazón, por lo que tenía que ser sincero. Para algunos era una locura, apenas se conocían; pero para él, era como si hubiera pasado una vida entera junto a la mujer que era su complemento perfecto. A veces la vida daba la oportunidad de conocer a personas o tener momentos felices de una forma poco comprensible.

Elena nunca se había sentido muy amada; para ella, Keith era fuerza y dulzura. Le daba la razón a todas esas historias que había leído un tiempo atrás, los escoceses eran increíbles y se dio cuenta en ese momento que era el último día de un fin de semana de ensueño.

La realidad le cayó como agua fría, volvería a España y quién sabe cuándo volvería a ver a su escocés favorito. No tenía ni la menor idea de qué hacer y menos cuando vio cómo Keith se acercaba a ella con un semblante serio, totalmente distinto al que tenía días atrás.

—Debemos hablar —dijo con un tono de voz que a Elena lo primero que le pasó por la cabeza era que le daría calabazas, y antes de que eso ocurriera, decidió adelantarse.

Tenía miedo a sentir dolor.

—Este viaje ha sido increíble, nunca lo olvidaré, gracias por hacerlo especial.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el escocés.

—Bueno... que lo hemos pasado muy bien y que mañana volveremos a nuestras vidas, eso es lo que querías decir ¿verdad?

Keith se alejó sorprendido. «¿Qué se le había metido en la cabeza para llegar a esa conclusión?». Quería que ambos pensarán en alguna manera de seguir con la relación y, a cambio, le acababa de soltar que cada uno continuara con su vida.

Unió su entrecejo, trató de darle una respuesta y no podía, una y otra vez le venía a la mente lo que había dicho. Cerró los ojos y soltó aire, se giró y la dejó sola para poder aclarar sus pensamientos.

Elena lo vio alejarse, ni siquiera le respondió. «¿Qué se cree ese escocés?», se dijo. Dio largos pasos para alcanzarle y le tocó el hombro.

—¿Y no piensas decir nada?

—Lo has dicho todo —respondió en seco Keith.

Llamó a los demás turistas para agruparlos, dejó que se montaran en el autobús y, una vez dentro, se sentó en la parte de atrás, maldiciendo por

haberse enamorado tan rápido.

En Edimburgo se despidió del grupo y entró directo a la oficina, no se despediría de Elena, le dolió cómo había decidido por los dos y se concentró en ver las próximas reservas, revisar nuevos aspirantes de guía y se recriminó durante una hora el haber sido tan tonto de no pelear por la mujer que para él era la única que ocuparía para siempre su corazón.

Elena esperó y esperó durante una hora a que Keith saliera, pero no lo hizo. Durante el viaje de regreso pensó y pensó en la reacción tan fría de su escocés y supo que había metido la pata. Ahora entendía y quería disculparse con sinceridad.

No podía irse dejando las cosas de esa manera, se sentía tan feliz estando a su lado y para qué ocultarlo, ese escocés se había ganado su corazón. Sin embargo, era realista, su relación sería difícil de llevar, la distancia era el principal problema y no quería sufrir noches enteras echándolo de menos. Descorazonada, volvió al hotel con alguna que otra lágrima recorriendo su cara de vez en cuando.

Al día siguiente quiso llamarlo, pero el miedo la invadió. Por su mente pasó la idea de que él la ignoraría y lo único que pudo mantenerla con los pies en la tierra fue la invitación de algunos compañeros a cenar. Sin embargo, la noche la pasó en blanco, anhelando volver a sentir los besos y el cuerpo de Keith.

Tom observó a la española bastante triste y, a la hora de la comida, la invitó para saber qué ocurría. Fueron hasta *The Outsider*, siendo el mismo recorrido que hizo con Keith el día que lo conoció.

A su mente vino cada palabra de esa noche, su primer beso, y se sintió peor. Tom pidió una mesa en la parte de arriba con una doble intención y era que se diera cuenta de lo que realmente deseaba. Se sentaron y Elena vio el

castillo de Edimburgo a lo lejos, lo que hizo que se sintiera más miserable. Echaba de menos a Keith, trató muchas veces de enviarle un mensaje, pero seguía resistiendo a hacerlo.

—Dime ¿qué te gustaría comer? —preguntó Tom con la carta en las manos, pero Elena no tenía deseos de nada. Como tampoco quería ser desagradable, lo mejor era que él eligiera.

—Te lo dejo a tu elección.

Tom la miró de reojo y no presionó, pidió por los dos y cuando la camarera tomó nota del pedido, los dejó solos por lo que Tom decidió hablar.

—¿Qué sucedió? El fin de semana os veía tan felices, pero en Urquhart era como si fuerais desconocidos.

—Dije algo estúpido —confesó con pesar. Tom hizo una mueca y Elena, en un desespero por hablar, prosiguió.

Tom no la conocía suficiente y por tanto sería imparcial. Si hubiera llamado a Bea, en esos momentos estaría volando para ahorcarla por su metedura de pata. Tom escuchó paciente mientras comían, para al final sonreír.

—Llámalo.

—¿Y qué le digo?

—La verdad, ese escocés está rendido a tus pies.

— La mayoría de las relaciones de larga distancia terminan mal.

—La mayoría —repitió el inglés—. Si no lo compruebas, no lo sabrás. — En el fondo de su corazón supo que tenía razón, aun así, le buscaba los contras.

—Él no dejaría Escocia y no puedo dejar mi trabajo. ¿De qué trabajaría aquí? —El inglés comenzó a reír sin parar y Elena se sintió confusa.

—Elena, llámalo, todo debe ser paso a paso, además, no estaría mal que

nos echaras una mano en cuanto al idioma. —Tom le guiñó el ojo y ella, que estaba enfrascada en sus pros y contras, no se dio cuenta de la proposición que le estaban haciendo.

Cuando Tom pagó volvieron a la oficina, se despidió de ella con un abrazo y se alejó. Elena se mordía el labio por dentro pensando qué hacer, cogió el móvil y marcó.

Keith estaba en casa, el día anterior, a pesar de que estaba muerto por el cansancio, decidió ir en una de las rutas reservadas.

Necesitaba despejarse de lo que había pasado y qué mejor que el trabajo. Aun así, la noche anterior no pudo dormir.

Estaba bastante enfadado en cómo habían girado las cosas, no era un hombre que se resignaba a la primera y como último intento se levantó, cogió su móvil para marcar el número de Elena y, en ese momento, como si sus mentes se hubiesen sincronizado, ella lo estaba llamando. Una pequeña sonrisa se curvó en sus labios, las casualidades existían por algo.

—Keith, hola.

—Hola, Bonnie.

—Me gustaría hablar, no me gustaría irme sin... —Keith la interrumpió, tuvo la esperanza por un segundo que había cambiado de parecer y se había equivocado de nuevo, si ella no iba a luchar por lo que para él estaba predestinado, él lo haría por los dos.

—Elena, no sé para ti qué ha significado lo que hemos vivido, para mí ha sido maravilloso y quiero que sea para siempre. Desde que te vi la primera vez me quedé prendado de ti, amo tu ser, tu cuerpo, tu sonrisa, tus tropiezos cuando ascendía para ir a los pináculos o la mala cara que hacías con ciertas comidas y cómo respondías a cada beso que te di recorriendo tu cuerpo.

»No tengo la menor idea de cómo lo haremos, pero por mi parte haré todo

lo que esté al alcance de mis manos para hacerte feliz. Solo me bastaron tres días para enamorarme de ti y estarás dentro de mis recuerdos y corazón. Si realmente quieres apostar por esto, te esperaré en *Calton Hill* a las ocho de la tarde. Si no llegas a ir, lo comprenderé.

Elena temblaba ante esa declaración. El impulso de salir corriendo, buscarlo y besarlo hasta cansarse, nació.

—No quiero que me des una respuesta en este instante, tienes la tarde para pensarlo, quiero que sepas que mi vida sería maravillosa a tu lado. —Sin decir nada más, colgó.

Elena tenía que tomar la decisión, una gran decisión en su vida y que dependía de tantas cosas... Pensó en cada detalle: tenía un buen trabajo, muchos amigos y un piso que la esperaban en España; pero en esos cinco días había sido tan feliz, comenzó a reír sola al recordar las palabras de su amiga antes de pisar Escocia.

No solo se había topado con un escocés de película, se había enamorado rápidamente y había sido tan escéptica cuando le hablaban de personas que apenas se conocían y declaraban su amor a los cuatros vientos. Ahora tenía en sus manos dos decisiones que cambiarían su vida.

Keith miró su reloj, faltaban cinco minutos para que se hicieran las ocho, dio de nuevo un vistazo por los alrededores y lo único que vio fue un grupo de turistas esperando la puesta de sol, pero no se veía a Elena entre ellos.

Dio otra vuelta terminando cerca del observatorio y viendo de fondo el puerto de Leith, la idea de que no volvería a ver a la chica que había robado su corazón comenzaba a hacerse realidad. Una extraña sensación le obligó a mirar hacia atrás y vio cómo ella iba hacia él. La felicidad recorrió cada centímetro de su cuerpo.

Elena notó desde lejos a su escocés favorito con los hombros hundidos. Si

por algo se conocían a los ciudadanos del Reino Unido, era por su puntualidad y ella se había retrasado cinco minutos. No le extrañaba que él creyese que no iría, pero Keith se giró y enseguida lo vio sonreír,

«¡Cómo me gusta esa sonrisa!», se dijo con el corazón acelerado. Cuando estuvo cerca quiso abrazarle, se mordió el labio por unos segundos pensando cómo romper el hielo de una forma graciosa.

—Quiero que me digas todo lo que me dijiste por teléfono. —Elena lo miró de arriba abajo e hizo un mohín—. ¿Te has puesto el kilt a propósito?, nunca debí confesarte que me daba morbo.

Keith se carcajeó y la acercó besándola como si la vida se le fuera en el siguiente instante, se sentía afortunado y agradeció por la sorpresa que el destino podía dar en ciertos momentos.

Cuatro horas después...

«Bea, sé que soy una muy mala amiga por no escribirte antes, he estado muy ocupada y seguiré estando al menos otro mes o quién sabe cuánto tiempo. No te preocupes, volveré en cuanto la vida me lo permita y un hermoso y maravilloso escocés me dé respiro.

Sí, al final eres una bruja, predijiste que en este viaje encontraría a un escocés digno de película y tenías razón, es lo que faltaba en mi vida. Ni se te ocurra llamar, sabes lo costoso que es, ya te daré detalles; y mucho menos se te ocurra coger el primer avión hacia aquí.

Te envío una foto para que conozcas al hombre que robó mi corazón. Tenías nuevamente razón, la vida es bella, solo que muchas veces dejamos pasar los momentos especiales, enfrascándonos en tonterías».

—¡La madre que la parió! —soltó Bea.

Acto seguido descargó la foto y la cara le llegó al suelo.

—¡Qué suerte tienen algunas! —exclamó en alto a la vez que tamborileaba los dedos en su muslo sin acabar de creer lo que estaba viviendo su amiga.

Tuvo una idea y fue a Google, buscó una foto de un hermoso paraje de Escocia y comenzó a murmurar. «Si la vida es así de sorprendente, también quiero que me haga conocer a un escocés, eso sí, como las novelas». Cruzó los dedos, cerró los ojos y prosiguió su plegaria.

«Si la vida es así de sorprendente, también quiero que me haga conocer a un escocés, eso sí, como las novelas».

# Un Segundo Basta para Cambiar el Corazón

*¡Malditos Boches!  
¡Y malditos campos minados!*

*16 de febrero de 1914*

—Así que usted es *lady* Elizabeth. He de reconocer que he escuchado algunas referencias —dijo a modo de broma Gabriel Somerset, o mejor dicho el vizconde de Arlington.

—Me imagino que esas referencias son cotilleos de algún periódico —respondió con tono irónico la joven.

—En efecto, Liz, si bien me ha interesado saber si algún día aconsejaría a mi futura esposa lo que se podría llevar en esa temporada.

Elizabeth dejó a un lado su tenedor de plata y miró al vizconde con desdén.

—Debería indicarle lo siguiente: solo las personas que se han ganado mi confianza pueden llamarme de esa manera y usted no está en ese grupo selecto. Con respecto a lo de su futura esposa, he de suponer que esa dama ha tomado

como medida desesperada aceptar comprometerse con usted. —Gabriel sonrió y bebió un poco de vino.

—No tenía idea hasta este momento que, para acercarse a usted, tenía que hacer algún ritual.—Volvió a sonreír y prosiguió su burla—. En realidad, no se lo había propuesto todavía, hasta este instante.

Elizabeth abrió los ojos, dejando de nuevo su tenedor en el plato sin ganas de seguir la velada. La desfachatez del hombre que estaba a su lado le había indignado.

Los rumores sobre el vizconde de Arlington no eran nada honorables y evitó durante mucho tiempo coincidir con él. La primera vez que sucedió fue en su debut y cayó en sus encantos a pesar de que nadie se había percatado de eso, ya que evitó a toda costa ser una más de las muchas jóvenes casaderas que suspiraban por él sin importar que se supiera.

El atractivo que poseía Gabriel Somerset era inigualable. Sus rasgos eran sumamente masculinos, sus ojos eran verdes como las praderas en primavera, su boca era amplia y su nariz sería el deleite para muchos escultores.

No, ella tenía otras ideas con respecto a cómo podía ser su futuro marido y por muy atractivo que fuera el vizconde, carecía de algo importante, responsabilidad, sin hablar de lo que ella valoraba en silencio, consideración hacia los demás. Por tanto, lo mejor era evitar en lo posible cualquier momento social en el cual ambos pudieran acudir, pero rechazar una cena del conde de Arlington era un desaire en toda regla y ahí estaba, sentada al lado del hombre que le hacía sudar las manos y palpitar su corazón.

—No sé si sorprenderme con su honestidad —respondió al final de un minuto—. Lo que sí puedo aclarar, es que ese compromiso dudo que llegue a los términos que usted desea.

Bebió un poco de vino para calmar sus nervios y esperó pacientemente la respuesta del atrevido vizconde.

—*Milady*, no puede asegurar lo que le depara el destino.

De nuevo Elizabeth giró hacia él y, esta vez, Gabriel le otorgó un guiño de ojo, dejando a muchos de los que estaban a su alrededor sin comprender lo que había ocurrido entre ambos.

### ***Dos meses después.***

Las siguientes cenas, bailes o funciones de teatro, evitó encontrarse de frente con Gabriel. Cuando sucedía, él lograba en segundos que sus miradas se encontraran, segundos en los que ella anhelaba un beso por parte de él y que jamás confesaría ni al rey Jorge V.

A mediados de mayo la tensión en Europa era evidente, pero en Inglaterra se acercaba el final de la temporada y lord Kendall, tío de Elizabeth, invitó a un grupo selecto para pasar un fin de semana en su casa de campo.

Nuevamente, Gabriel y Elizabeth se encontraron y ella lo ignoró con desdén, más no pudo evitar escuchar cierta conversación del último artículo que le había dedicado el *Daily Mail* a *Lady* Elizabeth sobre su elegancia y su inteligencia, pero el vizconde, por su parte, iba leyendo el artículo con cierto humor negro.

Ser el objeto de burla la llenó de rabia y su preocupación se hizo evidente, muchos caballeros llegarían a pensar que no era adecuada gracias a la etiqueta que le fue impuesta desde su debut. Nunca deseó tener ese tipo de atenciones y mucho menos que el hombre por el que sentía interés la decepcionara logrando afirmar los rumores que corrían sobre él en las tardes del té.

Después de cenar, Elizabeth se sumergió en una conversación sobre las tensiones entre imperios y territorios, y Gabriel no dudó en intervenir dada la pasión con que se desenvolvía la dama.

—Estoy seguro de que en un futuro nuestras sociedades cambiarán —

afirmó Gabriel. *Lord Darrowby* alzó una ceja un poco escandalizado ante las ideas revolucionarias del joven vizconde.

—Para eso se necesitaría que dejaran de existir las monarquías y la nuestra es una de las más consolidadas —indicó *lord Darrowby*—. Sin embargo, no podría decirse del resto de Europa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó la duquesa de Sussex y Elizabeth intervino, entendiendo a lo que se refería *lord Darrowby*.

—El imperio austriaco-húngaro siempre ha deseado ampliar su territorio —comenzó explicando Elizabeth—. Ni hablar del mismo deseo de Rusia con el comercio en el Mar Negro y, a eso, la ferviente necesidad que tiene Francia de tener de nuevo en su territorio Alsacia.

—¡Caramba! —expresó *lord Darrowby*—. Para ser tan joven me sorprende su conocimiento sobre la actualidad geográfica de Europa. — Gabriel no pudo reprimirse.

—Quiere decir, *milady* —señaló Gabriel buscando la atención de Elizabeth—. Que usted cree que esos tipos de deseos territoriales puedan recrear, en los peores casos, una guerra.

—Exacto —afirmó sin dudar. Gabriel rio ante lo que creyó que fuera improbable.

—Creo que ha leído muchas novelas, he de recordar que la guerra Rusia-japonesa fue un desgaste para los rusos, al igual que la guerra de *Bóers* ha sido suficiente para nuestros hombres. Hoy por hoy, con el avance del liberalismo se afianza el desarrollo de un movimiento obrero que beneficiaría a Europa al completo.

—Estoy en desacuerdo milord —indicó Elizabeth—. *Lord Darrowby* cree que se mantendrá la monarquía y no lo pongo en duda, pero las tensiones son evidentes en algunos países y se pone de manifiesto que nuestro Imperio es el que tiene mayor territorio, y eso puede acarrear que otros deseen lo mismo.

¿No cree que el repartirse el mundo es un juego que la clase obrera no quiere?

—No *milady*. —Con cierta burla se refirió Gabriel. Elizabeth, al ver en sus ojos la diversión, supuso que para él solo era un tema sin importancia—. Está totalmente equivocada. Reino Unido no entrará en ningún conflicto ni con el Imperio austriaco ni con el Imperio alemán, el coste de las colonias cada vez es más alto para las arcas públicas y llegar a una guerra por más territorio y colonias es absurdo con los avances que tenemos en el desarrollo industrial.

—Y usted no desea perder parte de su patrimonio ¿me equivoco?

—Esa respuesta me gustaría dársela en otro momento o tal vez en otro lugar.

La cara de Elizabeth cogió un ligero rubor por lo desvergonzado que había sido Gabriel. Debía responder y no dejar que se diera cuenta de cómo le había molestado, sobre todo cuando *lord* Darrowby y la duquesa de Sussex rieron.

—Entonces viviré con la duda toda la vida, puede estar seguro de que no sucederá. Con su permiso.

Elizabeth se despidió y se alejó, odiando a Gabriel por cómo había cambiado el rumbo de la conversación.

## *Cuatro años después*

—¡Maldición! —gritó Gabriel—. ¡Malditos Boches! ¡Y malditos campos minados!

La Gran Guerra, la cual una vez aseguró que no habría, dejaba a su paso desolación. Llevaba desde los inicios combatiendo contra el frente alemán y con todo lo que había visto podía llenar libros de terror.

Desde un principio se negó a esa confrontación, pero tuvo que ir al frente para defender a su país. Le hubiera gustado retroceder cuatro años y seguir discutiendo lo que una hermosa dama defendía con pasión. Hubiera aceptado

que tenía razón, dado que esa noche había escuchado, en boca de su propio padre, la gran tensión que existía en ambos Imperios.

El deseo de mantener el interés de esa hermosa mujer hizo que ignorara lo que realmente sucedía. De su pelotón, apenas quedaban hombres que se hubieran alistado desde los inicios y los nuevos reclutas eran más jóvenes e inexpertos.

Esa noche era oscura y el desgaste de las tropas se hacía evidente a través de las enfermedades producto de los malos hábitos de higiene y desnutrición que estaban al orden del día. Si bien él pudo estar en un lugar seco y nada peligroso como muchos de su condición, apremiaba estar a la par de los que estaban bajo su mando logrando que ese igual a igual lo llevara a estar en un hospital de campaña por primera vez.

El entierro de un alambre de espino en su pie le había creado una infección semanas antes y, a decir verdad, eso le salvó al darse cuenta de que estaba en un campo minado; esa herida le estaba creando muchos problemas al caminar y la orden de su superior inmediato debía cumplirla, a pesar de no querer dejar a su tropa.

Durante las tres horas de viaje se tomó el tiempo para pensar en su Inglaterra y en lo que dejó atrás, bailes, cenas, largos paseos en el *Hyde Park*, algún que otro coqueteo con una chica casadera junto a las grandes estancias que mantenía cuando visitaba la casa de campo familiar.

En ningún momento pensó que echaría de menos lo que muchas veces le aburría. Una vez entrado en el campamento se llevó una sorpresa al toparse con la que menos se imaginaría que vería en el norte de Francia, *lady Elizabeth*.

Y los recuerdos de sus últimos encuentros vinieron a él.

El punto de vista peliagudo de *Lady Elizabeth* era discutido por algún que otro caballero, en especial por él, lo que logró que esa discrepancia lo alejara

totalmente de ella. Volverla a ver era un aire fresco en su vida.

Hubiera apostado su título a que en ese instante estaría casada y no en un hospital en plena guerra y cerca de las batallas. Esperó pacientemente a que se acercara y cuando ella lo vio, su rostro palideció.

Elizabeth Stone o cómo debería ser llamada *Lady* Elizabeth, había ocultado durante meses su verdadera identidad. Gracias a su tía Geogna logró hacerse voluntaria, quería sentirse útil, cansada de soportar largas cenas y fiestas del té a media tarde.

Su madre se horrorizó el día que sugirió la posibilidad de ser voluntaria en el cuerpo de enfermería de la Cruz Roja; nerviosa se preguntaba una y otra vez de dónde había sacado esas ideas absurdas. Podría ayudar, como todas las chicas honorables, recaudando fondos, pero el ser voluntaria no estaba en sus planes para con su hija menor.

Elizabeth lo tenía claro, no se sentaría a esperar a que aquellos que decidieron quedarse pidieran su mano, cuando conocía perfectamente que saltaban de cama en cama. En vista de la negativa y la sugerencia, a cambio, de recorrer América para alejar esas ideas, terminó pidiendo ayuda a su tía, que ideó una solución.

Juntas crearon a Elizabeth Reeve, pero su tía nunca imaginó que terminaría en uno de los frentes más peligrosos de la gran guerra. Reiteradas veces le pidió que volviese y Elizabeth se negó; las ilusiones de libertad que creía que conseguiría se vieron ensombrecidas con la realidad.

El ser voluntaria del cuerpo de enfermería era una tarea ardua y fatigosa; y por orgullo se negó a volver, no quería que se dijese que era una mujer con poco aguante. Decepcionada por lo que veía a diario, sus primeros meses fueron los más duros; y desbordada ante los distintos heridos, llegó a ser presa del pánico con las continuas explosiones.

La primera vez que vio heridos de gas junto a las heridas de alambre de espino, huyó al pabellón más cercano y lloró. Las ampollas y edemas eran desagradables y muchas veces no sabía qué herida le horrorizaba más, pero encontrarse con Gabriel Somerset era lo último que se imaginó.

Para ella, Gabriel era un joven desconsiderado que tomaba como broma todo lo que pudiese tener consecuencias. Si en un principio se sentía atraída, el reencontrarse cuatro años después, le atemorizó. Sin saber qué hacer, no tuvo más remedio que fingir que no lo había visto, cosa que no le sirvió de nada.

—¡Enfermera! —gritó Gabriel llamando su atención. Elizabeth cerró los ojos y antes de que volviera a gritar, acudió a su llamada.

—Buenas tardes, capitán, el doctor Williams vendrá en cuanto pueda. — Gabriel, que la conocía, quiso seguir hiriendo su ego.

—¡Lady Elizabeth! —exclamó. De inmediato se acercó a él intentando callarlo.

—¡Por favor!, no vuelvas a llamarme así —le pidió con temor. Gabriel abrió sus ojos y un gorgoteo salió de su garganta.

Elizabeth, temerosa al ser descubierta, esperó que se tranquilizara para explicarse. Sin embargo, él se adelantó.

—¿Qué hace la joven más elegante de Londres entre sangre y mal olor? — Elizabeth suspiró resignada.

—No es un buen momento para dar explicaciones.

Revisó el historial buscando el motivo por el que había sido trasladado al hospital de campaña, recordando su sorpresa cuando supo que se había alistado para combatir al frente enemigo; esa guerra que se atrevió a negar que sucedería y, por su condición, creía que estaba en cualquier lugar menos en ese.

—Sigo sin comprender, *milady*.

—Por favor —rogó de nuevo—. No me llames así.

—Te hacía tomando el té y hablando de lo último que se usará, ¿y has cambiado esa vida que amabas para ver el horror de la guerra?

Elizabeth lo miró a punto de responder, pero apareció el médico.

—Es raro tener un vizconde por aquí —indicó el galeno. En el rostro de Gabriel se dibujó un pequeño mohín al darse cuenta de que el médico reconoció quién era y Elizabeth notó que tampoco le gustaba usar su título por lo que una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Lo de vizconde podemos dejarlo en Inglaterra —le hizo saber Gabriel—. En todo caso, he venido obligado por el teniente coronel, ¡esta maldita infección no me deja caminar! —Apuntó mirando de reojo a Elizabeth mientras se le escapaba una risita.

Si hubieran sido otros tiempos, *lady* Elizabeth reflejaría horror ante la blasfemia que había soltado. A pesar de eso, no tenía ya importancia, intuía lo acostumbrada que debía estar a peores condenaciones.

—Hizo lo correcto, tiene una considerable infección y no me queda más remedio que mantenerlo al menos quince días en el hospital, tómelo como unas vacaciones. Señorita Reeves... —Gabriel alzó una ceja desconcertado por cómo se había dirigido el doctor a Elizabeth y supuso que escondía su verdad.

—Dígale a la supervisora que en cuanto tenga tiempo libre ayuden a que el capitán sea trasladado a la zona D.

—Enseguida —respondió Elizabeth sin pestañear.

Siguió las indicaciones del médico y vio la oportunidad perfecta para vengarse de Gabriel con la cura que debía hacer. Trató de causarle más dolor de lo normal.

Gabriel, que en un principio otorgó una mirada con desaire, se desconcertó al ver cómo se desenvolvía entre vendas y curas. Dudaba de si la mujer que se atrevió a menospreciarlo durante un tiempo era la que en ese momento lo

ayudaba.

Una vez que Elizabeth logró su pequeña venganza, se concentró en hacer su tarea y agradeció ser llamada para un nuevo contingente de heridos y evitar que el vizconde de Arlington pensara en cómo devolverle el dolor que le había causado.

Los siguientes días, desde lejos, Gabriel veía a Elizabeth envuelta en un atuendo nada favorecedor. La última vez que coincidieron, el color del vestido que llevaba hacía resaltar su figura y su piel; la delicadeza con la que caminaba lograba que todos se detuvieran a contemplarla. Ahora, estaba con un sencillo vestido, un delantal de zapatero que algunos días dejaba de ser blanco impoluto y una cofia.

Si en ese instante dijera que la mujer, la cual mantenía fija la mirada, era hija de un *lord*, nadie se lo hubiera creído. Quería saber qué la había llevado a estar ahí con ese uniforme que, al final del día estaba lleno de sangre rancia; cambiaba sábanas o vaciaba bacinillas sin ninguna repugnancia.

Todo eso conllevó a Gabriel a admirarla por completo y a su mente venían las imágenes de la primera cena donde pudo tener la cercanía que ansiaba y sonrió al rechazo que obtuvo. Si bien era absurda la manera en que le propuso matrimonio, no negaría que lo deseaba hacer desde la primera vez que la vio.

Guardó para sí el secreto de *Lady* Elizabeth, a pesar de que la llamaba *milady*, de vez en cuando, ganándose una mala mirada y logrando por segundos obtener su atención, esa atención que años atrás terminaba en discrepancia. No podía negar que su belleza había aumentado, tal vez la madurez la hacía más irresistible.

Elizabeth seguía sin entender por qué la supervisora le había encargado la tarea de ayudar a Gabriel cuando tocaba hacer las camas en el pabellón donde estaba instalado. Se armaba de paciencia, como si fuera un entretenimiento

para él, llamándola *milady*, pero a la cuarta vez que lo hizo, Elizabeth le recordó que ella le hacía las curas y al ver en sus ojos bailando la diversión, supo que solo era una manera de increparla.

Esa semana aprendieron de cada uno: Gabriel, la dedicación de ella hacia los demás; y Elizabeth, la motivación que él daba al resto de los soldados desanimados por la guerra. Por otra parte, Gabriel cambió de opinión, el poco tiempo que estuvieran juntos lo aprovecharía para recordar la vida que dejaron en Inglaterra y de esa forma se acercaría a ella.

Le pedía que se sentara y comenzaba a describir algún que otro *lord* que había abandonado su atractivo y la sonrisa que reflejaba al final era suficiente para darse cuenta de que le había robado su corazón.

La siguiente semana, Gabriel caminaba mejor y se sentaba a su lado encontrando un tema de conversación en el que ambos coincidieran. La primera vez, terminaron en una discusión donde Elizabeth abandonó el lugar con una reverencia inconsciente, recordándole quién era.

Sin embargo, al anochecer se acercó dándole las buenas noches. Ese tiempo que estaban juntos desconectaban de la realidad, se conocían y descubrían el interior de cada uno ante la atenta mirada de todos los que estaban en el hospital de campaña, sorprendidos por su comportamiento.

Elizabeth era consciente de que su herida sanaba muy rápido y de que en breve volvería al frente y, por primera vez, comenzó a echarle de menos. Gabriel logró mantenerla junto a él mucho más tiempo del que podía y cuando vio sus manos supuso que un tiempo atrás eran como la seda.

Ese día, Gabriel la invitó a un corto paseo dispuesto a declarar sus sentimientos.

—*Lady* Elizabeth, me pregunto qué hará cuando su madre vea el aspecto desastroso que lleva. —Elizabeth sonrió.

—Declararé dónde están los años de educación que recibí.—Cerró sus ojos y, por primera vez, desahogó sus frustraciones—. El año que llevo aquí me hace suponer que mi familia pronto descubrirá donde estoy o ya lo han hecho y prefieren mantenerlo en secreto.

Una lágrima recorrió sus mejillas y Gabriel la limpió con el borde de su mano. Dejarla sería para él muy difícil, levantó su mentón y la besó.

Elizabeth no lo esperaba, ni mucho menos corresponderle, era su primer beso y por el hombre que años antes suspiraba en silencio. Gabriel comenzó con un beso tímido que poco a poco, con el permiso de ella, demostró devoción.

—Elizabeth —se dirigió a ella por primera vez en un tono íntimo—. Prométeme que en cuanto parta al frente, recibiré cada semana una carta describiéndome cómo te sientes y, a cambio, te prometo que recibirás una de mi parte.

Elizabeth lo escuchó recordando esos días, esos minutos donde un sentimiento profundo se instaló en ellos. Gabriel quería que le escribiera y la tristeza la invadió, acababa de entender qué era esperar a alguien, reflejó una sonrisa y aceptó, sellando su petición con un beso en los labios de él.

La noche que partía al frente, sin importar quien estuviese, Gabriel volvió a besarla, un beso que Elizabeth sintió que llevaba promesas silenciosas y rogó a Dios que no solo se mantuvieran en la correspondencia.

Ese día pidió que lo mantuviera con vida viendo cómo se alejaba con el pelotón hacia las trincheras.

*Amiens, 9 de agosto de 1918*

*Lady Elizabeth:*

*Desde la última vez que nos vimos he pensado en ti. Las cortas conversaciones que teníamos me ayudaban a conocer más a esa refinada chica que salía en las reseñas de la prensa.*

*Nunca quise indagar realmente cómo lograste encontrar una identificación falsa, pero me has creado una enorme expectación por saberlo. Me gustaría que me contaras cómo comenzó lo que para ti era una vía de escape. Deseo recibir esa pronta respuesta.*

*Con estima*

*Vizconde de Arlington.*

Al recibir la primera carta, Elizabeth sonrió, ya que la cantidad de heridos que llegaban debido a la ofensiva de los aliados creaba temor a que nunca llegase. Las nacionalidades eran tan variadas que no sabía cuándo atendía a un australiano, un escocés o un inglés y muchas veces eran jóvenes que entraban prácticamente desangrados.

*30° Hospital, Francia, 20 de agosto, 1918*

*Vizconde de Arlington:*

*He recibido su carta y en cuanto tuve tiempo libre me senté a responder. Desde que comenzó la ofensiva he pedido a Dios que pueda protegerlo, las noticias que hemos recibido nos indican que el avance ha hecho desplegar las tropas alemanas.*

*Los civiles son los que acarrearán las consecuencias. No puedo negar que hace unos días los ruidos de los cañones me despertaron y me levanté pensando en usted. Me gustaría complacerle con su petición, pero me gustaría, aún más, poder contárselo en persona.*

*Esperando su pronta respuesta*  
*Lady Elizabeth.*

Gabriel recibió la carta quince días después de las primeras ofensivas. Más de ocho divisiones estaban involucradas en el avance y entre esas, estaba la suya, cuya encomienda era retomar la ciudad de Albert. Leer la carta de Elizabeth lo hacía olvidar por momentos que su vida podría tener sus días contados.

*En algún lugar de Tilloy, 1 de septiembre de 1918.*

*Mi querida Elizabeth:*

*En el momento que recibí su carta me sentí en casa, negar que no deseaba saber de usted es imposible. El compromiso que he adquirido lo mantendré presente, y me complace saber que desea verme de nuevo; ahora me pregunto si puedo albergar una esperanza en un futuro.*

*Sé que es una pregunta inusual, pero hoy he tenido que sentarme a escribir a muchas familias para decirles que sus hijos o esposos no volverán, todos aquellos que he dejado en el camino eran mi responsabilidad y me ha hecho pensar en un posible futuro, un futuro que me gustaría que estuviera presente. Un futuro que una vez pregunté de una manera que no debía ser y si pudiera rectificar ese instante, no hubiera dejado de insistir.*

*Si la respuesta es afirmativa, me aferraré a ello para sobrevivir y volver a verla.*

*Suyo*

*Gabriel Somerset*

Al hospital de campaña llegaban las informaciones del frente y no eran alentadoras. Elizabeth escuchaba a algunos heridos que deliraban por altas fiebres y por el dolor.

La ofensiva estaba siendo sangrienta, pero su corazón tuvo su momento de tranquilidad al recibir la carta de Gabriel.

Un Gabriel que le pedía un futuro tras una petición que llegaba en forma de una amapola a lo que no podía negarse cuando era lo que deseaba.

Llevó la flor a su pecho y se apresuró a escribir para que esa carta llegase rápido, pues esa noche volvería al frente otro pelotón.

*30° Hospital, Francia, 10 de septiembre, 1918*

*Mi querido Gabriel:*

*Cuando recibí tu carta sentí alivio, anoche llegó un contingente de doscientos hombres, los cuales muchos gritaban que si existía un infierno en la tierra era aquel donde estaban combatiendo y sentí miedo, mucho miedo por ti, oré para no encontrarte entre los heridos y también oré para que siguieras con vida. Quieres una respuesta a tu pregunta, puedes tener una respuesta si puedo mantener la misma esperanza de que volverás sano y salvo.*

*¿Recuerdas aquella cena donde por primera vez estuvimos juntos?, recuerdo lo poco agradable que fui, nerviosa al carisma que emanabas. Me obligaba a ser distante para que nunca pudieras darte cuenta de lo que hacías en mí.*

*Te parecerá tonto, pero cuando me llamaste Liz me gustó y lamento que en ese momento te dijera que solo las personas que se habían ganado mi confianza podían llamarme de esa manera, ya que no quería ilusionarme, puesto que los rumores sobre ti iban y venían. Ahora, el conocer al verdadero Gabriel ha logrado que mis sentimientos revivieran y esa ilusión que una vez nació pueda seguir creciendo.*

*Cuídate, es lo único deseo y te quiero pedir.*

*Liz.*

En el transcurso de septiembre el avance de los aliados daba la aparente victoria de la guerra, pero la trinchera alemana ideó una defensa estratégica, rea-cuartelándose en la Línea *Hindenburg* en un último intento de prolongar la guerra.

Deseo que no albergaban ni el corazón de Gabriel ni el de Elizabeth, quien, al recibir la última carta de Gabriel, supo que la había amado desde que la conoció.

El inicio de las lluvias otoñales fue un obstáculo serio para las comunicaciones, el transporte de los suministros y el movimiento de la artillería pesada. Cada vez que llegaba la lista de bajas, Elizabeth se acercaba con el corazón en la boca y respiraba cuando no veía en ella el nombre de su querido Gabriel. A principios de octubre, tuvo respuesta a la incertidumbre que acosaba su corazón.

*Sur de Cambria, 20 de septiembre de 1918*

*Mi querida Liz:*

*Los boches me han tenido bastante ocupado y creo que el otoño se ha aliado con ellos para dificultar las comunicaciones. En cuanto recibí tu*

*carta, no pude esperar para leerla y sentir paz dentro de tanta destrucción. Recuerdo perfectamente esa cena, tus hermosos ojos me atraparon y decir que tu mirada, llena de desprecio, me detuvo para llevarte al lugar más lejano y robarte un beso, es no ser honesto con ninguno de los dos.*

*El día que te besé en el hospital, supe que eras la mujer con quien debía pasar en resto de mi vida. Ahora me pregunto si ese deseo es el mismo para ti. Sé que no es la mejor manera, estoy seguro de que lo haré en persona, pero mi corazón no albergaría más felicidad si la esperanza se mantiene.*

*Tuyo*

*Gabriel.*

La guerra llegaba en una etapa culminante. Elizabeth no había tenido descanso, algo que agradeció. Las noticias recibidas indicaban que el avance se ralentizaba a pesar del apoyo de tanques y de los americanos.

La infantería iba mucho más lenta debido al intenso fuego de las ametralladoras, los regimientos que avanzaban hacia la línea de *Beauvoir* tuvieron graves contratiempos y por orden del alto mando, el vizconde de Arlington junto a su pelotón fueron enviados a ese lugar.

Elizabeth deseaba que su respuesta llegara a las manos de quien debía tenerla, pero los días pasaban, el otoño se hacía más que evidente y una oscura y fría mañana la presencia de un superior puso en evidencia a *lady* Elizabeth.

Su supervisora estaba sorprendida, un año llevaba sirviendo en el hospital, fingiendo alguien que no era. La invitaron a volver de inmediato a Inglaterra evitando que el escándalo no fuera a mayor.

Su padre no la reprendió, a diferencia de su madre, que dejó entrever que sería la deshonra para su familia; y cuando pisó suelo inglés, tuvo una amarga noticia. Los alemanes habían empujado a los ingleses a un repliegue y eso confundió las comunicaciones logrando algunas bajas, entre las que estaba la

del vizconde de Arlington.

Elizabeth se refugió en una profunda tristeza, albergaba la esperanza de que hubiera leído su última carta, se arrepentía en silencio del desprecio que dio en público a Gabriel y rezó más que nunca por un milagro.

La primera semana se mantuvo firme, pero los siguientes avances indicaban que, en cualquier momento, Alemania se rendiría y tendría que aceptar la verdad y la única manera de poder desahogar su pena era escribiendo y enviando su carta a un destino desconocido.

*Inglaterra, 20 de octubre, 1918*

*Gabriel:*

*Es mi segunda carta manteniendo la esperanza de que sigues con vida. Después de ser descubierta, mi madre me recuerda que en cuanto se sepa dónde he estado el último año, deshonraré a la familia. Mi padre, por su parte, cree que no será así, pues los tiempos han cambiado.*

*Está guerra ha dado un giro en la vida de todos y la aristocracia no será como antes.*

*Me he aferrado en pensar que estás vivo y que un día tocarás la puerta y volveré a verte. Muchas veces he querido visitar a tu madre, la condesa de Arlington, pero no encuentro el valor, no creo que pudiera soportar verla llorar.*

*Donde quiera que estés, te esperaré.*

*Liz.*

*Inglaterra, 25 de octubre, 1918*

*Mi querido Gabriel:*

*Esta mañana mi padre me ha informado sobre las negociaciones entre los americanos y Alemania, dando por comienzo el fin de la guerra y me*

*pregunto si estarás al tanto. ¿Volverás a casa? ¿Volverás junto a mí y podré darte la respuesta que tanto anhelas?*

*A veces despierto con pesadillas que no deseo plasmar en estas líneas y para calmar el sentimiento que embarga mi corazón, releo tus cartas y me obligo a soñar con un beso que me das.*

*Tuya*

*Liz.*

*Inglaterra, 25 de noviembre, 1918*

*Gabriel:*

*El mundo está de fiesta, la Gran Guerra ha terminado dejando una desolación en muchos corazones, pesadillas que no podremos olvidar y perdiendo la fe en lo que nos aferrábamos.*

*Hace poco soñé que íbamos en tu nuevo automóvil recorriendo los prados de Wiltshire, que éramos felices y al despertar, sentí pesar.*

*Los días pasan y sigo sin noticias de ti. Ayer mi padre supo de nuestro encuentro en el hospital de campaña y sin dar muchas explicaciones, ha comprendido mi tristeza.*

*Evitó hacer preguntas y se lo agradecí. En una cena que fui invitada hicieron referencia a un poema de George Herbert que no me atrevo a plasmar.*

*Cuánto desearía escucharlo de ti.*

*Lo único que me hace saber que existieron esos días entre los dos es la amapola que una vez me enviaste. Es el recuerdo que mantengo de tu promesa, una promesa que, tal vez, fue rota por nuestro Señor.*

*Te echo tanto de menos, no me acostumbraré a la idea de que no estés, me niego a creer eso.*

*Liz.*

La vuelta de las tropas triunfales era una cortina de humo a la realidad de muchas familias y daban una momentánea felicidad en otras. Pronto sería Navidad, la alegría de tener de nuevo a un padre, a un hijo o a un esposo se veía.

Elizabeth no sabía a qué grupo pertenecer. Asistía a las cenas impulsada por su madre que le recordaba que debía buscar marido y de esa forma nadie se percataría de dónde había estado, pero Elizabeth no deseaba en absoluto seguir los consejos de su madre, su corazón lo había entregado en el frente.

Una mañana, tras un largo paseo, el mayordomo le entregó una invitación de los condes de Arlington. Su corazón se desbocó, solo deseaba que fueran las noticias que esperaba.

Su madre, desconcertada, esperó en silencio alguna explicación al comportamiento de su hija, pero no obtuvo respuesta. Ese día y los siguientes fueron interminables y cuando se acercaba la noche de la cena, los nervios se apoderaron de ella.

Fue recibida de muy grata manera y sorprendida ante la actitud de los condes que, a su parecer, disimulaban muy bien el vacío de su hijo.

El conde le pidió unos minutos y ella aceptó dejando de nuevo a su madre confundida ante esa eventual confianza. Ambos caminaron hasta la biblioteca y una vez ahí, comenzó la conversación.

—*Lady Elizabeth*, me alegro de que haya aceptado venir, tengo el deber de entregarle lo siguiente.

Fue al escritorio y sacó un sobre.

—Tome el tiempo que quiera para leer, *Lady Arlington* y yo haremos todo lo posible para evitar que pregunten por su ausencia.

—Gracias *milord* —dijo, sin evitar que su voz denotara tristeza.

El conde dejó a Elizabeth a solas y ella comenzó a dudar en su esperanza, abrió el sobre y encontró la primera carta.

*Boulogne, 23 de octubre de 1918*

*Lady Elizabeth:*

*Es un grato placer volver a saber de usted, pensaba que se había cansado de un inoportuno vizconde y comprendo que sea producto de ciertos infortunios que estuvieron retrasando me pronta llegada.*

*He tenido un ligero percance con una herida en mi muslo, del que afortunadamente estoy recuperándome. Cuando desperté en el hospital deseé encontrarla, pero me informaron de su pronto regreso.*

*He de querer decir tantas cosas y no olvido la promesa, soy un hombre de palabra. Su última carta me ha mantenido en pie, el saber que deseaba tener una vida en conjunto me da fortaleza.*

*El sentimiento que crece en mi corazón me indica que pronto nos veremos, ten paciencia amor mío.*

*Tuyo*

*Gabriel.*

Los ojos de Elizabeth se llenaron de lágrimas y se tapó la boca evitando que escapara un gemido, Gabriel estaba vivo.

*Boulogne, 2 de noviembre de 1918*

*Mi querida Liz:*

*¡Hemos ganado! Aunque no sé realmente quién ganó, lo que he vivido en estos cuatro años me hace concluir que más bien todos hemos perdido.*

*Desde el cuartel general han dado la orden de mantenerse activos, pronto volveré y deseo escuchar esa respuesta y sellarla con un beso que tanto anhelo.*

*Lamento que las cartas lleguen tardías y lamento, aún más, no terminar de sanar para que tu pesar termine.*

*Tuyo.*

*Gabriel Somerset.*

Su corazón galopaba con las sensaciones a flor de piel, recordó la primera vez que pisó esa casa y en cómo Gabriel se había atrevido a coquetear con descaro logrando que perdiera su templanza, pero quince días bastaron para darse cuenta de lo verdaderamente importante.

Tocaron la puerta y Elizabeth salió de sus recuerdos.

—*Milady*, acaba de recibir esta carta.

Elizabeth aceptó desconcertada.

—Gracias. —El mayordomo volvió a dejarla sola y la abrió.

La amapola que encontró era recién cortada y giró para encontrarse de frente a Gabriel, se acercó de inmediato, cogió las solapas de su chaquetón y lloró.

Gabriel la abrazó durante largo rato para después susurrarle en el oído algunas prosas del poema de George Herbert.

*El Amor me dio la bienvenida, sin embargo, mi alma retrocedió, culpable de polvo y pecado.*

*Pero el rápido ojo del Amor, observándome crecer como haragán.*

*Desde mi primera entrada, se acercó a mí, preguntando dulcemente si me faltaba algo.*

*“Un invitado,” respondí, “digno de estar aquí”; el Amor dijo, “Tú serás él.”*

*Yo, ¿el malo, el desagradecido? “Ah mi adorable, no puedo mirarte.”*

*El Amor me cogió de la mano y sonriendo respondió, “¿quién creó los ojos sino yo?”*

Gabriel no terminó el poema dado la necesidad ferviente de besar a Elizabeth.

—Me debe una explicación, *milady*.—Entre sollozos, Elizabeth rio—. Sin embargo, mi futuro sin ti no está completo y quiero recordar mi proposición.

Gabriel hincó la rodilla en el suelo y Elizabeth puso su dedo en la boca de él y, al segundo, respondió.

—Sí.

## Sobre el Autor

Llevo tiempo tratando de hacer una biografía diferente a las que solemos ver y, tal vez, la que vais a leer para algunos es sumamente chocante, pero es que así soy, un tanto controversial y distinta al resto. Siempre me han preguntado de dónde soy por mi acento. De inmediato respondo de Maracaibo, Venezuela. Sí, soy venezolana, secuestrada desde hace años por un hombre desde otro continente con el que aprendo cada día el arte de convivir, pero no conforme con ello, tiempo después apareció en mi vida otro que desde el primer momento que estuvo en mis brazos lo he amado con todo mi corazón.

¿Pero eso no es lo que queréis saber? ¿Verdad? Vayamos a ello...

Desde pequeña leía mucho y devoré todos aquello que pillaba en la pequeña biblioteca que estaba en el salón de esa enorme casa de mi abuela. Incluso, en vacaciones, cuando visitaba a mi padre, leía una y otra vez libros referentes a mi país, aunque los que marcaron mi infancia y adolescencia fueron esos libros con lomo rojo y cubierta amarilla que, al abrirlos, me trasladaba a la selva o viajar por un submarino y, por supuesto, soñar mil y una noches.

En la adolescencia llegaron a mis manos, desde esa biblioteca, algunos con escenas implícitas, que debí haber leído tiempo después, pero así somos los lectores, cuando necesitamos leer y leer. En el instituto, descubrí que me gustaba escribir, cambiando algunas historias de Disney (las de toda la vida) dándole ese toque de humor sarcástico que suelo tener y terminaban siendo media polémicas. He de dar las gracias a mi profesor de literatura, su insistencia en leer logró seguir desarrollando mi imaginación, aunque fuese en forma secreta.

Lamentablemente, decidí estudiar ingeniería y posteriormente administración olvidando esa faceta... (confieso que me dejé llevar por lo que otros querían y no lo que realmente debí hacer. Algo así como llevarme la contraria). Defecto o virtud que algunas veces me ha dado la oportunidad de luchar por mis metas y otras... me ha dado grandes lecciones de la vida.

Sin embargo, tras emigrar por amor, afloró las ganas de escribir nuevamente y desde entonces vivo con voces en mi cabeza (no estoy loca). Esas voces me piden a gritos escribir sus historias y lo hago desde las islas afortunadas, sintiéndome feliz por ello y con ganas de contar sobre el amor y todo lo que conlleva.

Más de una vez me han preguntado si mis novelas tienen parte de mí. No, ninguna, aunque, sí soy fiel defensora de los amores por Internet (Y también las pelirrojas se enamoran, es la respuesta a esa defensa). «En noviembre saldrá publicada de nuevo».

Eso sí, no olvidéis que tengo mi lado oscuro. Soy una friki a la que le vuelven loca las películas de Marvel y DC junto a las series y hablar de libros, novelas y lo que voy leyendo. A eso añadiremos que soy algo alienígena, dependo mucho de las fases lunares (los astrólogos lo justifican por el signo zodiacal al que pertenezco).

Así que, no es de extrañar que algunas veces estaría al lado de los cabecillas liderizando movimientos algo inusuales, pero otras, prefiero desaparecer, ya que, en esos momentos, subo a la luna para soñar mientras escribo historias que podréis disfrutar.

¿Quieres saber más? Te invito a conocer mis novelas y seguirme en mis perfiles en las redes sociales.

Más información a través de

Facebook: JossyLoes

Instagram: jossyloes

Twitter: Jossylo03



# Agradecimientos

Voy a agradecer en primer lugar a mi familia, en los últimos meses me han apoyado y animado a seguir adelante. A Raquel Antúnez, precursora de la idea de sacar a la luz esas pequeñas historias que tenemos aparcadas y por su apoyo para llevarla a la publicación.

A Leticia Blanco por ayudarme a crear la portada al igual a las RomántiCanarias que sugirieron mejorar parte de ella, a A.G. Keller que tiene unas manitas en la maquetación de la cual soy una negada, a Bárbara por la corrección y ser lectora cero y a vosotros, mis queridos lectores, por darme una vez más la oportunidad de llegar sus hogares.

---

[1] Tambor de marco irlandés.

[2] Palabra Canaria (fiesta, reunión)

[3] Arco sur de la playa de Las Canteras.

[4] Sombrero de la época de la Regencia inglesa.

[5] Gofio que es un alimento de harina de cereales tostados, generalmente de trigo o millo que al ser revuelto en un caldo calentito hasta que tenga consistencia espesa.

[6] Palabra Canaria, aunque su significado sea “rasguear un instrumento de cuerda con poca armonía” en esta ocasión habla de relaciones sexuales.

[7] Periódico local de Gran Canaria.

[8] Dulce que nace de la caña de azúcar.

[9] Bonita en Scottish, lengua que se habla en Escocia.

[10] Hola o que tal en Scottish.

[11] Es un complemento tradicional del traje típico de las Tierras Altas de Escocia.